

MARIANA ENRÍQUEZ

*Los peligros
de fumar en la cama*



se

Una niña desentierra en el jardín unos huesos que resultan no ser de un animal; la bucólica escena veraniega de unas chicas que se bañan en un paraje natural acaba convertida en un infierno de celos de inquietantes consecuencias; un mendigo despreciado siembra la desgracia en un barrio pudiente; Barcelona se transforma en un escenario perturbador, marcado por la culpa y del que es imposible escapar; una presencia fantasmal busca un sacrificio en un balneario; una chica siente una atracción fetichista por los corazones enfermos; un rockero fallecido de un modo atroz recibe un homenaje de sus fans que va más allá de lo imaginable; un chico que filma clandestinamente a parejas haciendo el amor y a mujeres con tacones altos caminando por las calles recibe una propuesta que le cambiará la vida...

En los doce soberbios cuentos que componen este volumen Mariana Enríquez despliega todo un repertorio de recursos del relato clásico de terror: apariciones espectrales, brujas, sesiones de espiritismo, grutas, visiones, muertos que vuelven a la vida... Pero, lejos de proponer una mera revisitación arqueológica del género, reelabora ese material con una voz propia y radicalmente moderna. Tirando del hilo de la mejor tradición, la lleva un paso más allá, con historias que indagan en lo siniestro que se agazapa en lo cotidiano, despliegan un turbio erotismo y crean imágenes poderosísimas que dejan una huella indeleble.



Mariana Enríquez

Los peligros de fumar en la cama

ePub r1.3
Titivillus 14.02.2020

Título original: *Los peligros de fumar en la cama*
Mariana Enríquez, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Paul y para Chatwin, our kitten

*Stay here while I get a curse
To give him a goat head
Make him watch me take his place
Night has brought him something worse*

WILL OLDHAM, «A
Sucker's Evening»

1. El desentierro de la angelita

A mi abuela no le gustaba la lluvia y antes de que cayeran las primeras gotas, cuando el cielo se oscurecía, salía al patio del fondo con botellas y las enterraba hasta la mitad, todo el pico bajo tierra. Yo la seguía y le preguntaba abuela por qué no te gusta la lluvia por qué no te gusta. Pero ella, nada, evasiva, con la palita en la mano, frunciendo la nariz para oler la humedad en el aire. Si finalmente llovía, fuera garúa o tormenta, cerraba puertas y ventanas y subía el volumen del televisor hasta tapar el ruido de las gotas y el viento — el techo de su casa era de chapa—; y si el aguacero coincidía con su serie favorita, *Combate*, no había quien pudiera sacarle una palabra porque estaba perdidamente enamorada de Vic Morrow.

Yo adoraba la lluvia porque ablandaba la tierra seca y permitía que se desatara mi manía excavatoria. ¡Qué de pozos! Usaba la misma pala que la abuela, una muy chica, del tamaño que usaría un niño para jugar en la playa, pero de metal y madera, no de plástico. La tierra del fondo albergaba pedacitos de botellas de vidrio color verde, con los bordes tan lisos que ya no cortaban; piedras suaves que parecían cantos rodados o pequeñas rocas de playa, ¿por qué estarían en el fondo de mi casa? Alguien debía haberlas sepultado. Una vez encontré una piedra ovalada, del tamaño y color de una cucaracha pero sin patas ni antenas. De un lado era lisa, del otro unas muescas formaban los claros rasgos de una cara sonriente. Se la mostré a mi papá, enloquecida porque creía encontrarme ante una reliquia, y me dijo que las marcas formaban un rostro de casualidad. Mi papá nunca se entusiasmaba. También encontré dados negros, con los puntos blancos ya casi invisibles. Encontré restos de vidrios esmerilados verde manzana y turquesa. Mi abuela se acordó de que habían sido parte de una puerta vieja. También jugaba con lombrices y las cortaba en pedacitos bien chiquitos. No me divertía ver el cuerpo dividido retorciéndose un poco para al final seguir adelante. Me parecía que si picaba bien la lombriz, como una

cebolla, sin dejar contacto alguno entre los anillos, no iba a poder reconstruirse. Nunca me gustaron los bichos.

Encontré los huesos después de una tormenta que convirtió el cuadrado de tierra del fondo en un charco de barro. Los guardé en el balde que usaba para llevar los tesoros hasta la pileta del patio, donde los lavaba. Se los mostré a papá. Dijo que eran huesos de pollo, o a lo mejor de bifés de lomo, o de alguna mascota muerta que debían haber enterrado hacía mucho. Perros o gatos. Insistía con lo de los pollos porque antes, en el fondo, cuando él era chico, mi abuela tenía un gallinero.

Parecía una explicación posible hasta que mi abuela se enteró de los huesitos y empezó a arrancarse los pelos y a gritar «la angelita la angelita». Pero el escándalo no duró mucho bajo la mirada de papá: él admitía las «supersticiones» (así las llamaba) de la abuela siempre y cuando no se desbordara. Ella le conocía el gesto de desaprobación y se tranquilizó a la fuerza. Me pidió los huesitos y se los di. Después me pidió que me fuera a la habitación a dormir. Yo me enojé un poco porque no entendía la causa de la penitencia.

Pero más tarde, esa misma noche, me llamó y me contó todo. Era la hermana número diez u once, mi abuela no estaba demasiado segura, en aquel entonces no se les prestaba tanta atención a los chicos. Se había muerto a los pocos meses de nacida, entre fiebres y diarrea. Como era angelita, la sentaron sobre una mesa adornada con flores, envuelta en un trapo rosa, apoyada en un almohadón. Le hicieron alitas de cartón para que subiera al cielo más rápido, y no le llenaron la boca de pétalos de flores rojas porque a la mamá, mi bisabuela, le impresionaba, le parecía sangre. Hubo baile y canto toda la noche, y hasta hubo que echar a un tío borracho y reanimar a mi bisabuela, que se desmayó por el llanto y el calor. Una rezadora india cantó trisagios, y lo único que les cobró fueron unas empanadas.

—¿Eso fue acá, abuela?

—No, en Salavino, en Santiago. ¡Hacía un calor!

—Entonces no son los huesos de la nena, si se murió allá.

—Sí que son. Yo me los traje cuando vinimos para acá. No la quise dejar porque lloraba todas las noches, pobrecita. Si lloraba

con nosotros cerquita, en la casa, ¡lo que iba a llorar sola, abandonada! Así que me la traje. Ya era huesitos nomás, la puse en una bolsa y la enterré acá en los fondos. Ni tu abuelo sabía. Ni tu bisabuela, nadie. Es que nomás yo la escuchaba llorar. Tu bisabuelo también, pero se hacía el tonto.

—¿Y acá llora la nena?

—Cuando llueve nomás.

Después le pregunté a mi papá si la historia de la nena angelita era cierta, y él dijo que la abuela ya estaba muy grande y desvariaba. Muy convencido no parecía, o a lo mejor le resultaba incómoda la conversación. Después la abuela se murió, la casa se vendió, yo me fui a vivir sola sin marido ni hijos, mi papá se quedó con un departamento de Balvanera, y me olvidé de la angelita.

Hasta que apareció al lado de la cama, en mi departamento, diez años después, llorando, una noche de tormenta.

La angelita no parece un fantasma. Ni flota ni está pálida ni lleva vestido blanco. Está a medio pudrir y no habla. La primera vez que apareció creí que soñaba y traté de despertarme de la pesadilla; cuando no pude y empecé a entender que era real grité y lloré y me tapé con las sábanas, los ojos cerrados fuerte y las manos tapando los oídos para no escucharla, porque en ese momento no sabía que era muda. Pero cuando salí de ahí abajo, unas cuantas horas después, la angelita seguía ahí con los restos de una manta vieja puesta sobre los hombros como un poncho. Señalaba con el dedo hacia fuera, hacia la ventana y la calle, y así me di cuenta de que era de día. Es raro ver un muerto de día. Le pregunté qué quería pero como respuesta siguió señalando como en una película de terror.

Me levanté y salí corriendo hacia la cocina, a buscar los guantes que usaba para lavar los platos. La angelita me siguió. Apenas una primera muestra de su personalidad demandante. No me amedrentó. Con los guantes puestos la agarré del cogotito y apreté. No es muy coherente intentar ahorcar a un muerto, pero no se puede estar desesperado y ser razonable al mismo tiempo. No le provoqué ni una tos, nada más yo quedé con restos de carne en descomposición entre los dedos enguantados y a ella le quedó la tráquea a la vista.

Hasta ese momento no sabía que se trataba de Angelita, la hermana de mi abuela. Seguía cerrando los ojos bien fuerte a ver si ella desaparecía o yo me despertaba. Como no funcionaba le caminé alrededor y vi, en la espalda, colgando de los restos amarillentos de lo que ahora sé era la mortaja rosa, dos rudimentarias alitas de cartón con plumas de gallina pegoteadas. En tantos años tendrían que haber desaparecido, pensé, y después me reí un poco histérica y me dije que tenía un bebé muerto en la cocina, que era mi tía abuela y que caminaba, aunque por el tamaño debía haber vivido apenas unos tres meses. Tenía que dejar definitivamente de pensar en términos de qué era posible y qué no.

Le pregunté si era mi tía abuela Angelita —como no habían hecho tiempo de anotarla con un nombre legal, eran otros tiempos, la llamaron siempre por ese nombre genérico—; así descubrí que no hablaba pero contestaba moviendo la cabeza. Entonces mi abuela decía la verdad, pensé, no eran del gallinero, eran los huesitos de su hermana los que desenterré cuando era chica.

Qué quería Angelita era un misterio, porque más que mover la cabeza afirmativa o negativamente no hacía. Pero algo quería con suma urgencia, porque no solo seguía señalando, sino que no me dejaba en paz. Me seguía por toda la casa. Me esperaba detrás de la cortina del baño cuando tomaba una ducha; se sentaba en el bidet cuando yo hacía pis o caca; se paraba al lado de la heladera cuando lavaba los platos y se sentaba al lado de la silla cuando yo trabajaba con la computadora.

Seguí haciendo mi vida normal durante la primera semana. Creía que a lo mejor se trataba de un pico de estrés con alucinación, y que se iría. Me pedí unos días en el trabajo, tomé pastillas para dormir. La angelita seguía ahí, esperando al lado de la cama a que me despertara. Algunos amigos me visitaron. Al principio no quise atender los mensajes ni abrirles la puerta pero, para no preocuparlos más, accedí a verlos aduciendo agotamiento mental. Ellos comprendieron, estuviste trabajando como una negra, me decían. Ninguno vio a la angelita. La primera vez que me visitó mi amiga Marina metí a la angelita en el placard, pero, para mi terror y disgusto, se escapó y se sentó en el brazo del sillón, con esa fea cara podrida verdegrís. Marina ni se dio cuenta.

Poco después saqué a la angelita a la calle. Nada. Salvo ese señor que la miró de pasada y después se dio vuelta y la volvió a mirar y se le descompuso la cara, le debe haber bajado la presión; o la señora que directamente salió corriendo y casi la atropella el 45 en la calle Chacabuco. Alguna gente tenía que verla, eso me lo imaginaba, seguramente no mucha. Para evitarles el mal momento, cuando salíamos juntas —mejor dicho, cuando ella me seguía y a mí no me quedaba otra que dejarme acompañar— lo hacía con una especie de mochila para cargarla (es feo verla caminar, es tan chiquita, es antinatural). También le compré una venda tipo máscara para la cara, de las que se usan para tapar cicatrices de quemaduras. La gente ahora cuando la ve siente asco, pero también conmoción y pena. Ven a un bebé muy enfermo o muy lastimado, ya no a un bebé muerto.

Si me viera mi papá, pensaba, él, que siempre se quejó de que iba a morir sin nietos (y se murió sin nietos, yo lo decepcioné en esa y muchas otras cosas). Le compré juguetes para que se entretuviera, muñecas y dados de plástico y chupetes para que mordiera, pero nada parecía gustarle demasiado, y seguía con el dichoso dedo apuntando para el sur —de eso me di cuenta, era siempre para el sur— mañana, tarde y noche. Yo le hablaba y le preguntaba, pero ella no se podía comunicar bien.

Hasta que una mañana se apareció con una foto de mi casa de la infancia, la casa donde yo había encontrado sus huesitos en el patio del fondo. La sacó de la caja donde las guardo: un asco, dejó todas las otras manchadas de su piel podrida que se desprendía, húmedas y pringosas. Ahora señalaba la casa con el dedo, bien insistente. Querés ir ahí, le pregunté, y me dijo que sí. Le expliqué que la casa ya no era nuestra, que la habíamos vendido, y me dijo que sí otra vez.

La cargué en la mochila con su máscara puesta y nos tomamos el 15 hasta Avellaneda. Ella no mira por la ventana en los viajes, tampoco mira a la gente ni se entretiene con nada, le da a lo exterior la misma importancia que a los juguetes. La llevé sentada a upa para que estuviera cómoda, aunque no sé si es posible que esté incómoda o si eso significa algo para ella; ni siquiera sé qué siente.

Solamente sé que no es mala, y que le tuve miedo al principio, pero hace rato que no.

Llegamos a la que fue mi casa a eso de las cuatro de la tarde. Como siempre en verano, había un olor pesado a riachuelo y nafta sobre la Avenida Mitre, mezclado con tufos de basura. Cruzamos la plaza caminando, después pasamos por el Sanatorio Itoiz donde se murió mi abuela y finalmente rodeamos la cancha de Racing. Atrás estaba mi casa vieja, a dos cuadras de distancia del estadio. Pero ahora que estaba en la puerta, ¿qué hacer? ¿Pedirle a los dueños nuevos que me dejaran pasar? ¿Con qué pretexto? Ni lo había pensado. Claramente me estaba afectando la mente andar para todos lados con un bebé muerto.

Angelita fue la que se encargó de la situación. No hacía falta entrar. Era posible asomarse al fondo por la medianera, eso era lo único que ella quería, ver el fondo. Espiamos las dos, ella en mis brazos —la medianera era más bien baja, debía estar mal hecha—. Ahí, donde solía estar el cuadrado de tierra, había una pileta de natación de plástico azul, empotrada en un hueco del suelo. Evidentemente habían levantado toda la tierra para hacer el hoyo, y con esa acción habían tirado los huesos de la angelita vaya a saber dónde, los habían revoleado, se habían perdido. Me dio lástima, pobrecita, y le dije que lo sentía mucho, que no podía solucionárselo; hasta le dije que lamentaba no haberlos desenterrado otra vez cuando la casa se vendió, para sepultarlos en algún lugar pacífico, o cerca de la familia si a ella le gustaba así. ¡Pero si tranquilamente podría haberlos puesto adentro de una caja o un florero, y llevarlos a casa! Estuve mal con ella y le pedí disculpas. Angelita dijo que sí. Entendí que las aceptaba. Le pregunté si ahora estaba tranquila y se iba a ir, si me iba a dejar sola. Me dijo que no. Bueno, contesté, y como la respuesta no me cayó muy bien salí caminando rápido hasta la parada del 15 y la obligué a corretear detrás de mí con sus pies descalzos que, de tan podridos, estaban dejando asomar los huesitos blancos.

2. La Virgen de la tosquera

Silvia vivía sola en su propio departamento alquilado, con una planta de marihuana de metro y medio en el patio y una habitación enorme con el colchón en el piso. Tenía su propia oficina en el Ministerio de Educación, un sueldo, se teñía el pelo largo de negro azabache y usaba camisolas hindúes de mangas anchas a la altura de las muñecas, con hilos plateados que brillaban bajo el sol. Era de Olavarría y tenía un primo que había desaparecido misteriosamente mientras recorría el interior de México. Era nuestra amiga «grande», la que nos cuidaba cuando salíamos y la que nos prestaba la casa para que pudiéramos fumar porro y encontrarnos con chicos. Pero la queríamos arruinada, indefensa, destruida. Porque Silvia siempre sabía más: si alguna de nosotras descubría a Frida Kahlo, ah, ella ya había visitado la casa de Frida con su primo en México, antes de que él desapareciera. Si probábamos una droga nueva, ella ya había tenido una sobredosis con la misma sustancia. Si descubríamos a una banda que nos gustaba, ella *ya había dejado* de ser fan del mismo grupo. Odiábamos que tuviera el pelo lacio y pesado, negrísimo, teñido con una tintura que no podíamos encontrar en ninguna peluquería normal. ¿Qué marca sería? Ella a lo mejor nos lo hubiera dicho, pero jamás se lo preguntamos. Odiábamos que siempre tuviera plata, para otra cerveza, para otros veinticinco gramos, para otra *pizza*. ¿Cómo podía ser? Ella decía que además del sueldo disponía de la cuenta de su padre, rico, que no la veía ni la había reconocido, pero le depositaba plata en el banco. Era mentira, seguro. Tan mentira como que su hermana fuera modelo: la habíamos visto cuando la chica visitó a Silvia y no valía ni tres puteadas, una morocha petisa de culo grande y rulos rebeldes marcados con gel, más grasa imposible, recontraordinaria, no podía ni soñar con subirse a una pasarela.

Pero sobre todo queríamos verla derrotada porque Diego gustaba de ella. A Diego lo habíamos conocido nosotras en

Bariloche, en nuestro viaje de egresadas. Era flaco, tenía las cejas gruesas y siempre usaba una remera diferente de los Rolling Stones (una con la lengua, otra con la tapa de *Tatuado*, otra con Jagger agarrando un micrófono con cable terminado en cabeza de serpiente). Diego nos tocó canciones en la guitarra acústica después de la cabalgata cuando se hacía de noche cerca del cerro Catedral, y después en el hotel nos enseñó la medida justa de vodka y naranja para hacer un buen destornillador. Nos trató bien pero solamente quiso besarnos y no quiso acostarse con nosotras, a lo mejor porque era más grande (había repetido, tenía dieciocho), o porque no le gustábamos. Después, cuando volvimos a Buenos Aires, lo llamamos para invitarlo a una fiesta. Nos prestó atención un rato hasta que Silvia le dio charla. Y desde entonces nos siguió tratando bien, eso sí, pero Silvia lo acaparaba y lo deslumbraba (o lo abrumaba: las opiniones estaban divididas) con sus historias de México y peyote y calaveras de azúcar. Ella también era grande, hacía dos años que había terminado la secundaria. Diego no había viajado mucho, pero quería irse de mochilero al norte ese mismo verano; Silvia ya había hecho ese recorrido (¡claro!) y le daba consejos, le decía que la llamara para recomendarle hoteles baratos y casas de familias que daban alojamiento, y él se creía todo, a pesar de que Silvia no tenía ni una sola foto, ni una, para probar que ese viaje —o cualquiera de los otros, era muy viajada— había sido real.

Ella fue la que apareció con la idea de las tosqueras ese verano, y tuvimos que concederle: fue una muy buena idea. Silvia odiaba las piletas públicas y las de club, hasta las de las quintas o casas de fin de semana: decía que el agua no era fresca, que la sentía estancada. Como el río más cercano estaba contaminado, ella no tenía dónde nadar. A nosotras nos parecía «quién se cree qué es Silvia, como si hubiera nacido en una playa del sur de Francia». Pero Diego escuchó la explicación de por qué quería agua «fresca» y estuvo totalmente de acuerdo. Hablaron un poco de mares y cascadas y arroyitos hasta que Silvia mencionó las tosqueras. Alguien, en el trabajo, le había dicho que podía encontrar un montón en la ruta para el sur, y que la gente apenas las usaba para bañarse, porque les daban miedo, se decía que eran

peligrosas. Ahí mismo propuso que fuéramos el siguiente fin de semana, y nosotras aceptamos de inmediato porque sabíamos que Diego iba a decir que sí y no queríamos que fueran los dos solos. A lo mejor si veía el feo cuerpo que tenía ella, unas piernas bien macetonas, Silvia decía que porque había jugado al hockey de chica, pero la mitad de nosotras habíamos jugado al hockey y ninguna tenía esos jamones; el culo chato y las caderas anchas, por eso le quedaban tan mal los *jeans*; si veía esos defectos (más los pelos que nunca se depilaba bien, a lo mejor no se podían sacar de raíz, ella era muy morocha), a lo mejor Diego dejaba de gustar de Silvia y de una buena vez se fijaba en nosotras.

Ella averiguó un poco y dijo que teníamos que ir a la tosquera de la Virgen, que era la mejor, la más limpia. También era la más grande, la más honda y la más peligrosa de todas las tosqueras. Quedaba muy lejos, casi al final del recorrido del 307, cuando el colectivo ya tomaba la ruta. La tosquera de la Virgen era especial porque, decían, casi nadie iba a bañarse ahí. El peligro que alejaba a la gente no era la profundidad: era el dueño. Decían que alguien la había comprado, y lo aceptábamos: ninguna de nosotras sabía para qué servía una tosquera ni si se podía comprar, pero sin embargo no nos resultaba raro que tuviera dueño y entendíamos que él no quisiera extraños bañándose en su propiedad.

Según contaban, cuando había intrusos el dueño aparecía por detrás de una loma en su camioneta y les disparaba. A veces también les soltaba sus perros. Había decorado su tosquera privada con un altar gigante, una gruta para la Virgen en uno de los lados del piletón principal. Se podía llegar rodeando la tosquera por un camino de tierra del lado derecho, un camino que empezaba en una entrada improvisada, cerca de la ruta, marcada por un angosto arco de hierro. Del otro lado estaba la loma desde la que podía asomarse la camioneta. El agua frente a la Virgen estaba quietísima, negra. De este lado, una playita de tierra arcillosa.

Fuimos todos los sábados de ese enero, el calor era tormentoso y el agua estaba tan fría: era como sumergirse en un milagro. Hasta nos olvidamos un poco de Diego y Silvia. Ellos también se habían olvidado el uno del otro, maravillados por la frescura y el secreto. Tratábamos de estar callados, de no hacer escándalo para no

despertar al dueño escondido. Nunca vimos a nadie más, aunque a veces algunas personas compartían la parada del colectivo a la vuelta, y debían suponer que volvíamos de la tosquera por nuestro pelo mojado y el olor que se nos quedaba pegado a la piel, olor a piedra y sal. Una vez el colectivero nos dijo algo extraño: que tuviéramos cuidado con los perros sueltos, medio salvajes. Nos dio un escalofrío, pero el siguiente fin de semana estuvimos tan solos como siempre, no escuchamos ni siquiera un ladrido lejano.

Y podíamos ver que Diego empezaba a mirar con interés nuestros muslos dorados, nuestros tobillos finos, los vientres chatos. Igual seguía más cercano a Silvia y todavía parecía fascinado aunque ya se había dado cuenta de que nosotras éramos mucho mucho más lindas. El problema era que los dos nadaban muy bien, y aunque jugaban con nosotras en el agua y nos enseñaban algunas cosas, a veces se aburrían y se alejaban nadando rápido, con precisión. Era imposible alcanzarlos. La tosquera era enorme de verdad; nosotras, cerca de la orilla, veíamos sus dos cabezas oscuras flotando sobre la superficie, y veíamos sus labios moverse, pero no teníamos idea de lo que se decían. Se reían mucho, eso sí, y Silvia tenía una risa escandalosa, teníamos que retarla para que bajara la voz. Los dos parecían tan contentos. Sabíamos que se iban a acordar dentro de muy poco de lo mucho que se gustaban, que la frescura del verano cerca de la ruta era algo pasajero. Teníamos que detenerlos. Nosotras habíamos encontrado a Diego, ella no podía quedarse con todo.

Diego estaba cada día mejor. La primera vez que se sacó la remera descubrimos que tenía la espalda ancha, los hombros caídos y fuertes, y un color arena en la espalda, justo sobre el pantalón, que era sencillamente hermoso. Nos enseñó a armar una tuquera para el porro con la cajita de fósforos, y nos cuidaba para que no nos metiéramos al agua relocas, por si nos ahogábamos drogadas. Nos ripeaba discos de las bandas que, creía, teníamos que conocer, y después nos tomaba examen, era encantador, se ponía contento cuando notaba que nos había gustado de veras alguna de sus favoritas. Nosotras escuchábamos con devoción y buscábamos mensajes, ¿nos querría decir algo?, por las dudas hasta traducíamos las canciones que estaban en inglés usando el

diccionario; nos las leíamos por teléfono y debatíamos. Era muy confuso, había decenas de mensajes cruzados.

Toda especulación se cortó en seco —como si nos hubieran pasado un cuchillo helado por la columna vertebral— cuando nos enteramos de que Silvia y Diego se habían puesto de novios. ¡Cuándo! ¡Cómo! Ellos eran grandes, no tenían por qué estar en casa temprano, Silvia tenía su propio departamento, qué estúpidas, aplicarle a ellos nuestras limitaciones de pendejas. Y eso que nos escapábamos bastante pero igual nos controlaban con horarios, celular y padres que se conocían entre sí y nos llevaban hasta los lugares —boliches, casas de amigas, casas nuestras, club— en auto.

Los detalles los tuvimos pronto, y no eran demasiado espectaculares. Se veían al margen de nosotras desde hacía un tiempo; de noche, en efecto, pero a veces él la pasaba a buscar por el Ministerio y se iban a tomar algo, y otras se quedaban a dormir juntos en su departamento. Seguro fumaban el porro de la planta de Silvia en la cama después de coger. Algunas de nosotras no habíamos cogido a los diecisiete años, un espanto; chupar pija sí, ya sabíamos hacerlo muy bien, pero coger, algunas, no todas. Nos dio un odio terrible. Queríamos a Diego para nosotras, no queríamos que fuera nuestro novio, queríamos nomás que nos cogiera, que nos enseñara como nos enseñaba sobre el rocanrol, preparar tragos y nadar mariposa.

De todas, la más obsesionada era Natalia. Ella era virgen todavía. Decía que quería guardarse para uno que valiera la pena, y Diego valía la pena. Cuando se le metía algo en la cabeza, era muy difícil que diera marcha atrás. Una vez, se había tomado veinte pastillas de su mamá cuando le prohibieron ir al boliche por una semana —las notas del colegio eran un desastre—. La dejaron seguir yendo, pero la mandaron al psicólogo. Natalia faltaba y se gastaba la plata de las sesiones en sus cosas. Con Diego quería algo especial. No quería tirársele encima. Quería que él la quisiera, gustarle, enloquecerlo. Pero en las fiestas, cuando se acercaba a hablarle, Diego le hacía una sonrisa de costado y seguía en su conversación, con cualquier otra de nosotras. No le contestaba el teléfono, y si lo hacía, las conversaciones eran lánguidas y él

siempre las cortaba. En la tosquera, no se le quedaba mirando el cuerpo, las piernas largas y fuertes y el culo firme, o la miraba como si se fijara en una planta medio aburrida, un ficus, por ejemplo. Eso sí que Natalia no podía creerlo. Ella no sabía nadar, pero se humedecía cerca de la orilla y después salía del agua fría con la malla amarilla pegada al cuerpo bronceado, tan pegada que se le marcaban los pezones, erizados por el agua helada; y Natalia sabía que cualquier otro que la viera se mataría a pajas, pero Diego no, ¡prefería a la negra de culo chato! Nosotras coincidíamos en que era incomprensible.

Una tarde, cuando íbamos para la clase de educación física, nos contó que le había echado sangre de menstruación al café de Diego. Lo había hecho en la casa de Silvia, ¡dónde si no! Estaban los tres solos, y en un momento Diego y Silvia fueron hasta la cocina, por unos minutos, a buscar café y galletitas; el café ya estaba servido sobre la mesa. Natalia, muy rápido, echó lo que había podido juntar —muy poco— en un mínimo frasquito de muestra de perfume. Había logrado juntar la sangre retorciendo algodón húmedo, un asco porque ella siempre usaba toallitas o tampones, se había puesto algodón solo para poder conseguir sangre. Estaba un poco diluida en agua, pero ella decía que tenía que servir igual. Había sacado el método de un libro de parapsicología: ahí decían que era poco higiénico, pero infalible para amarrar al ser amado.

No funcionó. Una semana después de que Diego tomara la sangre de Natalia, la propia Silvia nos contó que estaban de novios, que era oficial. La siguiente vez que los vimos, no paraban de besuquearse. Ese fin de semana fuimos a la tosquera con ellos de la mano, y no lo podíamos entender. No lo podíamos entender. La bikini roja con dibujos de corazones de una; la panza chatísima con un *piercing* en el ombligo de otra; el excelente corte de pelo con un mechón en la cara, las piernas sin un solo pelo, las axilas como de mármol. ¿Y él la prefería a ella? ¿Por qué? ¿Porque se la cogía? ¡Si nosotras también queríamos coger, no queríamos otra cosa! O acaso no se daba cuenta cuando nos sentábamos sobre sus rodillas apoyando el culo con mucha fuerza, y tratando de manotearle la pija con la mano, como en un descuido. O cuando nos reíamos cerca de

su boca, mostrándole la lengua. ¿Por qué no nos tirábamos encima de él y listo? Porque nos pasaba a todas, no era solamente la obsesión de Natalia: queríamos que Diego nos eligiera. Queríamos estar con él todavía mojadas del agua fría de la tosquera, cogiendo una tras otra, él acostado sobre la playita, esperando los disparos del dueño, y correr hacia la ruta medio desnudas bajo una lluvia de balas.

Pero no. Estábamos ahí sentadas en toda nuestra gloria, y él besándose con Silvia culo chato, vieja además. El sol ardía, y a Silvia culo chato ya se le estaba pelando la nariz, un desastre, usaba protectores solares de cuarta. Nosotras, impecables. En un momento, Diego pareció darse cuenta. Nos miró distinto, como si registrara que estaba con una negra fea. Y dijo «por qué no vamos nadando hasta la Virgen». Natalia se puso pálida, porque ella no sabía nadar. Nosotras sí, pero no nos animábamos a cruzar la tosquera, que era muy profunda y larga, si nos ahogábamos no había quien nos salvara, estábamos en el medio de la nada. Diego adivinó: «Sil y yo vamos nadando, ustedes agarren por el costado caminando y nos vemos allá. Quiero ver ese altar de cerca, ¿se copan?».

Dijimos que sí, que claro, aunque estábamos preocupadas porque si le decía «Sil» a lo mejor nuestra percepción de que nos miraba distinto era equivocada, nomás nos moríamos de ganas de que fuera así y ya estábamos medio locas. Empezamos a caminar. Rodear la tosquera no era fácil: parecía mucho más chica cuando una estaba sentada en la playita. Era enorme. Debía tener unas tres cuadras de largo. Diego y Silvia avanzaban más que nosotras, y veíamos las cabezas oscuras aparecer a intervalos, medio doradas bajo el sol, tan luminosas, y los brazos levantando surcos de agua, resbaladizos. En un momento tuvieron que parar, lo vimos desde el costado —nosotras, bajo el sol, con polvo pegado al cuerpo por la transpiración, algunas con dolor de cabeza por el calor y la luz fuerte en los ojos, caminando como si anduviéramos cuesta arriba—; los vimos parar y hablarse, Silvia se reía tirando la cabeza para atrás y manteniendo los brazos en movimiento para no hundirse. Eran demasiados metros para nadar de un tirón, ellos no eran profesionales. Pero a Natalia le dio la impresión de que no paraban

nomás por cansancio, creyó que estaban tramando algo, «a esa yegua se le ocurrió alguna», dijo, y siguió caminando hacia la Virgen que apenas se veía adentro de la gruta.

Diego y Silvia llegaron justo cuando nosotras doblábamos a la derecha, a caminar los últimos cincuenta metros que nos separaban de la gruta de la Virgen. Seguramente nos vieron resoplando, con las axilas oliendo a cebolla y el pelo pegado a las sienes. Nos miraron bien, se rieron igual que lo habían hecho cuando dejaron de nadar, y se volvieron a tirar al agua, para nadar con toda velocidad de vuelta a la orilla de la playita. Así nomás. Se les escucharon las carcajadas burlonas junto al chapuzón. «¡Chau, chicas!», gritó Silvia triunfal antes de volver nadando, y nosotras ahí heladas a pesar del bochorno, qué cosa rara, heladas y más muertas de calor que nunca, con las orejas ardiendo de odio mientras los veíamos irse riéndose de las tontas que no sabíamos nadar, imaginando nuestros propios reproches. Humilladas, a cincuenta metros de la Virgen, que ya nadie tenía ganas de ver, que ninguna de nosotras había tenido ganas de ver nunca. Miramos a Natalia. Era tanta la rabia que las lágrimas no caían de sus ojos. Le dijimos que teníamos que volver. Dijo que no, que quería ver a la Virgen. Nosotras estábamos cansadas y avergonzadas, nos sentamos a fumar, le dijimos que la esperábamos.

Tardó bastante, unos quince minutos. Raro, ¿habría estado rezando? No le preguntamos, la conocíamos bien cuando se enojaba, a una de nosotras nos había mordido en un ataque de furia, de verdad, un mordiscón enorme en el brazo que había dejado una marca por casi una semana. Volvió con nosotras, nos pidió de fumar una pitada —no le gustaba fumar cigarrillos enteros— y empezó a caminar. La seguimos. Podíamos ver a Silvia y Diego en la playa, secándose mutuamente, no los escuchábamos bien, pero se reían, y de pronto un grito de Silvia, «no se enojen, chicas, fue un chiste».

Natalia se dio vuelta en seco. Estaba cubierta de polvo. Tenía polvo hasta en los ojos. Nos miró fijo, estudiándonos. Sonrió y dijo:

—No es una Virgen.

—¿Qué cosa?

—Tiene un manto blanco para ocultar, para taparla, pero no es una Virgen. Es una mujer roja, de yeso, y está en pelotas. Tiene los pezones negros.

Nos dio miedo. Le preguntamos quién era, entonces. Nos dijo que no sabía, algo brasilero. También nos dijo que le había pedido algo. Que el rojo estaba muy bien pintado, y brillaba, parecía acrílico. Que tenía un pelo muy lindo, negro y largo, más oscuro y más sedoso que el de Silvia. Y que cuando se le acercó, el falso manto blanco virginal se le cayó solo, sin que ella lo tocara, como si quisiera que Natalia la reconociera. Entonces le había pedido algo.

No le contestamos nada. A veces hacía cosas así de locas, como lo de la menstruación en el café. Después se le pasaba.

Llegamos de muy malhumor a la playita, y aunque Silvia y Diego trataron de hacernos reír, no hubo manera. Vimos cómo les entraba la culpa. Pidieron perdón y disculpas. Admitieron que había sido una broma de mal gusto, pesada, diseñada para avergonzarnos, mala leche, despreciativa. Sacaron de la heladerita que siempre llevábamos a la tosquera una cerveza bien fresca, y cuando Diego la destapó con su abridor-llavero, escuchamos el primer resoplido. Fue tan alto, claro y fuerte que pareció venir de muy cerca. Pero Silvia se paró y señaló con el dedo la loma por donde aparecía el dueño. Había un perro negro. Aunque lo primero que Diego dijo fue «es un caballo». Ni bien terminó la palabra, el perro ladró, y el ladrido llenó la tarde y nosotras juramos que hizo temblar un poco la superficie del agua de la tosquera. Era grande como un potrillo, completamente negro, y se notaba que estaba dispuesto a bajar la loma. Pero no era el único. El primer resoplido había llegado de detrás de nosotros, del fondo de la playa. Allá, muy cerca, caminaban tres perros-potrillos babosos, sus costados subían y bajaban, se les notaban las costillas, estaban flacos. Estos no eran los perros del dueño, pensamos, eran los perros de los que había hablado el colectivero, salvajes y peligrosos. Diego les hizo «shhh» para amansarlos, y Silvia dijo «no hay que mostrarles que estamos asustados», y entonces Natalia, enojada, llorando por fin, les gritó: «Soberbios de mierda, vos sos una negra culo chato, vos un pelotudo, ¡y ellos son mis perros!».

Había uno a cinco metros de Silvia. Diego ni le prestó atención a Natalia: se puso delante de su novia para protegerla, pero entonces apareció otro perro detrás de él, y dos más chicos que bajaron corriendo ladrando la lomita por la que no se asomaba el dueño, y de repente empezaron los rugidos de hambre o de odio, no sabíamos. Lo que sí sabíamos, de lo que nos dimos cuenta porque era tan obvio, era de que los perros ni nos miraban. A ninguna de nosotras. No nos prestaban atención, como si no existiéramos, como si ahí junto a la tosquera solo estuvieran Silvia y Diego. Natalia se puso una remera y una pollera, nos susurró que nos vistiéramos también, y después nos agarró de las manos. Caminó hasta la entrada de hierro tipo arco que daba a la ruta, y recién ahí empezó a correr hasta la parada del 307, y nosotras detrás de ella. Si pensamos en buscar ayuda, no lo dijimos. Si pensamos en volver, tampoco lo dijimos. Cuando escuchamos los gritos de Silvia y Diego desde la ruta, rezamos secretamente para que no parara ningún auto y también los escuchara; a veces, como éramos tan jóvenes y lindas, nos ofrecían llevarnos gratis hasta la ciudad. Llegó el 307 y subimos con tranquilidad para no levantar sospechas. El chofer nos preguntó cómo andábamos y le dijimos bien, bárbaro, todo tranquilo, todo tranquilo.

3. El carrito

Juancho estaba borracho esa tarde, y se paseaba por la vereda bravucón, aunque ya nadie en el barrio se sentía amenazado, o siquiera inquieto, por su presencia intoxicada. A mitad de cuadra, Horacio lavaba el auto como todos los domingos, en *shorts* y chancletas, la panza tensa y prominente, el pelo en pecho canoso, la radio con el partido. En la esquina, los gallegos del bazar tomaban mate con la pava en el piso, entre las dos sillas reclinables que habían sacado afuera, porque el sol estaba lindo. Enfrente, los hijos de la Coca tomaban cerveza en el umbral, y un grupo de chicas recién bañadas y demasiado maquilladas charlaban paradas en la puerta del garaje de Valeria. Mi papá había intentado, más temprano, decir buenas tardes y darle charla a los vecinos, pero volvió adentro como siempre, cabizbajo, apenas contrariado, porque era buena gente pero no tenía conversación, cada tarde de domingo decía lo mismo.

Mi mamá espiaba por la ventana. Se aburría con la tele dominguera, pero no tenía ganas de salir. Miraba por las rendijas de las persianas entreabiertas, y de vez en cuando nos pedía un té, o una galletita, o una aspirina. Mi hermano y yo solíamos quedarnos los domingos en casa; a veces, a la noche, nos dábamos una vuelta por el centro si papá nos prestaba el auto.

Mamá lo vio primero. Venía de la esquina de Tuyutí, por el medio de la calle, con un carro de supermercado muy cargado, y todavía más borracho que Juancho, pero se las arreglaba para empujar la basura acumulada, botellas, cartones, guías telefónicas. Se detuvo frente al auto de Horacio, tambaleándose. Hacía calor esa tarde, pero el hombre llevaba un pulóver viejo verdoso. Debía tener unos sesenta años. Dejó el carrito junto al cordón, se acercó al coche y, justo del lado que le quedaba mejor a mi mamá para verlo, se bajó los pantalones.

Ella nos llamó a los gritos. Nos acercamos y espiamos por las rendijas de las persianas los tres, mi hermano, papá y yo. El hombre, que no llevaba calzoncillos bajo un mugriento pantalón de vestir, cagó en la vereda, mierda floja casi diarreica, y mucha cantidad; el olor nos llegó, apestaba tanto a mierda como a alcohol.

Pobre hombre, dijo mi mamá. Qué miseria, a lo que puede llegar uno, dijo mi papá.

Horacio estaba estupefacto, pero se veía que empezaba a calentarse, porque se le enrojeció el cuello. Pero antes de que pudiera reaccionar, Juancho cruzó la calle, corriendo, y empujó al hombre, que todavía no había tenido tiempo de levantarse, ni de subirse los pantalones. El viejo cayó sobre su propia mierda, que le embadurnó el pulóver, y la mano derecha. Solo murmuró un «ay».

—¡Negro de mierda! —le gritó Juancho—. Villero y la concha de tu madre, ¡no vas a venir a cagarnos en el barrio, negro zarpado!

Lo pateó en el suelo. Él también se manchó de mierda los pies, llevaba ojotas.

—Te levantás, conchisumadre, te levantás y le baldeás la vereda al Horacio, acá no se jode, volvé a la villa, hijo de una remilputas.

Y lo siguió pateando, en el pecho, en la espalda. El hombre no podía levantarse; parecía no entender lo que estaba pasando. De pronto se puso a llorar.

No es para tanto, dijo mi papá. Cómo va a humillar así al pobre desgraciado, dijo mi mamá, y se paró, y enfiló hacia la puerta. Nosotros la seguimos. Cuando mamá llegó a la vereda, Juancho había levantado al hombre, que lloriqueaba y pedía perdón, y trataba de ponerle entre las manos la manguera con la que Horacio había estado lavando el auto, para que limpiara su propia mierda. La cuadra apestaba. Nadie se atrevía a acercarse. Horacio dijo «Juancho, dejá», pero en voz baja.

Mi mamá intervino. Todos la respetaban, especialmente Juancho, porque ella solía darle unas monedas para vino cuando le pedía; los demás la trataban con deferencia porque mamá era kinesióloga, pero todos pensaban que era médica, y la llamaban doctora.

—Dejalo en paz. Que se vaya y listo. Nosotros limpiamos. Está borracho, no sabe lo que hace, no tenés por qué pegarle.

El viejo miró a mamá, y ella le dijo: «Señor, pida disculpas y vaya». Él murmuró algo, soltó la manguera y, todavía con los pantalones bajos, quiso arrastrar el carrito.

—Acá la doctora te perdona la vida, negro culeado, pero el carro no te lo llevás. La mugre la pagás, zarpado del orto, en el barrio no se jode.

Mamá intentó disuadir a Juancho, pero él estaba borracho, y furioso, y gritaba como un justiciero, y en los ojos no le quedaba nada blanco, solo negro y rojo, como los colores del *short* que llevaba puesto. Se puso adelante del carro y no dejó que el hombre lo pusiera a andar. Yo tuve miedo de que empezara otra pelea — otra golpiza de Juancho, en realidad— pero el hombre pareció despertarse. Se subió el cierre de los pantalones —no tenían botón— y se fue caminando por el medio de la calle otra vez, hacia Catamarca; todos lo miraron irse, los gallegos murmurando qué barbaridad, los hijos de la Coca a las risotadas, las chicas en la puerta del garaje de Valeria riéndose nerviosas algunas, otras cabizbajas, como avergonzadas. Horacio puteaba en voz baja. Juancho sacó una botella del carrito y se la revoleó al hombre, pero le pasó muy lejos y se estrelló contra el asfalto. El hombre, sobresaltado por el ruido, se dio vuelta y gritó algo, ininteligible. No supimos si hablaba otro idioma (pero ¿cuál?) o si sencillamente no podía articular por la borrachera. Pero antes de salir corriendo en zigzag, huyendo de Juancho que lo persiguió a los gritos, miró a mi mamá con toda lucidez y asintió, dos veces. Dijo algo más, girando los ojos, abarcando toda la cuadra y más. Después desapareció por la esquina. Juancho, demasiado en pedo, no lo siguió. Nomás siguió gritando, un rato largo.

Entramos a casa. Los vecinos seguirían hablando del tema toda la tarde, y la semana. Horacio usó la manguera, puro rezongo y negros de mierda, negros de mierda.

Este barrio no da para más, dijo mi mamá, y cerró la persiana.

Alguien, probablemente el propio Juancho, movió el carrito a la esquina de Tuyutí, y lo dejó estacionado frente a la casa

abandonada de doña Rita, que se había muerto el año anterior. Pocos días después, nadie le prestaba atención.

Al principio sí, porque esperaban que el villero —qué otra cosa podía ser— volviera a buscarlo. Pero no apareció, y nadie sabía qué hacer con sus cosas. Así que ahí quedaron, y un día se mojaron con la lluvia, y los cartones húmedos se desarmaron, y daban olor. Algo más apestaba entre las porquerías, probablemente comida pudriéndose, pero el asco impedía que alguien lo limpiara. Bastaba con pasarle lejos, caminar bien cerca de las casas y no mirarlo. En el barrio siempre había olores feos, del limo que se juntaba junto a los cordones de la vereda, verdoso, y del Riachuelo, cuando soplaba cierto viento, especialmente al atardecer.

Todo comenzó unos quince días después de la llegada del carrito. A lo mejor había empezado antes, pero hizo falta la acumulación de desgracias para que el barrio sintiera que la secuencia era extraña. El primero fue Horacio. Tenía una rotisería en el centro, le iba bien. Una noche, cuando estaba haciendo la caja, entraron a robarle y se llevaron todo. Cosas de suburbio. Pero esa misma noche, cuando fue al cajero automático a sacar plata, después de la denuncia —inútil, como en la mayoría de los robos, entre otras cosas porque los chorros entraron encapuchados—, descubrió que no tenía un peso en la cuenta. Llamó al banco, hizo escándalos, pateó puertas, quiso acogotar a un empleado y llegó hasta el gerente de la sucursal, y después hasta el de la red bancaria. Pero no hubo caso: el dinero no estaba, alguien lo había sacado, y Horacio, de la noche a la mañana, estaba en la ruina. Vendió el auto. Le dieron menos de lo que esperaba.

Los dos hijos de la Coca perdieron el trabajo que tenían en el taller mecánico de la avenida. Sin aviso; el dueño ni les dio explicaciones. Lo cagaron a puteadas, y él los echó a patadas. A la Coca, encima, no le salía la pensión. Los hijos buscaron trabajo una semana, y después se dedicaron a gastar los ahorros en cerveza. La Coca se metió en la cama diciendo que se quería morir. Ya no les daban fiado en ningún lado. Ni para el colectivo tenían.

Los gallegos tuvieron que cerrar el bazar. Porque no se trataba nada más que de los hijos de la Coca, o de Horacio; cada vecino, de golpe, en cuestión de días, perdió todo. La mercadería del kiosco

desapareció misteriosamente. Al remisero le robaron el auto. El marido y único sostén de Mari, albañil, se cayó de un andamio y murió. Las chicas tuvieron que dejar los colegios privados porque los padres no podían pagarlos: el padre dentista ya no tenía clientela, la modista tampoco, al carnicero un cortocircuito le quemó todas las heladeras.

En dos meses, ya nadie tenía teléfono en el barrio por falta de pago. En tres meses, tuvieron que colgarse de los cables de luz porque no podían pagar la electricidad. Los hijos de la Coca salieron a afanar y a uno de ellos, el más inexperto, lo agarró la policía. El otro no volvió una noche; a lo mejor lo habían matado. El remisero se aventuró, caminando, hasta el otro lado de la avenida. Allá, dijo, estaba todo lo más bien. Hasta tres meses después de que comenzara, los negocios del otro lado de la avenida fiaban. Pero eventualmente dejaron de hacerlo.

Horacio puso la casa en venta.

Todos cerraban con candados viejos, porque no había plata para alarmas ni para cerraduras más eficientes; empezaron a faltar cosas de las casas, televisores y radios y equipos de música y computadoras, y se veía a algunos vecinos cargando electrodomésticos entre dos o tres, en changos de hacer compras, o solo con la fuerza de los brazos. Llevaban todo a las casas de remate y usados del otro lado de la avenida. Pero otros vecinos se organizaron y, cuando intentaban tirarles la puerta abajo, blandían tramontinas o revólveres, si tenían. Cholo, el verdulero de la vuelta, le partió la cabeza al remisero con el fierro que usaba para hacer el asado. Al principio, un grupo de mujeres se organizaron para repartir la comida que quedaba en los *freezers*; pero cuando se enteraron de que algunas mentían y se guardaban víveres, la buena voluntad se fue al carajo.

La Coca se comió a su gato, y después se suicidó. Hubo que ir a la sede de la Obra Social de la avenida para que se llevaran el cuerpo y lo enterraran gratis. Algún empleado de ahí quiso averiguar más, le contaron, y llegó la televisión con las cámaras para registrar la mala suerte localizada que sumía a tres manzanas del barrio en la miseria. Sobre todo querían saber por qué los vecinos de más lejos, los que vivían a cuatro cuadras, por ejemplo, no eran solidarios.

Vinieron asistentes sociales, y repartieron comida, pero solo desataron más guerras. A los cinco meses, ni la policía entraba, y los que todavía iban a mirar televisión en los aparatos exhibidos en las casas de electrodomésticos de la avenida decían que en los noticieros no se hablaba de otra cosa. Pero pronto quedaron aislados, porque los de la avenida los echaban si los reconocían.

Quedaron, digo, porque nosotros sí teníamos tele, y electricidad, y gas, y teléfono. Decíamos que no, y vivíamos tan encerrados como los demás; si nos cruzábamos con alguien, mentíamos: nos comimos al perro, nos comimos las plantas, a Diego —mi hermano— le fiaron en un negocio de acá veinte cuadras. Mi mamá se las arreglaba para ir a trabajar, saltando por los techos (no era tan difícil en un barrio donde todas las casas eran bajas). Mi papá podía sacar la plata de la jubilación por cajero automático, y los servicios los pagábamos online, porque todavía teníamos Internet. No nos saquearon; el respeto a la doctora, a lo mejor, o muy buenas actuaciones de nuestra parte.

Fue Juancho el que, después de robar alcohol de un maxikiosco lejano, mientras tomaba el vino en botella sentado en la vereda, empezó a gritar y putear. «Es el carrito de mierda, el carrito del villero». Horas gritó, horas caminó por la calle, golpeó puertas y ventanas, «es el carrito, es culpa del viejo, hay que ir a buscarlo, vamos, cagones de mierda, nos hizo una macumba». A Juancho se le notaba el hambre más que a los demás, porque nunca había tenido nada, y vivía de las monedas que recolectaba cada día, tocando timbre (siempre le daban, por miedo o compasión, vaya a saber). Esa misma noche le pegó fuego al carro, y los vecinos miraron las llamas por la ventana. Tenía algo de razón Juancho. Todos habían pensado que era el carrito. Algo de ahí adentro. Algo contagioso que había traído de la villa.

Esa misma noche, mi papá nos juntó en el comedor, para charlar. Dijo que nos teníamos que ir. Que se iban a dar cuenta de que nosotros estábamos inmunizados. Que Mari, la vecina de al lado, algo sospechaba, porque era bastante difícil ocultar el olor de la comida, aunque cocinábamos cuidando de que no saliera el humo o el aroma por debajo de la puerta, con burletes. Que se nos iba a terminar la suerte, que se pudría todo. Mamá estaba de acuerdo.

Decía que la habían visto saltando el techo de atrás. No podía asegurarlo, pero había sentido las miradas. Diego también. Contó que una tarde, cuando levantó las persianas, había visto a algunos vecinos salir corriendo, pero que otros lo habían mirado, desafiantes; malos, ya locos. Casi nadie nos veía, por el encierro, pero para seguir disimulando íbamos a tener que salir pronto. Y no estábamos flacos, ni demacrados. Estábamos asustados, pero el miedo no se parece a la desesperación.

Escuchamos el plan de papá, que no parecía muy sensato. Mamá contó el suyo, un poco mejor, pero nada del otro mundo. Aceptamos el de Diego: mi hermano siempre podía pensar con más sencillez y más frialdad.

Nos fuimos a la cama, pero ninguno pudo dormir. Después de dar muchas vueltas, toqué la puerta de la habitación de mi hermano. Lo encontré sentado en el piso. Estaba muy pálido, todos estábamos así, por falta de sol. Le pregunté si pensaba que Juancho tenía razón. Dijo que sí con la cabeza.

—Mamá nos salvó. ¿Viste cómo la miró el hombre antes de irse? Nos salvó.

—Hasta ahora —dije yo.

—Hasta ahora —dijo él.

Esa noche, oímos carne quemada. Mamá estaba en la cocina; nos acercamos para retarla, se había vuelto loca, hacer un bife a la parrilla a esa hora, se iban a dar cuenta. Pero mamá temblaba al lado de la mesada.

—Esa no es carne común —dijo.

Abrimos apenas la persiana y miramos para arriba. Vimos que el humo llegaba de la terraza de enfrente. Y era negro, y no olía como ningún otro humo conocido.

—Qué viejo villero hijo de puta —dijo mamá, y se puso a llorar.

4. El aljibe

*I am terrified by this dark thing
That sleeps in me;
All day I feel its soft, feathery turnings, its malignity.*

SYLVIA PLATH

Josefina recordaba el calor y el hacinamiento dentro del Renault 12 como si el viaje hubiera sucedido apenas unos días atrás y no cuando ella tenía seis años, pocos días después de Navidad, bajo el asfixiante sol de enero. Su padre manejaba, casi sin hablar; su madre iba en el asiento de adelante y en el de atrás Josefina había quedado atrapada entre su hermana y su abuela Rita, que pelaba mandarinas e inundaba el auto con el olor de la fruta recalentada. Iban de vacaciones a Corrientes, a visitar a los tíos maternos, pero eso era solo una parte del gran motivo del viaje, que Josefina no podía adivinar. Recordaba que ninguno hablaba mucho; su abuela y su madre llevaban anteojos oscuros y solo abrían la boca para alertar sobre algún camión que pasaba demasiado cerca del auto, o para pedirle a su padre que disminuyera la velocidad, tensas y alertas a la espera de un accidente.

Tenían miedo. Siempre tenían miedo. En verano, cuando Josefina y Mariela querían bañarse en la Pelopincho, la abuela Rita llenaba la pileta con apenas diez centímetros de agua y vigilaba cada chapoteo sentada en una silla bajo la sombra del limonero del patio, para llegar a tiempo si sus nietas se ahogaban. Josefina recordaba que su madre lloraba y llamaba a médicos y ambulancias de madrugada si ella o su hermana tenían unas líneas de fiebre. O las hacía faltar a la escuela ante un inofensivo catarro. Nunca les daba permiso para dormir en casa de amigas, y apenas las dejaba jugar en la vereda; si lo hacía, podían verla vigilándolas por la ventana, escondida detrás de las cortinas. A veces Mariela lloraba de noche, diciendo que algo se movía debajo de su cama, y nunca podía dormir con la luz apagada. Josefina era la única que nunca tenía miedo, como su padre. Hasta aquel viaje a Corrientes.

Apenas recordaba cuántos días habían pasado en casa de los tíos, ni si habían ido a la Costanera o a caminar por la peatonal. Pero se acordaba perfectamente de la visita a la casa de doña Irene. Ese día el cielo estaba nublado, pero el calor era pesado, como siempre en Corrientes antes de una tormenta. Su padre no las había acompañado; la casa de doña Irene quedaba cerca de la de los tíos, y las cuatro habían ido caminando acompañadas de la tía Clarita. No la llamaban bruja, le decían La Señora; su casa tenía un patio delantero hermoso, un poco demasiado recargado de plantas, y casi en el centro había un aljibe pintado de blanco; cuando Josefina lo vio se soltó de la mano de su abuela y corrió ignorando los aullidos de pánico, para verlo de cerca y asomarse al pozo. No pudieron detenerla antes de que viera el fondo y el agua estancada en lo profundo.

Su madre le dio un cachetazo que la habría hecho llorar si Josefina no hubiera estado acostumbrada a esos golpes nerviosos que terminaban en llantos y abrazos y «mi nenita, mi nenita, mirá si te pasa algo». Algo como qué, había pensado Josefina. Si ella nunca había pensado en tirarse. Si nadie iba a empujarla. Si ella solo quería ver si el agua reflejaba su cara, como siempre sucedía en los aljibes de los cuentos, su cara como una luna con cabello rubio en el agua negra.

Josefina la había pasado bien esa tarde en casa de La Señora. Su madre, su abuela y su hermana, sentadas sobre banquetas, habían dejado que Josefina curioseara las ofrendas y chucherías que se amontonaban frente a un altar; la tía Clarita, respetuosa, esperaba mientras tanto en el patio, fumando. La Señora hablaba, o rezaba, pero Josefina no podía recordar nada extraño, ni cánticos, ni humaredas, ni siquiera que tocara con las manos a su familia. Solamente les susurraba lo suficientemente bajo como para que ella no pudiera escuchar lo que decía, pero no le importaba: sobre el altar descubría escarpines de bebé, ramos de flores y ramas secas, fotografías en color y blanco y negro, cruces decoradas con lazos rojos, estampitas de santos, muchos rosarios —de plástico, de madera, de metal plateado— y la fea figura del santo al que su abuela le rezaba, San La Muerte, un esqueleto con su guadaña, repetido en diferentes tamaños y materiales, algunas veces tosco,

otras tallado al detalle, con los huecos de los globos oculares negrísimos y la sonrisa amplia.

Al rato, Josefina se aburrió y La Señora le dijo: «Chiquita, por qué no te acostás en el sillón, andá». Ella lo hizo y se durmió al instante, sentada. Cuando despertó, ya era de noche y la tía Clarita se había cansado de esperar. Tuvieron que volver caminando solas. Josefina se acordaba de que, antes de salir, había tratado de volver a mirar dentro del aljibe, pero no se había animado. Estaba oscuro y la pintura blanca brillaba como los huesos de San La Muerte; era la primera vez que sentía miedo. Volvieron a Buenos Aires pocos días después. La primera noche en casa, Josefina no había podido dormir cuando Mariela apagó el velador.

Mariela dormía tranquilamente en la camita de enfrente, y ahora el velador estaba en la mesa de luz de Josefina, que recién tenía sueño cuando las agujas fosforescentes del reloj de Hello Kitty marcaban las tres o las cuatro de la madrugada. Mariela se abrazaba a un muñeco y Josefina veía que los ojos de plástico brillaban humanos en la semioscuridad. O escuchaba cantar un gallo en plena noche y recordaba —pero ¿quién se lo había dicho? — que ese canto, a esa hora, era señal de que alguien iba a morir. Y debía ser ella, así que se tomaba el pulso —había aprendido a hacerlo viendo a su madre, que siempre les controlaba la frecuencia de los latidos cuando tenían fiebre—. Si eran demasiado rápidos, tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a llamar a sus padres para que la salvaran. Si eran lentos, se apoyaba la mano en el pecho para controlar que el corazón no se detuviera. A veces se dormía contando, atenta al minuterero. Una noche había descubierto que la mancha de revoque en el techo, justo sobre su cama —el arreglo de una gotera— tenía forma de rostro con cuernos, la cara del diablo. Eso sí se lo había dicho a Mariela; pero su hermana, riéndose, dijo que las manchas eran como las nubes, que se podían ver distintas formas si uno las miraba demasiado. Y que ella no veía ningún diablo, le parecía un pájaro sobre dos patas. Otra noche había escuchado el relincho de un caballo o un burro... pero las manos le empezaron a transpirar cuando pensó que debía ser el Alma Mula, el espíritu de una muerta que transformado en mula no

podía descansar y salía a trotar de noche. Eso se lo había contado a su padre; él le besó la cabeza, dijo que eran pavadas y a la tarde lo había escuchado gritarle a su madre: «¡Que tu vieja deje de contarle pelotudeces a la nena! ¡No quiero que le llene la cabeza, ignorante supersticiosa de mierda!». La abuela negaba haberle contado nada, y no mentía. Josefina no tenía idea de dónde había sacado esas cosas, pero sentía que las *sabía*, como sabía que no podía acercar la mano a una hornalla encendida sin quemarse, o que en otoño tenía que ponerse un saquito sobre la remera porque de noche refrescaba.

Años después, sentada frente a uno de sus tantos psicólogos, había tratado de explicarse y racionalizar cada miedo: lo que Mariela había dicho del revoque podía ser cierto, a lo mejor le había escuchado contar esas historias a la abuela porque eran parte de la mitología correntina, a lo mejor un vecino del barrio tenía un gallinero, a lo mejor la mula era de los botelleros que vivían a la vuelta. Pero no creía en las explicaciones. Su madre solía ir a las sesiones y contaba que ella y su madre eran «ansiosas» y «fóbicas», que por cierto podían haberle contagiado esos miedos a Josefina; pero se estaban recuperando, y Mariela había dejado de sufrir terrores nocturnos, así que «lo de Jose» sería cuestión de tiempo.

Pero el tiempo fueron años, y Josefina odiaba a su padre porque un día se había ido dejándola sola con esas mujeres que ahora, después de años de encierro, planeaban vacaciones y salidas de fin de semana mientras ella se mareaba cuando llegaba a la puerta; odiaba haber tenido que dejar la escuela y que su madre la acompañara a rendir los exámenes cada fin de año; odiaba que los únicos chicos que visitaban su casa fueran amigos de Mariela; odiaba que hablaran de «lo de Jose» en voz baja, y sobre todo odiaba pasarse días en su habitación leyendo cuentos que de noche se transformaban en pesadillas. Había leído la historia de Anahí y la flor del ceibo, y en sueños se le había aparecido una mujer envuelta en llamas; había leído sobre el urutaú, y ahora antes de dormir se escuchaba al pájaro, que en realidad era una chica muerta, llorando cerca de su ventana. No podía ir a La Boca porque le parecía que debajo de la superficie del riachuelo negro había cuerpos

sumergidos que seguro intentarían salir cuando ella estuviera cerca de la orilla. Nunca dormía con una pierna destapada porque esperaba la mano fría que la rozara. Cuando su madre tenía que salir, la dejaba con la abuela Rita; y si se retrasaba más de media hora, Josefina vomitaba porque la tardanza solo podía significar que se había muerto en un accidente. Pasaba corriendo frente al retrato del abuelo muerto al que jamás había conocido porque podía sentir cómo la seguían sus ojos negros, y nunca se acercaba al cuarto donde estaba el viejo piano de su madre porque *sabía* que cuando nadie lo tocaba, se ocupaba de hacerlo el diablo.

Desde el sillón, con el pelo tan grasoso que parecía siempre húmedo, veía pasar el mundo que se estaba perdiendo. Ni siquiera había ido al cumpleaños de quince de su hermana, y sabía que Mariela se lo agradecía. Iba de un psiquiatra a otro desde hacía tiempo, y ciertas pastillas le habían permitido empezar la secundaria, pero solo hasta tercer año, cuando había descubierto que en los pasillos del colegio se escuchaban otras voces bajo el murmullo de los chicos que planeaban fiestas y borracheras; cuando desde adentro del baño, mientras hacía pis, había visto pies descalzos caminando por los azulejos y una compañera le dijo que debía ser la monja suicida que años atrás se había colgado del mástil. Fue inútil que su madre y la directora y la psicopedagoga le dijeran que ninguna monja se había matado jamás en el patio; Josefina ya tenía pesadillas sobre el Sagrado Corazón de Jesús, sobre el pecho abierto de Cristo que en sueños sangraba y le empapaba la cara, sobre Lázaro, pálido y podrido levantándose de una tumba entre las rocas, sobre ángeles que querían violarla.

Así que se había quedado en casa, y de vuelta a rendir materias cada fin de año con certificado médico. Y mientras tanto Mariela volvía de madrugada en autos que frenaban en la puerta, y se escuchaban los gritos de los chicos al final de una noche de aventuras que Josefina ni siquiera podía imaginar. Envidiaba a Mariela incluso cuando su madre le gritaba porque la cuenta del teléfono era impagable; si solo ella hubiera tenido alguien con quién hablar. Porque no le servía el grupo de terapia, todos esos chicos con problemas reales, con padres ausentes o infancias llenas de

violencia que hablaban de drogas y sexo y anorexia y desamor. Y sin embargo seguía yendo, siempre en taxi, de ida y de vuelta, y el taxista tenía que ser siempre el mismo, y esperarla en la puerta, porque se mareaba y los latidos de su corazón no la dejaban respirar si se quedaba sola en la calle. No había subido a un colectivo desde aquel viaje a Corrientes y la única vez que había estado en el subterráneo gritó hasta quedarse afónica, y su madre tuvo que bajarse en la estación siguiente; esa vez la había zamarreado y arrastrado por las escaleras, pero a Josefina no le importó porque tenía que salir de cualquier manera de ese encierro, ese ruido, esa oscuridad serpenteante.

Las pastillas nuevas, celestes, casi experimentales, relucientes como recién salidas del laboratorio, eran fáciles de tragar y en apenas un rato lograban que la vereda no pareciera un campo minado; hasta la hacían dormir sin sueños que pudiera recordar, y cuando apagó el velador una noche, no sintió que las sábanas se enfriaban como una tumba. Seguía teniendo miedo, pero podía ir al kiosco sola sin la seguridad de morir en el trayecto. Mariela parecía más entusiasmada que ella. Le propuso salir juntas a tomar un café, y Josefina se atrevió —en taxi ida y vuelta, eso sí—; esa tarde había podido hablar como nunca con su hermana, y se sorprendió planeando ir al cine (Mariela prometió salir en mitad de la película si hacía falta) y hasta confesando que a lo mejor tenía ganas de ir a la facultad, si en las aulas no había demasiada gente y las ventanas o puertas le quedaban cerca. Mariela la abrazó sin vergüenza, y al hacerlo tiró una de las tazas de café al piso, que se partió justo a la mitad. El mozo juntó los restos sonriente, y cómo no, si Mariela era hermosa con sus mechones de pelo rubio sobre la cara, los labios gruesos siempre húmedos y los ojos apenas delineados de negro para que el verde del iris hipnotizara a los que la miraban.

Salieron varias veces más a tomar café —lo del cine nunca pudo concretarse— y, una de esas tardes, Mariela le trajo los programas de varias carreras que podían gustarle a Josefina —Antropología, Sociología, Letras—. Pero parecía inquieta, y ya no con el nerviosismo de las primeras salidas, cuando debía estar preparada para llamar de urgencia a un taxi —o a una ambulancia,

en el peor de los casos— para llevar a Josefina de vuelta a casa o a la guardia de un hospital. Acomodó los mechones de largo pelo rubio detrás de las orejas y encendió un cigarrillo.

—Jose —le dijo—, hay una cosa.

—¿Qué?

—¿Te acordás cuando viajamos a Corrientes? Vos tendrías seis años, yo ocho...

—Sí.

—Buen, ¿te acordás que fuimos a una bruja? Mamá y la abuela fueron porque ellas eran como vos, así, tenían miedo todo el tiempo, y se fueron a curar.

Josefina ahora la escuchaba atentamente. El corazón le latía muy rápido, pero respiró hondo, se secó las manos en los pantalones y trató de concentrarse en lo que decía su hermana, como le había recomendado su psiquiatra («Cuando viene el miedo», le había dicho, «prestale atención a otra cosa. Cualquier cosa. Fijate qué está leyendo la persona que tenés al lado. Leé los carteles de las publicidades, o contá cuántos autos rojos pasan por la calle»).

—Y yo me acuerdo que la bruja dijo que podían volver si les pasaba otra vez. A lo mejor podrías ir. Ahora que estás mejor. Yo sé que es una locura, parezco la abuela con sus boludeces de la provincia, pero a ellas se les pasó, ¿o no?

—Mariel, yo no puedo viajar. Vos sabés que no puedo.

—¿Y si yo te acompaño? Me la banco, en serio. Lo planeamos bien.

—No me animo. No puedo.

—Buen. Si te animás, pensalo, qué sé yo. Yo te ayudo, en serio.

La mañana que intentó salir de la casa para ir a anotarse en la facultad, Josefina descubrió que el trayecto de la puerta al taxi le resultaba infranqueable. Antes de poner un pie en la vereda le temblaban las rodillas, y ya lloraba. Hacía varios días que notaba un estancamiento y hasta un retroceso en el efecto de las pastillas; había vuelto esa imposibilidad de llenar los pulmones, o mejor, esa atención obsesiva que le prestaba a cada inspiración, como si

tuviera que controlar la entrada de aire para que el mecanismo funcionara, como si estuviera dándose respiración boca a boca para mantenerse viva. Otra vez se paralizaba ante el menor cambio de lugar de los objetos de su habitación, otra vez tenía que encender ya no solo la luz del velador, sino el televisor y la lámpara de techo para dormir, porque no soportaba ni una sola sombra. Esperaba cada síntoma, los reconocía; pero por primera vez sentía algo por debajo de la resignación y la desesperación. Estaba enojada. También estaba agotada, pero no quería volver a la cama a tratar de controlar los temblores y la taquicardia, ni arrastrarse hasta el sillón en pijama para pensar en el resto de su vida, en un futuro de hospital psiquiátrico o enfermeras privadas, porque no podía recurrir al suicidio, ¡si tenía tanto miedo de morirse!

En cambio, empezó a pensar en Corrientes y en La Señora. Y en cómo era la vida en su casa antes del viaje. Recordó a su abuela llorando en cuclillas al lado de la cama, rezando para que parara la tormenta, porque le tenía miedo a los rayos, a los truenos, a los relámpagos, incluso a la lluvia. Recordó que su madre miraba por la ventana con ojos desorbitados cada vez que se inundaba la calle, y cómo gritaba que se iban a ahogar todos si no bajaba el agua. Recordó que Mariela nunca quería ir a jugar con los hijos de los vecinos, ni siquiera cuando la venían a buscar, y se abrazaba a sus muñecos como si temiera que se los robaran. Se acordó de que su padre llevaba a su madre una vez por semana al psiquiatra, y que ella siempre volvía semidormida, directo a la cama. Y hasta se acordó de doña Carmen, que se encargaba de hacerle los mandados y cobrarle la jubilación a su abuela, que no quería —no *podía*, ahora Josefina lo sabía— salir de la casa. Doña Carmen llevaba diez años muerta, dos más que su abuela, y después del viaje a Corrientes solo la visitaba para tomar el té, porque todos los encierros y terrores se habían terminado. Para ellas. Porque para Josefina recién empezaban.

¿Qué había pasado en Corrientes? ¿La Señora se había olvidado de «curarla» a ella? Pero si no tenía que curarla de nada, si Josefina no tenía miedo. Pero entonces, si poco después había empezado a padecer lo mismo que las otras, ¿por qué no la habían llevado con La Señora? ¿Porque no la querían? ¿Y si Mariela se

equivocaba? Josefina empezó a comprender que el enojo era el límite, que si no se aferraba al enojo y lo dejaba llevarla hasta un micro de larga distancia, hasta La Señora, nunca podría salir de ese encierro, y que valía la pena morir intentándolo.

Esperó a Mariela despierta una madrugada y le hizo un café para despejarla.

—Mariel, vamos. Me animo.

—¿Adónde?

Josefina tuvo miedo de que su hermana retrocediera, retirara el ofrecimiento, pero se dio cuenta de que no le entendía solo porque estaba bastante borracha.

—A Corrientes, a ver a la bruja.

Mariela la miró completamente lúcida de golpe.

—¿Estás segura?

—Ya lo pensé, tomo muchas pastillas y duermo todo el camino. Si me pongo mal... me das más. No hacen nada. Como mucho, dormiré un montón.

Josefina subió casi dormida al micro; lo esperó al lado de su hermana en un banco, roncando con la cabeza apoyada sobre el bolso. Mariela se había asustado cuando la vio tomar cinco pastillas con un trago de Seven-Up, pero no le dijo nada. Y funcionó, porque Josefina despertó recién en la terminal de Corrientes, con la boca llena de sabor ácido y dolor de cabeza. Su hermana la abrazó durante todo el viaje en taxi hasta la casa de los tíos, y Josefina intentó no partirse los dientes de tanto rechinarlos. Se fue directo a la pieza de la tía Clarita, que las esperaba, y no aceptó comida ni bebida ni visitas de parientes; apenas podía abrir la boca para tragar las pastillas, le dolían las mandíbulas y no podía olvidar la ráfaga de odio y pánico en los ojos de su madre cuando le dijo que se iba a buscar a la bruja, ni cómo le había dicho: «Sabés bien que es al pedo» con tono triunfal. Mariela le había gritado «yegua hija de puta», y no quiso escuchar ninguna explicación; encerrada en la habitación con Josefina, se quedó toda la noche despierta sin hablar, fumando, eligiendo remeras y pantalones frescos para el calor de Corrientes. Cuando salieron para la terminal Josefina ya

estaba drogada, pero bastante consciente como para notar que su madre no había salido de su pieza para despedirlas.

La tía Clarita les dijo que La Señora seguía viviendo en el mismo lugar, pero estaba muy vieja y ya no atendía a la gente. Mariela insistió: solo para verla habían venido a Corrientes, y no se iban a ir hasta que las recibiera. En los ojos de Clarita asomaba el mismo miedo que en los de su madre, se dio cuenta Josefina. Y también supo que no las iba a acompañar, así que apretó el brazo de Mariela para interrumpir sus gritos («¡Pero qué mierda te pasa, por qué vos tampoco la querés ayudar, no ves cómo está!») y le susurró: «Vamos solas». En las tres cuabras hasta la casa de La Señora, que le parecieron kilómetros, Josefina pensó en ese «¡no ves cómo está!» y se enojó con su hermana. Ella también podría ser linda si no se le cayera el pelo, si no tuviera esas aureolas sobre la frente que dejaban ver el cuero cabelludo; podría tener esas piernas largas y fuertes si fuera capaz de caminar al menos una vuelta a la manzana; sabría cómo maquillarse si tuviera para qué y para quién; sus manos serían bellas si no se comiera las uñas hasta la cutícula; su piel sería dorada como la de Mariela si el sol la tocara más seguido. Y no tendría los ojos siempre enrojecidos y las ojeras si pudiera dormir o distraerse con algo más que la televisión o Internet.

Mariela tuvo que aplaudir en el patio de La Señora para que abriera la puerta, porque la casa no tenía timbre. Josefina miró el jardín, ahora muy descuidado, las rosas muertas de calor, las azucenas exangües, las plantas de ruda por todas partes, crecidas hasta alturas insólitas. La Señora apareció en el umbral cuando Josefina localizó el aljibe, casi oculto entre pastos, la pintura blanca tan descascarada que era posible ver los ladrillos rojos debajo.

La Señora las reconoció enseguida, y las hizo pasar. Como si las esperara. El altar seguía en pie, pero tenía el triple de ofrendas, y un San La Muerte enorme, del tamaño de un crucifijo de iglesia; dentro de los ojos huecos brillaban lucecitas intermitentes, seguramente de una guirnalda eléctrica navideña. Quiso sentar a Josefina en el mismo sillón donde se había dormido casi veinte años atrás, pero tuvo que correr a buscar un balde, porque habían empezado las arcadas; Josefina vomitó fluidos intestinales y sintió

que el corazón le obturaba la garganta, pero La Señora le puso una mano en la frente.

—Respirá hondo, criatura, respirá.

Josefina le hizo caso, y por primera vez en muchos años volvió a sentir el alivio de los pulmones llenos de aire, libres, ya no atrapados detrás de las costillas. Tuvo ganas de llorar, de agradecerle; tuvo la seguridad de que La Señora la estaba curando. Pero cuando levantó la cabeza para mirarla a los ojos, tratando de sonreír con los dientes apretados, vio pena y arrepentimiento en La Señora.

—Nena, no hay nada que hacerle. Cuando te trajeron acá, ya estaba listo. Lo tuve que tirar al aljibe. Yo sabía que los santitos no me lo iban a perdonar, que Añá te iba a traer de vuelta.

Josefina negó con la cabeza. Se sentía bien. ¿Qué quería decirle? ¿Estaría de verdad vieja y ya loca, como había dicho la tía Clarita? Pero La Señora se levantó suspirando, se acercó al altar y trajo de vuelta una foto vieja. La reconoció: su madre y su abuela, sentadas en un sillón, y entre ellas Mariela a la derecha y un hueco a la izquierda, donde debía estar Josefina.

—Me dieron una pena, una pena. Las tres con malos pensamientos, con carne de gallina, con un daño de muchos años. Yo me sobresaltaba de mirarlas nomás, eructaba, no les podía sacar de adentro los males.

—¿Qué males?

—Males viejos, nena, males que no se pueden decir. —La Señora se santiguó—. Ni el Cristo de las Dos Luces podía con eso, no. Era viejo. Muy atacadas estaban. Pero vos, nena, no estabas. No estabas atacada. No sé por qué.

—¿Atacada de qué?

—¡Males! No se pueden decir. —La Señora se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio, y cerró los ojos—. Yo no podía sacarles lo podrido y meterlo adentro mío porque no tengo esa fuerza, y no la tiene nadie. No podía fluidar, no podía limpiar. Podía nomás pasarlos, y los pasé. Te los pasé a vos, nena, cuando dormías acá. El Santito decía que no te iba a atacar tanto, porque estabas pura vos. Pero el Santito me mintió, o yo no le entendí. Ellas te los querían pasar, que te iban a cuidar decían. Pero no te cuidaron. Y

yo lo tuve que tirar. A la foto, la tiré al aljibe. Pero no se puede sacar. No te los puedo sacar nunca porque los males están en la foto tuya en el agua, y ya se habrá podrido la foto. Ahí quedaron en la foto tuya, pegados a vos.

La Señora se tapó la cara con las manos. Josefina creyó ver que Mariela lloraba, pero no le prestó atención porque trataba de entender.

—Se quisieron salvar ellas, nena. Esta también. —Y señaló a Mariela—. Era chica pero era bicha, ya.

Josefina se levantó con el resto de aire que le quedaba en los pulmones, con la nueva fuerza que le endurecía las piernas. No iba a durar mucho, estaba segura, pero por favor que fuera suficiente, suficiente para correr hasta el aljibe y arrojarse al agua de lluvia y ojalá que no tuviera fondo, ahogarse ahí con la foto y la traición. La Señora y Mariela no la siguieron, y Josefina corrió todo lo que pudo pero cuando alcanzó los bordes del aljibe las manos húmedas resbalaron, las rodillas se agarrotaron y no pudo, no pudo trepar, y apenas alcanzó a ver el reflejo de su cara en el agua antes de caer sentada entre los pastos crecidos, llorando, ahogada, porque tenía mucho mucho miedo de saltar.

5. Rambla Triste

Sabiamente, a traición, esa ciudad se ocupa de vengarse.

MANUEL DELGADO

Era posible que la nariz tapada por el resfrío —siempre se pescaba algún virus en los aviones— le distorsionara el olfato; tenía que ser eso, pero cuando se sonaba con el pañuelo de papel y podía ingresar aire, el olor era todavía peor. No recordaba que Barcelona hubiera estado tan sucia, al menos no lo había notado en su primer viaje, unos cinco años atrás. Pero tenía que ser el resfrío, a lo mejor el moco estancado que apestaba, porque durante cuerdas no olía nada en absoluto, y de pronto el olor atacaba, y le provocaba arcadas violentas. Olía igual que un perro muerto pudriéndose al costado de la ruta, como la carne pasada y olvidada en la heladera cuando se ponía morada color vino tinto. El olor se escondía y con sus ráfagas arruinaba las calles más bonitas, los pasajes pintorescos con la ropa colgando de balcón a balcón que no dejaba ver el cielo. Incluso llegaba hasta las Ramblas. Sofía se dedicó a observar a los turistas, para ver si fruncían la nariz como ella, pero no notó que ninguno se mostrara asqueado. A lo mejor era su imaginación, porque la ciudad ya no le gustaba. Los pasillos estrechos, que antes le habían parecido románticos, ahora le daban miedo; los bares habían perdido encanto, y le recordaban los de Buenos Aires, llenos de borrachos que gritaban o querían empezar conversaciones estúpidas; el calor, que antes le había resultado mediterráneo, seco y delicioso, ahora era agobiante. Pero no quería hablar de estas nuevas impresiones con sus amigos; no quería ser la turista porteña que marcaba con altanera superioridad los defectos de la ciudad paraíso.

Quería irse.

A lo mejor había sido por la chica.

Cinco años atrás, la calle Escudellers estaba repleta de yonquis, de principio a fin, todos tirados en las veredas sobre su

propia ropa mugrienta. Ahora ya no estaban ahí; expulsados seguramente por la policía, contravenciones, multas, además de los camiones que limpiaban la ciudad toda la noche, mojando cualquier lugar que pudiera ser usado para sentarse inocentemente a tomar una cerveza y comer un *kebab*. Había que caminar o entrar a los bares; la calle era solo para circular. Caminando por la ruta del Raval que conocía, evitó la inquietante Robadors —oscura y llena de ladrones, decía una leyenda, perpetuada por su nombre, que nadie se atrevía a desacreditar— y llegó a Marquès de Barberà, más amplia y luminosa. Una chica caminaba delante de ella, algo inestable, con el *jean* demasiado bajo y ajustado en las caderas de modo que el vientre hinchado sobresalía por debajo de la remera corta, un rollo de carne blancuzca con estrías que habría sido fácil de ocultar con una remera larga y ancha, pero seguramente a la chica no le importaba la estética. Estaban solas; era temprano, apenas las ocho de la noche, pero extrañamente la calle estaba vacía, ni siquiera los turistas del hostel que quedaba al lado del cibercafé habían salido a la calle.

En un momento, la chica se dio vuelta, miró a Sofía a los ojos y dijo, con un acento catalán cerrado, pero en muy claro español: «No puedo más». Entonces se bajó los pantalones y defecó en la vereda, una diarrea explosiva, dolorosa, que le hizo fruncir la cara por el retortijón de los intestinos. Después, se dejó caer contra la pared. Por centímetros no se desvaneció sobre su propia mierda.

Sofía trató de levantarla, le preguntó dónde vivía, si tenía un teléfono para llamar a alguien que viniera a buscarla; le preguntó qué le pasaba, qué había tomado. Pero la chica solo la miraba con ojos asustados, incapaz de hablar. El olor ya no era imaginario, y a Sofía se le humedecieron los ojos de tanto aguantar las arcadas. Diez minutos después llegaron dos policías y se llevaron a la chica; Sofía respondió a las preguntas de los oficiales y se quedó para comprobar que la trataran bien. Pero no se quedó a esperar que alguien limpiara la calle. Para desterrar el olor a mierda encendió un cigarrillo y casi corrió hasta la calle de la Cera, hacia el departamento de Julieta, donde iba a pasar esos diez días en Barcelona. Tenía llave y la usó: la entrada del edificio estaba siendo remodelada porque unos meses atrás se había incendiado; como la

cerradura funcionaba mal, unos linyeras se habían metido a dormir y la fogata que encendieron para paliar el frío se descontroló. Por suerte Julieta no estaba en el departamento cuando el incendio, pero también había tenido sus problemas con el fuego; apenas un año atrás, en pleno invierno, terminó internada por intoxicación con monóxido de carbono porque la estufa del departamento no tenía salida al exterior.

El lugar donde Julieta vivía no era en realidad un departamento: era una oficina que se alquilaba como vivienda, sin baño, apenas con un inodoro y lavatorio en el pasillo compartido, afuera. Pero era bastante grande para los estándares de Barcelona, barato, y como se trataba de un «ático», tenía un balcón-terraza que era fantástico en el verano. Sofía no sabía qué había venido a buscar Julieta a España, pero probablemente tampoco lo sabía Julieta. Ya llevaba ocho años ahí, haciendo cortos de animación y videos para quien la contratara. Cuando se aburría, se iba al paro. Se aburría seguido.

Estaba preparando una ensalada cuando Sofía llegó. Julieta se había hecho vegetariana ni bien llegó a Europa, entre otras cosas porque su primera parada fue en una casa okupada donde comer carne era un pecado mayor. Al principio, abrazó el vegetarianismo de sus nuevos amigos con pasión militante. Cuando rompió con ellos, desilusionada, renegó de todo el estilo de vida okupa, salvo en el orden de la alimentación. A Sofía no le molestaba compartir la dieta de su anfitriona, y además siempre que quería bajaba a comprarse una riquísima *shawarma* de pollo o carne.

Sofía se sentó en el sillón rojo que de noche se abría para transformarse en cama y le contó a su amiga sobre la chica y la diarrea. Julieta revolvió la ensalada y dijo que era normal en Barcelona.

—No hay ciudad de España con más locos. En Madrid no hay tantos, en Zaragoza menos; mi hermano dice que en Sevilla tampoco. Es acá. Lleno de locos sueltos, yo no sé.

Sirvió la ensalada en dos platos, se sentó a la mesa y explicó que, además, los locos salían por temporadas. La señora de las mil hebillas, por ejemplo, una mujer que llevaba tantos adornos en la cabeza que casi no se le veía el pelo, solo aparecía en verano. El loco de las rastas, un cincuentón que golpeaba las cortinas de hierro

de los negocios cerrados con un palo, solamente aparecía por las fiestas, cerca de Navidad. Un ruido terrible, contaba Julieta; los golpes parecían disparos y a veces los turistas salían corriendo. Ella ya estaba acostumbrada, pero la primera vez que lo vio pensó que venía a atacarla, porque, además de golpear con su palo, gritaba. Y ya vas a conocer, le dijo, al viejo de acá a la vuelta: sale por turnos, a la tarde y a la mañana, y camina unos cincuenta metros ida y vuelta, a veces gritando, a veces rezongando en voz baja, siempre moviendo las manos como si tratara de convencer a alguien invisible de algo muy importante. La teoría de Julieta era que la familia lo sacaba para que paseara todos los días, harta de soportar sus quejas en el departamento que, si quedaba en la misma cuadra, debía ser muy pequeño. Lo raro era que Julieta nunca lo había visto salir de ninguna puerta; tenía que prestarle más atención, a lo mejor, esperar desde la vereda de enfrente para ubicar la casa, sobre todo para sacarse de encima una sensación rara que le provocaba el viejo loco, y no solo ese viejo loco en particular, sino todos los locos de Barcelona que se concentraban en el Raval.

—Es como si..., es un delirio lo que te voy a decir. Pero bueno. A veces pienso que los locos no son personas, no son reales. Serían como encarnaciones de la locura de la ciudad, válvulas de escape. Si no estuvieran, nos matamos entre nosotros o nos morimos de estrés, o qué sé yo, nos cargamos a esos guardias urbanos hijos de puta que no te dejan sentarte en la escalera del Museo, en la plaza dels Àngels..., ¿te diste cuenta? Hacen razias los conchudos, acá le dicen «incivismo» a tomar una cerveza sentado en la vereda.

—¡Desde hace poco! —se escuchó gritar desde el balcón.

Era Daniel, el novio de Julieta, también argentino pero residente en Barcelona desde hacía doce años. Sofía no se había percatado de que estaba en casa. Daniel entró, se secó las manos en los pantalones y empezó su diatriba. Que cuando él llegó a Barcelona, la ciudad era la gloria. Mucho reviente, lo que quieras, pero tenía onda. Ahora era una ciudad policía.

—Escuchá a este garca —dijo, y se puso a revolver entre una pila de diarios hasta encontrar *La Vanguardia*. Sofía se dio cuenta de que sus amigos hacían lo imposible por no hablar en «español».

No le decían «piso» al departamento, ni calificaban algo de «chungo», ni hablaban de «mal rollo» ni se liaban ni mogollón. Antes, se acordaba, en su primera visita, le había causado gracia cuántos «guapa» y «venga» salían de la boca de la pareja. Ahora parecían haber borrado completamente todos los modismos locales, salvo alguno que se les escapaba. Seguramente era forzado; una especie de integrismo argentino, mezcla de nostalgia y genuino malestar.

—Acá está —dijo Daniel triunfante, y se acomodó en la silla para leer:

La plaza dels Àngels, con la llegada del buen tiempo, recupera la imagen de la Barcelona de hace dos veranos, cuando vivió bajo el estigma del incivismo. A partir de las nueve de la noche, numerosas botellas pueblan la rampa y las escaleras ubicadas frente al Macba, mientras un pequeño ejército de lateros pulula por la zona vendiendo latas de cerveza. El esfuerzo de los equipos de limpieza —más activos y eficientes que hace dos veranos— no consigue eliminar los montones de botellas, bolsas y restos de comida sobre el pavimento. Con el calor aumentan las ganas de disfrutar del aire libre. Acudir a una terraza para tomar una cerveza en compañía de los amigos después de trabajar parece apetecible, pero hay quien prefiere sentarse encima del cemento de la plaza dels Àngels, escenario de un botellón improvisado. Los jóvenes llegan antes de cenar con las bebidas que han adquirido en algún supermercado de la zona. Pero si las olvidan echan mano de los numerosos lateros, que ofrecen cervezas por tan solo un euro, precio mucho más bajo que si se la tomaran en cualquier bar de la zona.

Un vendedor ambulante explicó a este diario que suele ganar aproximadamente 30 euros netos por noche. Entre lateros establecen sus horarios y zonas para no hacerse la competencia. Compran las latas a 70 céntimos y sacan 30 de ganancia vendiéndolas a un euro. Se la juegan, porque la ordenanza para la convivencia en el espacio público (ordenanza del civismo) prevé sanciones de hasta 500 euros por la venta no autorizada de alcohol, además de poder sufrir la pérdida de la mercancía aún no vendida. Se la juegan también los consumidores que les compran.

—Así vivimos, con este periodismo botón y en el medio de toda esta mierda —resopló Daniel—. El otro día le pusieron una multa a un tipo que estaba tomando una Coca-Cola en una plaza. Le cobraron como doscientos euros porque no se quería levantar cuando iban a limpiar con la manguera. Se la pasan mojando. Ahora tampoco se puede fumar en los bares. Sí, ya sé que eso pasa en todo el mundo, pero un bar no es un lugar sano, santa Madre de Dios. Es para conspirar, para relajarse, para ponerse en pedo. Acá, nada. Los alquileres son de escándalo: quieren que vivan ricos en la

ciudad, nada más. Es para los turistas. ¡Están limpiando los *graffiti*! Había algunos que eran una belleza, ninguna otra ciudad del mundo tenía *graffiti* así. Pero andá a explicarles a estos brutos que es arte. Un carajo. Destrozan todo.

—Un amigo nuestro fue preso porque hizo una pintada que decía: «Turistas, ustedes son los terroristas». Le dieron como cuatro meses. Pobrecito —contó Julieta—. No sabés las ganas que tenemos de ir para Madrid. Pero acá conseguimos trabajo. A mí esta ciudad me tiene harta. Ni salgo. Para amargarme, mejor me quedo en casa.

Después de comer, fueron a pasear. La noche era hermosa, y la pareja quería que Sofía conociera los bares nuevos, que no existían cuando había visitado la ciudad por primera vez, y que descubriera los antiguos que no había visitado en aquel viaje. Así llegaron al Yasmine. Sofía trató de leer el cartel que aparentemente contaba la historia de la Madame Yasmine que bautizaba el lugar, pero las luces eran demasiado bajas, y ella no veía bien sin los anteojos. Le preguntó a Daniel, que solía conocer las viejas historias del Barrio Chino, pero no se acordaba. «Pero si le decían Madame debía ser puta», sentenció. Y después pidió que lo esperaran. Volvió al rato con Manuel, un amigo del barrio. Lo presentó como uno de los pocos catalanes con onda. Manuel llevaba rastas cortas y una remera a rayas negras y blancas. «Acá la amiga de Buenos Aires quiere escuchar las leyendas del Chino».

—A ver en qué le puedo ser útil a la niña —sonrió Manuel. Estaba un poco borracho. Julieta explicó que trabajaba con ellos en montaje de sonido para los videos. Después le preguntó por Madame Yasmine, la mujer que daba nombre al bar. Manuel dijo que esa era una historia famosa. La Yasmine había nacido en el Chino, fines del diecinueve. Era hija de una vendedora de flores. Y, claro, era pobre y se hizo puta. El Chino era pura pestilencia entonces, y ella era madame de un burdel donde iban poetas y anarquistas. De un anarquista se enamoró, y le nació un hijo. Pero los franquistas lo mataron —al anarquista— y ella montó un fumadero de opio. El hijo se le murió decapitado por un carro en las Ramblas, dijo Manuel, y agregó que no sabía más detalles, lo que

se conservaba en la leyenda es que un carro le había cortado la cabeza al chico, pero cómo, ni modo.

—Ay, qué horror —dijo Julieta. Y Manuel siguió con que Yasmine se encerró en su casa y se puso a fumar opio y a vaciar botellas. Salía una vez por semana para ir de compras a la Boquería con un muñeco sin cabeza en brazos, y Manuel dijo que el cuello del muñeco estaba hecho de la piel de su hijo muerto.

—Qué linda historia para terminar la noche —se rio Daniel, pero encendió un cigarrillo, un poco nervioso. La frase había sonado estúpida, incómoda.

—El edificio donde vivía quedaba por aquí, por eso bautizaron este lugar Madame Yasmine. Pero lo derribaron para construir la Rambla del Raval.

—La deprimente Rambla del Raval —dijo Daniel.

—Tío, que por algo le dicen Rambla Triste. Dicen que el niño vaga por aquí todavía, sin cabeza, uno de los muchos niños fantasma de Barcelona...

—Manuel, por favor, sabés que me hace mal —se enojó Julieta.

Y entonces Manuel le sonrió a Sofía y le dijo:

—¿Satisfecha? Tengo más historias, pero tendrás que tomarte un café conmigo, porque aquí la dama no soporta los cuentos de terror.

Y después, sin esperar respuesta, le preguntó a Daniel por las fechas de las próximas reuniones para retocar un video en el que estaban trabajando y la conversación se desbandó hacia nombres que Sofía no conocía y desencuentros laborales que no le interesaban. Como Julieta también charlaba, pudo quedarse un rato en silencio casi sola, pensando en el cuello de piel muerta. De pronto el bar, con sus cócteles de diseño y ensaladas de dátiles, le pareció horrible y quiso irse. Pero esperó hasta que sus amigos comenzaran a bostezar.

La noche siguiente, Sofía y Julieta salieron solas. Querían una noche de amigas. Daniel estaba encantado de dejarlas ir, así se podía quedar en el departamento viendo todos los capítulos atrasados de sus series favoritas. Prefería mirar la televisión a salir por la noche de Barcelona, decía, y parecía sincero.

Cuando Julieta cerró la puerta del edificio, agarró a su amiga del brazo, muy fuerte. No quiero ir a La Concha a ver a las travestis, le dijo. Igual los *shows* ya no eran como antes, ahora los hacían para despedidas de soltera, y la mitad del tiempo se la pasaban saludando a las futuras casadas. Hasta iban chicos, niños. Era decadente, tristísimo. Ellas, que eran tan espléndidas y feroces antes, era deprimente verlas disfrazadas de Marisa Paredes, haciendo un espectáculo para todo público. No y no. Julieta quería ir a un bar. Quería hablar. Quería contarle cosas que nunca se habría atrevido a decirle ni en los *mails* ni en las cartas, ni en las escasas conversaciones telefónicas. «La pasé muy mal el año pasado», dijo, y empezó a llorar como lloraba ella, de repente y con lagrimones pesados, contenidos durante mucho tiempo. Sofía la arrastró hasta el primer bar que vio abierto y le ofreció sus pañuelos de papel; el olor flotaba estancado, constante, pero Julieta no parecía notarlo. No era el momento para preguntarle a su amiga si ella también lo percibía.

Pidieron café. Ninguna de las dos quería tomar alcohol. Julieta pudo hablar cuando estuvo más tranquila. Se había vuelto loca, contó. A lo mejor de tanto pensar en los locos de Barcelona.

—En esta ciudad siempre hay algún evento, alguna Biental, alguna reunión de presidentes, los partidos del Barça. Y se llena de helicópteros, vuelan bajo, no sabés qué impresionante.

Sofía asintió, podía imaginárselo.

—Y el año pasado con Daniel teníamos ganas de... bueno, yo tenía ganas de quedar embarazada. Estaba muy loca, en serio. Ahora me parece un delirio, criar un hijo, qué desastre, sin dinero. Y además... eso después.

Julieta miró hacia atrás, como si intuyera una presencia. Suspiró aliviada, y siguió hablando.

—La cuestión es que el año pasado yo quería tener un hijo a toda costa. Pero cuando empezamos a probar se me ocurrió que los helicópteros venían a buscarme. Que volaban solamente para vigilarme a mí.

—Ay, Julieta.

—Ya sé, no me tenés que decir nada, estaba paranoica. Recién el mes pasado dejé de tomar los estabilizadores de humor. Los

extraño un poco, pero tengo que aguantar. En fin: creía que me venían a buscar para llevarme a mí y al bebé para experimentos, un delirio ciencia ficción. O para robarme el bebé. Eran, cómo explicarlo, como un comando secuestraniños de la ciudad de Barcelona. Así de importante el tema. Daniel se enteró muy tarde. Trabajaba todo el día en esa época, ya no me acuerdo ni qué estaba haciendo, un video importante. Yo me escondía de los helicópteros debajo de la cama. O me hacía carpas con las sábanas. No quería salir a la calle. Daniel me encontró escondida una vez y, bueno, me llevó al psiquiatra. Se asustó mucho el pobre.

—¿Quedaste embarazada?

—No. Raro, porque no nos cuidamos como seis meses. A lo mejor alguno de los dos no puede tener hijos. Igual cuando empecé el tratamiento tuve que parar de intentarlo, porque las pastillas están contraindicadas con el embarazo. Además me di cuenta de que las ganas de tener hijos eran parte de la locura.

Julieta le dio el último sorbo al café y bajó la voz.

—No hay que tener hijos en Barcelona. ¿Viste lo que nos contó Manuel anoche? No hay que tener hijos acá.

—¿Qué cosa?

—¡Eso! ¿Te pensás que ese bebé de la Yasmine es el único nene así que anda por Barcelona? Manuel te lo dijo.

Los ojos de Julieta estaban completamente opacos, y la sonrisa se le había congelado con una rigidez que estaba en el extremo opuesto de la alegría. Sofía pensó que su amiga seguía loca, que tenía que hablar con Daniel ni bien volvieran al departamento. Julieta le tomó la mano por encima de la mesa. Tenía los dedos fríos, y temblaba.

—Vos ya te diste cuenta —le dijo.

—De qué, Juli, por Dios.

—Vos ya sentiste el olor. El olor de los chicos. Te vi frunciendo la nariz.

Sofía tembló. Julieta le dijo que tenía que saber todo. Le contó que cuando Daniel y ella llegaron al Raval en 1997 el barrio estaba alteradísimo. La red de pedofilia más importante de Europa tenía uno de sus tentáculos principales ahí, y se hablaba de niños fotografiados en habitaciones, entregados por sus madres

prostitutas, dejados en manos del pedófilo Xavier Tamarit Tamarit por mujeres pobres. Niños que los pedófilos iban a cazar a Plaza Negra. Se desmontó un asilo, no se sabía quiénes eran los niños; los curas y las monjas rompieron las fichas. Navajeros, estaban de cola, bandas de niños sin escolarizar. Uno de los niños apestaba, apestaba porque su propia y única ropa le servía de colchón. Ese chico anda por toda la ciudad, llena de olor la ciudad, para que no se olviden de él. Dicen que los asistentes sociales no le podían sacar la ropa porque la tenía pegada al cuerpo, por la mugre. Dicen que tenía piojos pero también gusanos blancos en el cuero cabelludo, y llagas debajo de los brazos, por la mugre; nunca lo habían bañado, un animalito, de miedo se hacía caca encima y no se limpiaba. Es el nene que más gente ve, el fantasma popular, el que te toca con sus manos negras, el que te deja la campera colgada de la silla en los bares llena de olor a carne muerta cuando la roza. Niños que se caían de balcones, dejados allí por madres yonquis. Que se colgaban las llaves del cuello a los tres, cuatro años. Que mataban a taxistas y morían de sobredosis, estaban de cola, iban solo por la pasta. Les dieron cuarenta mil pesetas para que dejaran los pisos. Era el barrio más poblado a nivel mundial, detrás de uno de Calcuta. Las casas se caían, no había luz, el que tenía cuarto de baño era un afortunado, no había agua corriente. *Erradicar físicamente el Barrio Chino. Operación Illa Negra: calles Nou, Sant Ramon, Marquès de Barberà. Un graffiti decía «acumulando rabia». El caso del Raval fue una criminalización del movimiento vecinal por los responsables de la reforma de Ciutat Vella. Tamarit no es agresivo, mi exploración con el paciente demuestra que tiene capacidad de inhibición, justifica su pedofilia pero ha recibido tratamiento de castración química para bajar los niveles de su libido, disminución anatómica del tamaño del pene, retracción, fibrosis, estenosis uretral, varias operaciones.*

El caso había sido una emboscada, le explicó Julieta, un fraude. Se usó para echar a un montón de gente, para limpiar el barrio. Unos eran de un partido vecinal, otros de otro, no lo entendía muy bien, pero eran problemas de la Generalitat, de la Intendencia, argentinizó, para que Sofía entendiera. Un caso político.

Pero nadie hablaba ya del caso del Raval. ¿Y por qué? Julieta lo sabía. Porque si se volvía a hablar, había que hablar de los chicos. No de los chicos violados, porque aparentemente no había habido chicos violados, puro chantaje. De los otros chicos. Los que no están vivos.

—Hay uno que camina siempre por Tallers diciendo: «Lo juro por mis muertos». Yo pensé que era de verdad, al principio, pero no, porque siempre camina a la misma hora y no lo ve todo el mundo. Terrible guacho, esa es una calle preciosa, con todas las disquerías... A veces no me animo a ir. Además está fuera de su territorio, eso es el Gótico.

—Nena, tendrías que...

—No me trates de *loca*. En esta ciudad todo el mundo lo sabe y se hacen los idiotas. Pero vos ya te diste cuenta, te lo veo en la cara. ¿A cuál viste?

Sofía miró la taza de café, ya helado. Después levantó la mirada, y recorrió las otras mesas. Dos altísimos escandinavos tomaban cerveza al lado, hablando un extraño idioma lleno de aes. En la máquina de cigarrillos, dos catalanes metían monedas en la ranura. En las paredes, anuncios de *shows* en el Sidecar, muestras en el Museo de Arte Contemporáneo. Los ingleses cimentaban su mala fama gritando por la calle, quizá cantando algún clásico que no podía distinguirse en las voces borrachas. Parecía normal, una ciudad con bares exclusivos, como aquel donde solo se servían jugos de fruta natural y licuados, con tiendas de ropa de diseño, con turistas maravillados por la arquitectura modernista y chicas que disfrutaban del mar en la Barceloneta. Sofía tenía miedo de estar sugestionada, de dejarse llevar por la paranoia de su amiga que venía a confirmar su incomodidad. ¿Y si la aprehensión tenía que ver nada más que con una antipatía profunda por la orgullosa Barcelona? ¿Si era una fobia de turista provinciana? Había decidido callarse cuando el olor le inundó la nariz como un picante, como menta fuerte, haciéndole llorar los ojos; un olor claramente palpable, negro, de cripta.

—Yo no vi nada —dijo Sofía. Decía la verdad. Pero le creía. Creía que pronto iba a ver.

Julieta pareció decepcionada, asustada. Pero su amiga la tranquilizó apretándole la mano, y continuó:

—Pero olí. Huelo.

Sofía tuvo arcadas. Las reprimió respirando hondo, y usó la servilleta para obturar, un poco, el olor.

—¿Oliste dónde? —murmuró Julieta.

—En todas partes. Ahora.

—¿Sabés lo que hacen? No te dejan salir.

—¿Qué cosa?

—Los chicos no te dejan salir. No podemos irnos del Raval. Los chicos fueron infelices, no quieren que nadie se vaya, quieren hacerte sufrir. Te chupan. Cuando querés irte, te hacen perder el pasaporte. O perdés el avión. O choca el taxi que va al aeropuerto. O te ofrecen un trabajo al que no podés negarte porque es mucha plata. Son como esos duendes de los cuentos, los que cambian cosas de lugar en la casa a la noche, pero mucho peores. Todos los que dicen que no se quieren ir del Raval mienten. No pueden salir. Y aprenden a soportar todo.

Sofía cerró los ojos. Creyó escuchar los pasos veloces de chicos corriendo descalzos por los departamentos reciclados del Raval, y se imaginó a un niño con su ropa mugrienta que le servía de colchón, tan enojado, tan infeliz. Casi pudo verle la boca sin dientes y la miseria vieja. No quería verlo de verdad, sentado en alguno de los umbrales de Escudellers, ocupando la vieja manta de un yonqui. No quería ver la ronda nocturna que armaba con sus amigos en Plaza Negra.

—Te vas mañana —le dijo Julieta, ahora seria, y protectora—. Cambiamos el pasaje. Yo te ayudo. Vos estás de visita. A los visitantes no los pueden atrapar.

Y después, siguiendo las luces de un helicóptero que atravesaba el cielo, hacia el norte, murmuró:

—Volvé a casa. Dejanos solos. Y no te preocupes. Nos vamos a escapar algún día. Pronto.

6. El mirador

Siempre había querido decirle a la nena, la hija del último y actual dueño, que no tuviera miedo. No había nada que temer. Ella estaba ahí, pero la nena no la percibía, no podía verla; nadie podía percibirla salvo que, claro, tomara forma. Pero sin forma le estaba negada la presencia. La nena no tenía sensibilidad especial alguna: solo estaba aterrada. Pasaba corriendo frente a la escalera que llevaba al mirador del hotel, imaginando que allí, en la torre, que durante años fue la construcción más alta de Ostende, se escondía una loca, una loca de cabello largo que se miraba en el espejo, vestida con un camisón blanco; le tenía miedo al cocinero italiano que echaba leña dentro de la caldera, aun después de que fuera despedido (creía que podía encontrarlo en los pasillos, acechante, y que la echaría al fuego a ella también, junto con la madera). Ahora, ya una mujer, la hija del dueño no pasaba los inviernos en el hotel. Decía que no soportaba la mediocridad del balneario solitario en los inviernos helados, puro viento y sin siquiera un cine abierto en Pinamar; decía que también le tenía miedo a un eventual ladrón. Pero era mentira. Se trataba del mismo miedo que la paralizaba en los pasillos circulares del hotel cuando era chica, que la alejaba del comedor casi monacal del primer piso, o del gran espejo que esperaba su restauración en la habitación-depósito, donde temía ver reflejado algo desconocido.

Extraño. Y más raro aún era lo que contaba la gente, los huéspedes, el propio dueño. La historia del obrero que murió en la construcción y fue emparedado, como si el hotel tuviera pretensiones de catedral gótica. La huésped que aseguraba escuchar festivos ruidos en el comedor principal, que se disolvían con un precavido chistido cuando ella intentaba acercarse. El cocinero que confirmaba los rumores de los fantasmas celebrantes. Todo falso. Ella era la encargada de encontrarle al hotel eso que los demás temían o inventaban. Y nunca lo había logrado. Ni cuando

los belgas abandonaron el hotel para irse a la guerra. Ni durante los años de la arena, con el edificio enterrado hasta el primer piso. Ni en el verano de la ballena, con todas esas moscas que invadieron la playa con su zumbido de muerte alimentándose del animal muerto y varado. El verano que nadie se bañó.

Sí, se alojaba en el hotel gente desesperada. Sí, los había escuchado rumiar deseos de muerte y les había regalado sueños de infancias terribles y dolores olvidados. Pero ninguno había estado listo. Y era mentira que el tiempo no pasaba para seres como ella. Estaba cansada. Esperaba que cada verano fuera el último, y pasaba cada vez más tiempo en el mirador, adonde apenas llegaba el rumor de los vivos, que ella sabía imitar tan bien, pero que no comprendía.

Y si este saco de mierda no entra en la valija me voy a cagar de frío, hace frío de noche en la costa, pensó Elina, y no pudo evitar ponerse a llorar otra vez como le pasaba siempre ahora con cada pequeño contratiempo; como cuando se le quemaba la lamparita del comedor y no tenía repuesto —ni idea de cómo cambiarla—; como cuando se olvidaba de pagar la luz y tenía que cruzar la ciudad hasta las oficinas de la empresa; como cuando se quedaba sin pastillas y salía a buscar una farmacia de turno a las cuatro de la mañana. Había pedido licencia en la facultad, y había tratado de fingir cierta cordura para familia y amigos, pero tan complicado era que ya no contestaba el teléfono y apenas los *mails* y que se lo bancaran; no le importaba lo preocupados que estaban. Ni siquiera les informó que había dejado terapia para quedarse solo con las pastillas; no tenía nada más que hablar ni que desenterrar, solo quería ese estado vagamente distante y químico que la desconectaba pero le permitía vivir un poco, cada vez menos, pero lo suficiente.

Ni siquiera tenía ganas de ir al hotel pero se lo había prometido a sí misma, hacía meses, antes del hospital, cuando todavía creía que una semana en el mar podía hacerla sentir mejor, obligarla a dejar de pensar en Pablo. Se había ido y no había vuelto a llamarla, ni a escribirle; no sabía si estaba vivo o muerto, y ella prefería cualquiera de las dos noticias, cualquiera de las dos antes que la

vida en suspensión esperándolo desde hacía un año. Como siempre, le mandó un mensaje avisándole adónde se iba. Incluso le mandó el teléfono. Iba a cumplir años en el hotel. Si Pablo estaba vivo, si alguna vez la había querido, tenía que llamar.

Extrañaba las caricias en la espalda, reírse de su paranoia, sus intentos inútiles de consolarla, las horas que tardaba en bañarse, que casi no le gustara comer, los huesos de su cadera, la forma de hablar moviendo las manos; quería poder volver a mirar sus fotos y ponerse celosa cuando él le prestaba más atención al gato que a ella y caminar bajo el sol él siempre con anteojos negros y los llamados de madrugada y mirarlo dormir y que supiera quedarse callado y ella irritada cuando él estaba demasiado tiempo callado y las mañanas rogándole que no se fuera y llorar cuando se iba aunque volviera a las dos horas y ella nunca nunca lo hubiera dejado así, sin noticias, sin despedida ingrato pero qué pasaba si se había muerto porque era posible nadie había sabido más de él salvo que se lo ocultaran pero cómo podrían ocultarle algo si la habían visto vomitar sangre de no comer, si la habían visto mordiendo la almohada hasta rasgar la funda si la habían visto lastimándose y borracha y esperando durante horas un *mail* la mirada fija en la pantalla hasta el dolor de cabeza y los ojos rojos y llorar sobre el teclado y no salir esperando un llamado; si la habían escuchado mandándolos a la mierda todas esas pelotudeces de seguir adelante a rey muerto rey puesto la vida continúa tenés que coger hay miles de hombres estás linda vamos a bailar quiero presentarte a alguien.

Le gustó la chica, pero con los años había aprendido a no confiar en las primeras impresiones. Recordaba aquella vez, hacía casi veinte años, cuando había visto llegar a una mujer rubia, con la nariz roja de llorar y los ojos perdidos; esa misma noche descubrió que pasaba unos días en el hotel para estar cerca del mar y tratar de consolarse, un poco, de la muerte de su hijo. Ella tomó la forma del niño, y se le apareció en los pasillos, en la habitación, cerca del balneario, en la escalera que llevaba al primer piso; pero la mujer solo gritó y gritó y se la llevaron en una ambulancia. Estaba con su marido. Había aprendido la lección: solo debía intentarlo con mujeres solas.

La chica se llamaba Elina, y estaba sola. Era hermosa, pero no se daba cuenta. Tenía las ojeras del insomnio y demasiados cigarrillos; tenía una expresión desafiante y era antipática con los locuaces y encantadores dueños. Ni siquiera miraba a los demás huéspedes. El primer día no bajó a la playa, ni a desayunar, ni a almorzar, y en la cena movió la comida en el plato y disimuladamente tomó tres pastillas con el vino. Ella supo que Elina odiaba la playa. ¿Por qué estaba ahí entonces? Algo le había pasado en una playa, años atrás. Ella debía averiguarlo esa misma noche, para que Elina lo recordara en sueños.

Caminó por los pasillos alfombrados de azul hasta la habitación. Elina había pagado una de las mejores, con microondas y heladera, una *suite*, pero estaba claro que no iba a usar ninguna de las comodidades. Todavía no era el momento de tomar forma. Mañana. Esta noche bastaba con que soñara con aquella noche en la playa, cuando Elina tenía diecisiete años y pensaba que era invulnerable; esa noche cuando a la salida de un boliche había accedido a acompañar al hombre borracho hasta el balneario vacío. Él le había tapado la boca para que no gritara, pero Elina ni siquiera se había movido, por miedo. Y después no se lo había contado a nadie. Solamente se había lavado, y había llorado, y se había comprado unas cremas íntimas para aliviar el olor y el ardor de la arena que le quemaba la suave piel interna.

Qué lindo momento para acordarme de esa mierda, pensó Elina, y miró por la ventana de su habitación, que daba a la pileta. No es que lo hubiera olvidado, pero rara vez esa noche en la playa aparecía en sueños. Pero sabía que por eso la había dejado Pablo. Porque él a veces la tocaba y ella recordaba la arena entre las piernas y el dolor, y tenía que pedirle basta, y jamás había podido explicarle nada por miedo, hasta que él se había hartado y cómo no, si ella estaba arruinada para siempre.

Afuera una pareja hablaba, cada uno sentado en su reposera, tomada de las manos. Los detestó. Los chicos se daban chapuzones aunque no hacía calor, y un hombre de unos cincuenta años leía un libro de tapas amarillas, a la sombra. Pocos huéspedes, o al menos esa era la sensación que daba el hotel, tan

silencioso. Esta no fue una buena idea, pensó Elina, y esperó una hora, dos horas, pero nadie la llamó desde la recepción para avisarle que tenía un llamado. Treinta y un años tan sin saber qué hacer. Qué hacer. Veinte años más dando clases en la facultad. Veinte años más de *docente*. Veinte años más de poca plata y morirse sola; veinte años de reuniones de profesores y rezongos. No tenía otro plan. Y además, si tenía que ser franca, a lo mejor ya ni siquiera podía volver a ser *docente*. En su última clase, se había puesto a llorar mientras explicaba a Durkheim, qué tarada. Salió corriendo. No podía olvidar las risitas de los chicos, nerviosas antes que crueles, pero cómo le hubiera gustado matarlos. Se encerró en la sala de profesores. Alguien la encontró temblando. Algún otro llamó a una ambulancia y poco más recordaba hasta que despertó en una clínica —cara, con profesionales encantadores e insoportables, pagada por su madre—, y las sesiones de grupo, y la horrible sensación de que no le importaba lo que decían los demás, y pensar en cómo morir mientras hacía actividades prácticas («¿podré clavarme el pincel en la yugular?»), y las sesiones de terapia individual donde se quedaba muda porque no podía explicar nada y el alta dudosa. Sus padres le habían alquilado un departamento para que fuera independiente, para que se recuperara antes, para que se integrara, todos esos lugares comunes. Y Pablo que ni siquiera había preguntado por ella, dondequiera que estuviera. Y volver a la facultad un mes a instancias del psiquiatra, pero solo lo había logrado dos semanas, y licencia, y ahora la playa.

Se recogió el pelo en una desprolija cola y decidió ir a almorzar —como de costumbre, se había despertado demasiado tarde, porque ya no controlaba la cantidad de pastillas que estaba tomando—. Y después, se dijo, a la playa. Había sol. Decían que el mar tranquilizaba. Cuando salía, pasó junto a unas extrañas esculturas de ovejas que parecían salidas de un pesebre enorme, y miró con cierta curiosidad a dos adolescentes jugando a embocar un corcho dentro de la boca de un sapo de bronce.

Otra vez movió la comida en el plato, pero se las arregló para pasar dos bocados y una Seven-Up entera, por lo menos azúcar. Y salió hacia el balneario, que quedaba apenas a una cuadra de distancia; se llegaba por un camino de empedrado rodeado de

arbustos que le cortaron la respiración, y si algo se esconde ahí, pero corrió y llegó hasta las antiguas escaleras de madera y el mar, la playa enorme más diáfana y de arena más clara que en el resto de la costa, y el cielo de un azul violáceo porque iba a llover. Se sentó en una de las sillas, bajo la carpa, y miró a unos hombres cuarentones de cuerpos todavía esbeltos jugar al fútbol; pensó en acercarse, a lo mejor llevarse uno a la cama por qué no si no garchaba desde hacía un año, pero sabía que no, que la desesperación se huele, y ella apestaba. Vio a las chicas desafiando el viento con sus bikinis. Y esperó la lluvia. Se dejó empapar. Y cuando el pelo largo ya le goteaba sobre los pantalones, cuando ya el agua fría le chorreaba desde el cuello hasta el pecho y el vientre, sacó del bolso la gillette y empezó con los exactos cortes en el brazo, uno, dos, tres, hasta ver la sangre y sentir el dolor y algo parecido a un orgasmo. Que siguiera el frío, así podía cubrirse. Aunque no le importaba tanto. Solo temía que algún alma caritativa lo notara, se compadeciera, e hiciera el temido llamado a Buenos Aires o a la ambulancia o a la línea de asistencia al suicida.

Cuando volvió, preguntó si había recibido algún llamado. «No, querida», le dijo la telefonista, toda sonrisas. En la habitación, se hundió en la bañera y volvió a repasar los cortes, para que la sangre flotara a su alrededor y tiñera el agua de rojo. Era hermoso. Se hundió y abrió los ojos bajo el agua, a un océano de espuma rojiza.

No había querido hablar con nadie, pero en el desayuno una chica recién llegada —creía, porque estaba muy pálida, y parecía algo incómoda— se sentó en su mesa. Por la mañana el comedor se llenaba. Elina pidió café con leche, para poder seguir despierta, porque no había dormido y se sentía mareada. El corazón pataleó dentro de su pecho con la primera embestida de la cafeína, pero no le importó. Qué lindo morir así, de pronto, sin planearlo, de una forma tan sencilla. Mucho mejor que las pastillas: cuando lo había intentado, cuando despertó con un tubo en la garganta, se dio cuenta de lo difícil que era conseguir una sobredosis. Después comprendió su error, aprendió cuáles eran las pastillas que debía haber tomado, pero no se atrevió a repetirlo.

La chica le preguntó, después de un tímido hola, si había subido a la habitación de Saint-Exupéry. Elina le dijo que todavía no, aunque pensaba qué mierda me importa la pieza de un escritor. Pero la chica insistió. No por afán literario. «Me dijeron que si se sacan fotos ahí adentro, siempre salen borroneadas. Dicen que queda registrado el fantasma. Yo no sé. Pero este hotel se merece un fantasma».

A lo mejor, le dijo Elina, pero el de Saint-Exupéry no me da miedo, la verdad. La chica se rio. Tenía una risa rara, forzada pero no falsa. Como si no estuviera acostumbrada a reírse. Le cayó bien. O por lo menos no le resultó tan antipática como los chicos ricos y parafinados, los señores de conversación tan interesante, las chicas relajadas con sus novios de anteojos y libros bajo el brazo, los cuarentones que descorchaban, por la noche, vinos caros y los olían, mientras suspiraban antes de encender un puro.

«¿Y sabías lo del mirador?», le preguntó la chica. Algo, dijo Elina. Nomás que no se lo muestran a cualquiera, porque la estructura es vieja, no lo reciclaron y es peligroso. La chica negó con la cabeza. Tenía manos largas, pero era muy bajita. El efecto resultaba desproporcionado, a punto de ser deforme. «No es peligroso. La escalera es empinada. Yo lo conozco. Podríamos ir. No lo cierran con llave, es mentira. La puerta está un poco trabada. Hay que empujarla».

Está bien, dijo Elina. Mañana vamos. Pidió esas veinticuatro horas de gracia para ver si podía dormir. Y, más importante, para encontrar algún locutorio con Internet, por si Pablo había escrito.

Pero nunca llegó al locutorio. Reconocía el temblor en las manos, la falta de aire, esa necesidad de salir del cuerpo, ese pensar siempre en lo mismo. Encendió un cigarrillo en el pasillo y volvió fumando a la habitación, a esperar la noche y el día siguiente boca arriba en la cama, con la televisión encendida pero incapaz de comprender el sentido de programa alguno, aterrada porque no podía llorar.

Los seres como ella no se entusiasmaban, no se excitaban. Solo estaban seguros. Y ella estaba segura de que Elina era la indicada. Que iba a hacerlo.

La había llevado hasta el mirador. Era cierto que los dueños cerraban la puerta que daba a la escalera de madera, tan empinada, con llave; pero por supuesto esas herramientas no podían detenerla. Elina había subido tras ella, respirando con dificultad; en la subida, se había clavado una astilla en la mano, pero ni siquiera se quejó. Y cuando llegó hasta el espacio cuadrado del mirador, las ventanas desde donde, en puntas de pie, se podía ver el mar a lo lejos, la luz ocre, el olor a madera y las sombras por debajo, en una suerte de hueco bajo la torre, ella la vio sonreír.

—La hija del dueño, cuando era chica, creía que acá tenían escondida a la loca.

—¿Qué loca? —Elina seguía sonriendo.

—Ninguna loca, nunca hubo una. La nena había leído algún libro con una loca encerrada y se sugestionó.

—Siempre encierran a las locas en los libros —murmuró Elina.

—Podrían escaparse.

—Podrían —dijo Elina, y se sentó en el suelo, a jugar con restos de vidrios de una reforma que nunca había terminado de realizarse—. Cumplí años anteayer —continuó—. Treinta y un años.

—¿Y no quisiste festejarlos?

Elina la miró, y la chica sonrió, aunque seguramente no era eso lo que tenía que hacer. A lo mejor debía abrazar a Elina, como solía ver que hacían las personas. Pero eso podía arruinarlo todo.

Mejor era traerla al mirador otra vez, al día siguiente.

Y dejarla encerrada.

Y a lo mejor mostrarle su verdadera forma antes de abandonarla sola ahí arriba.

Y evitar que los huéspedes y los dueños escucharan los gritos. Era capaz de controlar qué llegaba a los oídos de la gente y qué no.

Y esperar a que el hambre la desesperara, y hablarle desde el otro lado de la puerta, hablarle de que nadie vendría a buscarla, porque a nadie le interesaba.

A lo mejor incluso entrar otra vez, varias veces si hacía falta, y mostrarle cada vez algo más de su verdadera forma. Y de su verdadero olor. Y, por su supuesto, de su verdadero tacto. Ah, ella sabía que nada aterraba tanto como su tacto.

Y esperar el golpe, el ruido, los gritos: Elina había observado con atención no solo las ventanas, sino la escalera. Un paso en falso en esa escalera era suficiente. Y si no, Elina podía volver a subirla, y volver a arrojarse desde lo alto. Era capaz de hacerlo.

Y entonces el hotel tendría a Elina paseando en círculos con sus manos frías y sus brazos ensangrentados.

Y ella sería libre, porque al fin la había encontrado.

7. Dónde estás corazón

Tengo tres recuerdos de él, pero uno de ellos puede ser falso. El orden es arbitrario. En el primero está sentado en un sillón, completamente desnudo, sobre una toalla, mirando la televisión. No me presta atención: creo que lo espío. El pene descansa entre una mata de pelo negro y la cicatriz que le atraviesa el pelo es de un rosado oscuro.

En el segundo, su mujer lo lleva de la mano a la habitación. También está desnudo. Me mira de reojo. Tiene el cabello bastante largo, incluso para la época —los años setenta— y no le veo la cicatriz.

En el tercero me sonrío de cerca, el rostro casi pegado al mío. En el recuerdo me siento desnuda y tímida. Pero no sé si es real; no tiene la misma naturalidad de los otros, pude haberlo inventado, aunque reconozco esa sensación de timidez y vulnerabilidad que con frecuencia se repite en mis sueños. No sé si me tocó. La sensación que acompaña su recuerdo se parece al deseo, cuando, de ser ciertas mis sospechas, debería parecerse al horror. No le tengo miedo, su rostro no me atormenta, aunque me esfuerce por provocar algo similar al trauma infantil y sus consecuencias en la vida adulta. Yo tenía cinco años cuando lo conocí. Él estaba muy enfermo, lo habían operado del corazón y la cirugía había salido mal. Lo supe después, cuando dejé de visitar su casa —en realidad, la casa de mis amigas, sus hijas—; lo supe cuando él murió. No recuerdo cómo se llamaba y nunca me atreví a preguntárselo a mis padres.

Un tiempo después de su muerte, empecé a usar las uñas para marcarme el pecho, justo en la mitad, imitando su cicatriz. Lo hacía antes de dormir, desnuda, y levantaba la cabeza para ver el trazo de piel irritada, hasta que se desvanecía y el cuello me quedaba dolorido.

Cuando hacía mucho calor, me gustaba entrar a la pieza que mi mamá llamaba «de soltera», porque era la más fresca de todas. Era la única que nadie ocupaba, porque mamá la usaba como un depósito de libros y muebles viejos. Yo adoraba esa habitación: me gustaba tirarme en el sillón de cuero, siempre frío, desnuda, llevarme un ventilador chiquito y leer, toda la tarde. Mis amigos del barrio y de la escuela estaban en la pileta del club, pero no me importaba: en esa pieza me había enamorado perdidamente, por primera vez, cuando encontré a Helen Burns en una edición medio desarmada de *Jane Eyre*, ilustrada.

Odiaba esos dibujos. Porque mostraban a Helen mucho más grande de lo que el libro decía, y porque por algún motivo la habían imaginado rubia, aunque en el libro nunca se mencionaba su color de cabello. Ella no era así, y yo lo sabía, porque durante todo ese verano la imaginé sobre el sillón que se había convertido en la cama del orfanato, la cama donde Helen, tísica y moribunda, tan hermosa, moría mientras yo la tomaba de la mano.

Helen era un personaje menor en el libro. Jane, la protagonista, llegaba al espantoso colegio para señoritas de Lowood, y no podía hacerse amiga de nadie porque el director, el malvado Brocklehurst, la había avergonzado delante de todas sus compañeras. Pero a Helen no le importaba: Helen se hacía amiga de Jane. Estaba más allá de todo, porque estaba cerca de la muerte. Presentí que me iba a enamorar de ella cuando Jane la veía por primera vez en el patio, leyendo ese libro de nombre tan extraño, *Raselas*. Un capítulo más, y Helen estaba muerta. Desatada una epidemia de tifus en el colegio, Helen sufría una recaída de su tuberculosis, y la trasladaban a una habitación del primer piso. Jane iba a visitarla una noche. Esa última noche, Helen y Jane dormían juntas. Hoy, cuando recuerdo ese capítulo (porque no me hace falta releerlo, lo recuerdo de memoria), me doy cuenta de todo: cuando Jane entra en la cama de la moribunda y Helen le dice «¿Tienes calor, mi vida?». Mi vida. Mi vida. Era una escena de amor. Cuando Jane despertaba, su amiga Helen estaba muerta. Ese capítulo: todas las noches, todas, yo me acostaba y abrazaba la almohada fingiendo que era Helen, pero no me dormía como la imbécil de Jane, no, la miraba morir, le tomaba la mano, y ella, que moría con su mirada gris fija en mis ojos

(y la respiración entrecortada), me permitía ver algo de ese otro lugar, adonde se iba para siempre.

Pronto me di cuenta de que mi fantasía era impracticable. Cuando tenía catorce años, una amiga me dijo, compungida:

—¿Sabés de lo que me enteré? ¿Te acordás del hermano de Mara?

Mara era una excompañera, que se había cambiado de colegio.

—Sí.

—Bueno, descubrieron que tiene un tumor entre el corazón y los pulmones, y no lo pueden operar y se va a morir.

Una semana después le estaba sugiriendo a mi amiga que visitáramos a Mara. Quería conocer a su hermano moribundo, porque sospechaba que, bueno, que podía enamorarme de él. Pero cuando lo conocí... el chico parecía adecuadamente enfermo, pero no me gustó. Por esa época vivía confusa y llegué a una conclusión que me dejó con la conciencia tranquila: no me gustaban los enfermos reales, por lo tanto no era una depravada. Pensar así no me salvó de la obsesión. Durante todo un año gasté el dinero que me daba mi mamá en carísimos libros de medicina, mientras mis amigos lo gastaban en drogas. Nada me daba tanta felicidad como esos libros. Todos esos eufemismos de la muerte. Todas esas palabras médicas, hermosas, que no significaban nada, esa jerga dura, eso era pornografía. Para ese entonces tenía bastante claro qué me excitaba y qué no, y por eso había desarrollado un creciente tedio hacia las novelas victorianas, donde siempre aparecía algún enfermo, pero nunca se sabía muy bien de qué estaba muriendo. Los tísicos me tenían un poco harta, una vez superado el brutal enamoramiento con Hipólito, el tuberculoso adolescente de *El idiota*, que duró más de un año. Quería pornografía: los enfermos como Helen, Tadzio o Ippolit eran erotismo, sugerencias. Y siempre eran personajes secundarios. Ippolit era ideal: hermoso (Dostoievski se encargaba de poner en boca del príncipe Mishkin aquello de «tiene una cara muy bella» que me hacía temblar), adolescente, definitivamente moribundo y terco y vulnerable y malvado. Pero hablaba mucho y se desmayaba poco: estaba cansado de que me describieran las palideces y los sudores y la tos. Quería más datos,

quería sexo explícito. Los libros eran ideales, y además me ayudaron a especificar los fetiches. Pasaba de largo las enfermedades neurológicas: no me gustaban las convulsiones ni los retrasos mentales ni las parálisis y ciertamente el sistema nervioso me aburría. Me tenía sin cuidado, curiosamente, toda la oncología: el cáncer me parecía sucio, sobrevalorado socialmente, un poco vulgar (la pobre señora tiene un *tumor*, decían las viejas... y también se le dice ¡la papa!) y había demasiadas películas de cancerosos heroicos (me gustaban los enfermos heroicos, pero no los que no eran un *ejemplo de vida*). Y qué sin gracia la nefrología: estaba claro que la gente se moría si sus riñones dejaban de funcionar, pero a mí no me importaba, porque de por sí la palabra «riñones» me parecía espantosa. Ni hablar de lo gastrointestinal, tan sucio.

Estaba claro lo que me gustaba, dónde me detenía, y, una vez descubierta la especialidad, me dediqué solo a eso: me gustaban los enfermos pulmonares (reminiscencias de Helen, Ippolit y todos los otros tísicos, con seguridad) y los enfermos cardíacos. Esto tenía su costado vulgar, pero solo si eran ancianos (o después de los cincuenta, cuando empezaban a intervenir espantos como el colesterol). Si eran jóvenes... qué elegancia. Porque, por lo general, no se notaba. Si eran hermosos, era una suerte de belleza arruinada, pero secreta. Todas las otras enfermedades solían tener un plazo: esto era diferente. Podían morir en cualquier momento. Una vez me compré un CD en una librería médica (donde todos los empleados pensaban que era una estudiante, me había encargado de hacérselo saber, precavida) que se llamaba *Ruidos cardíacos*. Nada me había dado antes tanta felicidad. Supongo que lo que a los hombres y mujeres normales les provoca escuchar gemir de placer al sexo que les guste, a mí me lo provocaba escuchar el latir de esos corazones arruinados. ¡Tanta variedad! ¡Tantos latidos diferentes, todos significando cosas distintas, todos hermosos! Las otras enfermedades no se *escuchaban*. Es más, muchas se *olían*, cosa que me desagradaba. Si salía con el mp3 *player* a andar en bicicleta, tenía que parar, porque me excitaba demasiado. Así que lo escuchaba de noche en casa, y en esa época me preocupé porque *no me interesaba el sexo real*. Las pistas de audio con latidos de corazones lo suplían todo. Podía masturbarme con los auriculares

puestos por horas, chorreando entre las piernas, con el brazo contracturado de tanto frotar y el clítoris inflamado hasta alcanzar el tamaño de una uva grandota.

Decidí deshacerme de los latidos grabados después de un tiempo. Iba a volverme loca. Desde entonces, una de las primeras cosas que hacía con un hombre era apoyar mi cabeza sobre su pecho, para descubrir algún latido desordenado, o un soplo, irregularidad, tercer ruido, galope u otra cosa. Siempre me preguntaba cuándo aparecería alguien que fuera una combinación insuperable de elementos. Ahora recuerdo ese anhelo, y sonrío amargamente.

Puedo precisar el momento en que perdí el control. Después de años de búsqueda estéril, encontré un sitio de Internet donde otros fetichistas de los latidos cardíacos compartían sus corazones. Lo hacían en vivo, en chats, pero también tenían un amplio archivo de sonido, que podía bajarse, deliciosamente clasificado en latidos normales, anormales, durante el ejercicio, soplos, forzados... Yo jamás intervenía en las charlas. Solo copiaba esos sonidos y me acostaba a escucharlos. Un ritmo acelerado, regular; de pronto un latido adelantado, otro retrasado (extrasístoles o contracciones ventriculares). ¡Yo pensaba que mis masturbaciones anteriores eran brutales! No tenía idea, nada sabía de los límites de la calentura. Mi dedo medio entre el labio menor derecho y el clítoris, frotando hasta llegar al hueso, hasta que dolía el hueso, a veces hasta sangrar, y los orgasmos llegaban uno detrás de otro, implacables, enormes, durante horas. Las sábanas húmedas, la transpiración chorreando entre los pechos, la piel siempre erizada y sentir el clítoris hinchado, glorioso, y las contracciones de la vagina y el útero. Taquicardias supraventriculares, el hermoso soplo de la estenosis aórtica, los latidos desordenados provocados por hiperventilaciones o maniobras de Valsalva, cosas a las que solo se atrevían los valientes. A veces un corazón escondido, latiendo apenas audible y enloquecido detrás de las costillas, un sonido que se lograba conteniendo la respiración; y cuando al fin llegaba el oxígeno de vuelta, ese corazón se sacudía como si viviera dentro de una lata de

tomates, desconcertado, a veces demasiado lento, como si estuviera a punto de detenerse.

Yo no atendía el teléfono. Llegaba tarde a todas partes. Solo paraba cuando el dolor de la vulva irritada, lastimada a veces, me quitaba el placer. A oscuras con los auriculares y los corazones, esa era mi vida, nunca más sexo con personas. ¡Para qué!

Hasta que aislé uno de los corazones. Su latido no fallaba jamás. Lo distinguía a la perfección aun sin conocer al autor, que llevaba el nombre de HCM1. Las grabaciones eran siempre muy claras, y los latidos siempre distintos, y peligrosos: en fibrilación auricular, en taquicardias larguísimas, en ritmo de galope. Era un varón. Se escuchaba su respiración a veces, y vestigios de su voz. Cuando descubrí un archivo en el que gemía porque —decía el texto que acompañaba la pista— había sentido un dolor en el pecho durante la sesión, me decidí a entrar al chat para conocerlo.

Fue esquivo durante un tiempo. Un tiempo demasiado largo para mí, pero supongo que objetivamente corto. Al mes del primer contacto, accedió a visitarme. Extraño: vivíamos en la misma ciudad. Estadísticamente improbable, cuando no imposible, porque nuestro encuentro se había producido en una comunidad internacional de fetichistas. Decidimos no darle importancia, no caer en mensajes del destino o teorías similares. Nos lanzamos solo a disfrutar. Le gustaba que escucharan su corazón. Estaba muy enfermo, por eso solían rechazarlo en los chats y las comunidades online. Lo creían demasiado extremo, les parecía que iba demasiado lejos, desbarataba la idea de juego y placer. Pronto ambos abandonamos la vida virtual y nos encerramos en mi habitación, con un equipo de grabación, un estetoscopio, medicamentos y sustancias que ayudaban a cambiar su ritmo cardíaco. Los dos sabíamos cuál podía ser el final, y no nos importaba.

Tenía el cabello tan oscuro como el del hombre que yo había conocido en mi infancia, y la misma sonrisa. Pero tenía tres cicatrices, no una. Le abrían el esternón en canal: un observador casual hubiera visto solo una, pero yo las distinguía, la primera transparente, delgada, casi totalmente oculta por la segunda, de un

rosa opalino, que brillaba, como trazada con esmalte; la última, más ancha, brutal, era más oscura que la piel. La cicatriz que le cruzaba la espalda (me había detallado ese procedimiento tan doloroso) era enorme, torpe. Las pequeñas cicatrices en el estómago, discretas, estaban distribuidas al azar. La piel de la parte interna del codo estaba marcada como la de un adicto. Había otra cicatriz corta, un hundimiento oscuro en el lado derecho del cuello. Tantas marcas. Y la respiración difícil, y los labios enormes que a veces tomaban un color tan azul como el de sus ojos.

Su enfermedad se escuchaba, en esas súbitas inhalaciones cuando se quedaba sin aire al hablar, en los ataques nocturnos de tos que lo dejaban pálido y tembloroso. Todo el tiempo me dejaba apoyar la cabeza sobre su pecho, para escuchar. Un latido normal son dos ruidos, abrir y cerrar. Pero sus latidos tenían cuatro ruidos, un galope, un esfuerzo desesperado, distinto, antinatural. Empeoraba con una taza de café. Asustaba con un poco de cocaína. Muchas veces se desmayaba, y yo seguía escuchando con el estetoscopio, aterrada y excitada, hasta que recuperaba una especie de normalidad, y él despertaba. Yo podía pasar horas sobre su pecho y después, emocionada, lo besaba y lo abrazaba casi violentamente, y su risa y su abandono me preocupaban porque, a veces, y cada vez con más frecuencia a medida que pasaba el tiempo y nuestra intimidad crecía, tenía la certeza de que si escuchaba un segundo más, iba a destrozarlo más aún yo misma. A golpearlo, a abrirlo con las uñas, más marcas, una manera de estar más cerca, de que fuera más mío. Tenía que contener ese deseo, esas ganas de saciarme, de abrirlo, de jugar con sus órganos como trofeos escondidos. Al punto de que me imponía pequeños castigos: no comer en todo un día, no dormir por setenta y dos horas, caminar hasta acalambrarme las piernas..., pequeños rituales, como si fuera una chica que le deseó la muerte a su madre porque ella no quiso comprarle algo, y después el remordimiento y los pequeños sacrificios, «no voy a decir más malas palabras, Dios, te lo prometo, pero que no se muera mi mamá» y la mala palabra que se escapa y entonces las corridas a la noche para ver si mamá todavía respira en la cama, mientras duerme.

Pero creo que terminé odiándolo. Quizá lo odiaba desde el principio. Como odiaba al hombre que me había hecho anormal, que me había hecho una enferma, con su pene cansado frente al televisor, y esa cicatriz hermosa. El hombre que me había arruinado. Odiaba a mi amante. De lo contrario algunos juegos resultan inexplicables. Lo hacía respirar velozmente en una bolsa de plástico, hasta que veía cómo se le humedecía la frente y le temblaban los brazos. El corazón golpeaba sobre el estetoscopio y él solía rogar «basta», pero yo pedía más, y él nunca decía que no. Tuve que llevarlo al hospital una vez, y cuando regulaban su taquicardia con cardioversión —una descarga eléctrica sobre el pecho, como en las resucitaciones—, me encerré en un baño cercano y caí sobre el inodoro cuando llegué al orgasmo, aullando. Le compraba *poppers*, cocaína, tranquilizantes, alcohol. Cada sustancia causaba un efecto diferente y él se dejaba, nunca reclamaba, apenas hablaba. Incluso pagó el alquiler con sus ahorros cuando amenazaron desalojarme del departamento; jamás volví a pagar, ya no tenía teléfono, solo me preocupaba por la electricidad, para que la grabadora funcionara, para que yo pudiera volver a escuchar mis experimentos cuando él estaba demasiado agotado, casi inconsciente.

Ni siquiera protestó cuando le dije que estaba aburrida. Que quería verlo. Apoyar mi mano sobre el corazón despojado de costillas, de jaulas, tenerlo en la mano latiendo hasta que se detuviera, sentir las válvulas desesperadas en un abrir y cerrar a la intemperie. Solo dijo que él también estaba cansado.

Y que íbamos a necesitar una sierra.

8. Carne

So some of him lived but the most of him died.

RUDYARD KIPLING

Todos los programas, los diarios, las revistas y las radios querían hablar con ellas. Los móviles de la televisión se instalaron afuera de la clínica psiquiátrica donde quedaron internadas durante más de una semana, pero no consiguieron nada. Cuando fueron dadas de alta, los camarógrafos las persiguieron corriendo, algunos se enredaron en los cables y muchos cayeron sobre el pavimento; pero ellas no huyeron. Solo los miraron con una sonrisa que después fue descrita como «aterradora» y «mística», y se fueron en el auto que manejaba el padre de Mariela, la mayor. Los padres tampoco hablaban: las cámaras solo pudieron registrar sus nerviosos paseos por los pasillos de la clínica, sus miradas temerosas, y el llanto de la madre de Julieta, la menor, cuando salía de su casa con un bolso lleno de ropa.

El silencio provocó la mayor histeria jamás vista. Las tapas de los diarios hablaban del caso de fanatismo adolescente más impactante no solo de Argentina, sino del mundo. La noticia fue levantada por las cadenas de noticias internacionales. Fueron convocados expertos psiquiatras y psicólogos, el tema monopolizó los noticieros, los programas de chimentos, los *magazines* y *talk shows* de la tarde; en la radio no se hablaba de otra cosa. Julieta y Mariela, dieciséis y diecisiete años, dos chicas de Mataderos fanáticas de Santiago Espina, la estrella de *rock* que en menos de un año había dejado atrás el suburbio para llenar teatros y estadios del centro de Buenos Aires; Santiago, a quien la prensa especializada amaba y odiaba en partes iguales: genio, pretencioso, artista inclasificable, artefacto comercial para hipnotizar niñas alienadas, futuro de la música argentina, idiota caprichoso. El Espina —como lo llamaban idólatras y detractores— dejó estupefacta a la crítica con su segundo disco, *Carne*, once canciones que dividieron las aguas aún más: de un lado lo llamaban

obra maestra; del otro, anacronismo autoindulgente. Las ventas se dispararon, y la discográfica empezó a soñar con un lanzamiento internacional; Santiago Espina era extraño, sí, era impredecible y casi nunca daba entrevistas, pero ¿cómo podría negarse a giras promocionales por México, Chile, España? Solo tenían que convencerlo de que hiciera un videoclip de una vez por todas, para que el mundo pudiera ver sus ojos y el modo en que el pantalón le rozaba los punzantes huesos de la cadera.

Un mes después de que *Carne* se agotara, la ciudad empapelada con el rostro del Espina recibía la noticia de su desaparición, días antes de la presentación del disco superexitoso en el Estadio Obras. Las entradas estaban agotadas. Las fans — porque eran sobre todo chicas, lo que aumentaba el desprecio de los detractores— lloraban en espontáneas reuniones callejeras, organizaban marchas y recitaban las letras de *Carne* en una letanía extática, arrodilladas frente a pósteres del Espina pegados con cinta scotch a monumentos y árboles en todas las plazas de Buenos Aires, como si le rezaran a un dios moribundo.

Cuando la desesperación se contagió a las adolescentes del interior del país, el hallazgo del cuerpo del Espina provocó un terror desconocido en los padres desorientados. Santiago apareció en una habitación de hotel de Once, con todo el cuerpo cortajeado: había usado una gillette y un Tramontina a conciencia para despellejarse los brazos, las piernas, el vientre. En el brazo izquierdo, había cortado hasta el hueso. En el pecho era posible ver el esternón. Y, posiblemente semiinconsciente, se había cortado la yugular con un tajo audaz y preciso. No se había mutilado la cara. Uno de los policías encargado de forzar la cerradura de la habitación abajo declaró que le había recordado una cámara frigorífica: era pleno invierno, y además Santiago había dejado encendido el aire acondicionado. Hubo teorías conspirativas sobre un posible asesinato, pero fueron desechadas cuando trascendió que la habitación estaba cerrada con llave desde adentro y se difundió la nota suicida, casi ilegible por la letra nerviosa y las manchas de sangre. Decía: «Carne es comida. Carne es muerte. Ustedes saben cuál es el futuro». Delirios agónicos, dijeron los expertos. Y las fans callaron y lloraron encerradas en habitaciones donde se mezclaban

los osos de peluche, los diarios íntimos con tapas rosas, las mochilas siempre sobrecargadas y las fotos del Espina más hermoso que nunca, ahora que la muerte le brillaba en los ojos.

El país esperó una epidemia de suicidios adolescentes que nunca llegó. Las chicas volvieron al colegio y a los boliches, y apenas se registró un caso de depresión grave en Mendoza, aunque todas escuchaban *Carne* como la última voluntad y testamento de su ídolo, tratando de descifrar las letras en foros de Internet y largas conversaciones telefónicas. La prensa despidió a Santiago Espina con titulares y elegías, y por un tiempo solo se habló de suicidio, drogas y rocanrol. El entierro en la Chacarita fue mucho menos concurrido y más triste de lo esperado, y el duelo se aplacó una vez terminado el desfile del entorno de la estrella por los programas de televisión. Santiago Espina pasó a las efemérides, listo para ser desenterrado cuando se cumpliera un año de su nacimiento o de su muerte.

Nadie podía suponer que algo se estaba gestando en Mataderos, entre dos chicas, una foto arrugada de la nota suicida y *Carne* en el equipo, de principio a fin, una y otra vez.

Mariela había sido una de las primeras «espinosas». (Así llamaban los medios a las fans, las chicas con los ojos delineados de negro mortuario, baratas boas de plumas al cuello y pantalones que imitaban la piel de los leopardos). Lo había seguido durante un año, noche tras noche, por donde el Espina tocara. Conocía todos los trenes y colectivos suburbanos, y había pasado madrugadas heladas en andenes temblando de frío, con la lista de temas en el bolsillo, acariciando el papel con los ojos cerrados. El Espina la conocía y a veces —muy pocas, porque casi nunca se comunicaba con su público, ni siquiera para anunciar los temas o decir buenas noches— le daba algún pequeño obsequio: la púa de la guitarra o un vaso de plástico con restos de cerveza. En el baño de un local de Burzaco conoció a Julieta, la más célebre de las espinosas porque se había tatuado el nombre del ídolo en el cuello; de lejos, las letras parecían una cicatriz, como si la cabeza estuviera cosida al cuello. Ella había logrado sacarse una foto con el Espina: los dos aparecían

muy serios, no se tocaban, y el *flash* les había enrojecido los ojos. Julieta y Mariela vivían a apenas diez cuerdas de distancia y el suicidio del Espina las unió tanto que empezaron a parecerse físicamente, como las parejas que conviven durante décadas o los solitarios que adquieren la expresión de sus mascotas.

Ese parecido mimético había sorprendido al cuidador del cementerio que las encontró de madrugada, cuando trataban de saltar el paredón. «Estaba oscuro todavía», dijo, «pero nunca pensé que eran chorros. De lejos se notaba que eran pibitas, y cuando me acerqué vi que además eran gemelas». Julieta y Mariela no lucharon con el cuidador. Aparentemente atontadas, se dejaron llevar hasta la oficina; el hombre creía que estaban drogadas, y supuso que habían pasado la noche en el cementerio para velar al Espina. Él y sus compañeros habían encontrado chicas antes, escondidas en los pasillos de los nichos y detrás de los árboles cerca de la hora del cierre, pero ninguna logró acompañar al ídolo hasta el amanecer. El cuidador creyó que Julieta y Mariela habían tenido suerte, pero mientras las retaba y les pedía el teléfono de sus padres, observó que las chicas estaban sucias de tierra, sangre y una película de mugre que apestaba y les cubría las manos y la ropa y los rostros. Entonces llamó a la policía.

Por la tarde, la noticia se filtró a los medios. Dos adolescentes habían desenterrado el cajón de Santiago Espina con una pala y sus propias manos. La sepultura, apenas un mes después de su entierro, aún no tenía el mármol definitivo que les hubiera dificultado la tarea. Pero la inhumación era apenas el principio. Las chicas habían abierto el féretro para alimentarse de los restos del Espina con devoción y asco; alrededor del hueco daban testimonio de su esfuerzo los charcos de vómito. Uno de los policías también vomitó. «Dejaron los huesos limpios», le dijo a la televisión, y el conductor, estremecido, se quedó sin palabras por primera vez en su carrera. Las chicas fueron llevadas en un patrullero hasta la comisaría y allí se decidió su internación en una clínica privada. Los policías dijeron que Julieta y Mariela nunca habían llorado, ni hablado con ellos; solo se susurraban cosas al oído y estuvieron todo el tiempo tomadas de la mano. Trascendió que, cuando quisieron bañarlas en la clínica, se resistieron con tanta furia que una de las enfermeras

acabó mordida y arañada; hubo que medicarlas y limpiarlas dormidas.

Hablar con ellas, con sus familias, con sus médicos, se convirtió en una prioridad. Pero todos callaban. La familia del Espina decidió no demandar a Julieta y Mariela «para que no siga este horror». La madre de la estrella, decían, vivía sobrecargada de tranquilizantes. Las versiones de un intento de suicidio previo no pudieron confirmarse; tampoco se encontró a ninguna novia del Espina, solo amantes que no habían pasado más de una noche con él, y poco tenían para contar. Los músicos de la banda se negaron a hablar con la prensa, pero quienes los conocían afirmaban que estaban shockeados y, sobre todo, asqueados. Se supo que todos abandonarían la música para siempre. Nunca habían tenido una buena relación con Santiago, eran empleados, o más bien esclavos que aceptaban sus caprichos con resignación, por ambición y una admiración distante.

Las fans se sentaron malhumoradas en *livings* y paneles televisivos a pelear con conductores y psicólogos. Habían decidido evitar la ropa negra, y aparecían despatarradas sobre los sillones con los labios rojos, pantalones de leopardo, remeras brillantes y las uñas rojas, azules, verdes, rosadas. Contestaban a las preguntas con monosílabos y a veces con risitas irónicas. Una de ellas, sin embargo, lloró abiertamente cuando le preguntaron qué pensaba de las chicas que habían comido del ídolo. Desafiante, gritó: «¡Las envidio! ¡Ellas lo entendieron!». Y balbuceó algo sobre la carne y el futuro, dijo que Julieta y Mariela estaban más cerca que cualquiera de ellas del Espina, lo tenían en su cuerpo, en su sangre. Hubo un programa especial sobre los adolescentes soldados caníbales de Liberia que creen obtener la fuerza de sus enemigos devorados y usan collares de huesos. El canal que lo emitió fue denostado como ejemplo de mal gusto y simplismo. Se habló de la necrofilia como perversión nacional, y los canales de cable programaron *¡Viven!* y *Voraz*. Hasta Carlitos Páez Vilaró participó de una mesa redonda y se vio obligado a diferenciar su antropofagia «por necesidad» de «esta locura». Especialistas en cultura *rock* y sociólogos desmenuzaron las letras de *Carne*; algunos compararon al Espina

con Charles Manson; otros, horrorizados, denunciaron ignorancia y simplismo, y elevaron al Espina a la categoría de poeta y visionario.

Julieta y Mariela, mientras tanto, permanecían en sus casas de Mataderos, separadas por diez cuadras; les habían prohibido volver a comunicarse. Dejaron el colegio. El padre de Mariela amenazó a los camarógrafos con un arma desde la terraza, y los medios retrocedieron hasta la esquina. Los vecinos sí hablaban y decían lo predecible: buenas chicas, adolescentes un poco rebeldes, qué barbaridad, esto no puede volver a pasar. Muchos se mudaron. La sonrisa de las chicas, congelada en las pantallas de sus televisores y las tapas de los diarios, les daba miedo.

Mientras tanto, en todo el país, en cada cibercafé, las espinosas se reunían frente a las pantallas de las computadoras, porque comenzaron a llegar los *mails*. Ninguna podía jurar que fueran de Julieta y Mariela, no sabían si ellas tenían acceso a Internet en su aislamiento, pero todas lo sabían, lo deseaban, y guardaban el secreto celosamente. Los *mails* hablaban de dos chicas que pronto cumplirían dieciocho años y se liberarían de padres y médicos para tocar las canciones de *Carne* en sótanos y garajes. Hablaban de un culto subterráneo imparable, de Ellas Las Que Tenían Espinas en el cuerpo. Las fans esperaban con brillantina en las mejillas, las uñas pintadas de negro y los labios manchados de vino tinto el mensaje que les diera la fecha y el lugar de la segunda venida, el mapa de una tierra prohibida. Y escuchaban la última canción de *Carne* (donde el Espina susurraba «Si tenés hambre, comé de mi cuerpo. Si tenés sed, bebé de mis ojos») soñando con el futuro.

9. Ni cumpleaños ni bautismos

Siempre estuvo cerca, un conocido que aparecía en las fiestas aunque nadie sabía quién lo había invitado, pero recién me hice su amiga ese verano en que todos mis amigos decidieron convertirse en imbéciles, o el verano en que decidí odiar a todos mis amigos.

Era distinto de los demás. Jamás dormía, como yo, y nuestra conexión noctámbula nos unió, al principio por azar en desolados chats a las cuatro de la mañana, cuando siempre aparecían nuestros nombres de pantalla, los únicos que a esa hora estaban despiertos y con ganas de hablar: *zedd* y *crazyjane*. Él había elegido el apellido de un legendario director de cine *underground* neoyorquino al que adoraba, a pesar de que nunca había visto ninguna de sus películas. Yo había elegido el mío por un poema de Yeats. Creo que nos hicimos amigos solo porque él supo instantáneamente quién era Crazy Jane y yo supe quién era Zedd.

Después empezaron los encuentros en bares. Los dos odiábamos a los que se emborrachaban hasta vomitar o hasta el ridículo y la confesión patética, así que tomábamos con calma nuestros *whiskys* y criticábamos a los demás. Nunca conocí a nadie que fumara tanto como él: se terminaba tres atados en una noche.

Nico (el verdadero nombre de Zedd) había estudiado cine durante quince minutos y odió todo, pero gracias a un ridículo trabajo (pasear perros) había logrado juntar dinero para comprarse una cámara. Hasta ese verano no se le había ocurrido qué hacer con ella. Pero en una de esas charlas de bar, mientras tocaba alguna banda espantosa (todo nos parecía horrendo ese verano), a Nico se le ocurrió una forma de ganar plata con la cámara.

El lunes siguiente comenzó a aparecer su aviso en el diario. Decía: «Nicolás. Filmaciones raras. No hago cumpleaños, bautismos o fiestas familiares. Ideal para *voyeurs*. No hago nada ilegal ni trabajo para maridos cornudos. Llamar al...». Le dije que difícilmente alguien se comunicaría, o siquiera comprendería qué

trataba de decir con el aviso. Él me contestó que la gente trastornada o rara iba a entenderlo. Estaba seguro. Y tenía razón.

No me avisó cuando consiguió sus primeros encargos, pero me llamó no bien tuvo algunos videos listos. Nos encerramos a verlos en su monoambiente, que tenía dos bibliotecas llenas de películas en VHS y DVD prolijamente ordenadas por orden alfabético, y una montaña de libros con párrafos subrayados en cada página. Una persona normal se hubiera ahogado en su departamento, tal era el humo. Pero si él fumaba tres atados, yo fumaba dos. Todos mis esfuerzos por bajar a diez cigarrillos diarios habían sido vanos. Ese verano toda mi fuerza de voluntad se había desvanecido y no conseguía cumplir propósitos tan sencillos como dormir de noche y comer al menos dos veces al día. Como vivía sola no tenía quién me señalara mi depresión o intentara levantarme el ánimo. Era lo mejor que me había pasado en años.

La mayoría de los videos eran de parejas cogiendo. Lo extraño era que nadie (o casi nadie) se aseguraba de que Nico no guardara una copia. Supongo que era pedir demasiado, además no tenían forma de controlarlo, y probablemente no les importaba. Nico me explicó que los calentaba extra ser filmados, lo trataban como si él fuera un director de película porno. No querían filmar ellos mismos su video *amateur*, como algo privado de la pareja. Querían que alguien más lo hiciera, era parte del morbo. Me mostró unos cuantos videos, pero eran aburridos. Ver gente coger es aburrido. Ni Nico ni yo podíamos entender por qué la pornografía era un negocio millonario.

Otro video era de mujeres con tacos altos caminando por la calle. ¿No podían conseguirlo en sex shops que vendían videos de temática fetiche? Bueno, me explicó Nico, podían de mujeres con tacos, cómo no, pero los tipos le pedían que caminaran por calles específicas de la ciudad: no querían tacos genéricos en caminatas anónimas. Otro video era, justamente, una recorrida por la ciudad; se lo había pedido una chica fóbica que desde hacía seis meses no podía salir de su casa. Me contó que, cuando le entregó la película, la chica lo abrazó llorando. Nunca había visto a una persona tan pálida, señaló.

Ahora viene lo más interesante, dijo después, y puso en la bandeja un CD que había titulado «nenas» con fibra negra. Explicó que un hombre lo había contratado para que filmara chicas al aire libre, en plazas, en la calle, en patios de escuela. Solamente quería de menos de doce pero de más de seis, y exclusivamente rubias. Nico no preguntó por qué y para qué, pero no era difícil imaginarlo, y por eso había tenido que fingir estar sentado en un banco de plaza con la cámara sobre las rodillas, esperando, cuando en realidad la tenía encendida y trataba de enfocar con disimulo a las nenas jugando. Nico no tenía un precio fijo para las filmaciones (generalmente se negociaba con los clientes) pero no se sorprendió cuando el supuesto pedófilo le ofreció tres mil pesos. En realidad Nico se convenció de que era pedófilo cuando el hombre le anunció la cifra que estaba dispuesto a pagar.

Entregó el video, me contó, y al día siguiente el hombre volvió a llamar, disconforme. Al principio no sabía o no podía explicarle por qué, hasta que al fin, después de muchos rodeos, dijo solo que al video le faltaba piel. Nico le contestó que creía tener la solución, le pidió que confiara en él, y el hombre se comprometió a pagarle el doble si lo satisfacía. Vimos el video: Nico había elegido una pileta de agua caliente de club, un curso de natación para nenas de seis a nueve años. Había varias rubias: era un club de Barrio Norte. Entre el vapor, las chicas correteaban al borde de la pileta, y el *zoom* agrandaba sus mallas húmedas pegadas al pubis, las gotas que se deslizaban por sus culitos, las que caían entre las piernas. Una de ellas le acariciaba el pelo a otra que, en un arranque de cariño infantil, la besaba con efusividad y después apoyaba la cabeza en el hombro de su amiga. En la pileta se veían piernas pataleando, los culitos que se alejaban entre el agua revuelta; en los bordes, algunas se acomodaban la malla cuando los breteles se bajaban y casi dejaban al desnudo los pechos planos.

—¿Le gustó? —quise saber.

Nico sonrió y a modo de explicación dijo que había recibido seis mil pesos, con una propina de quinientos.

Cuando Nico me llamó una tarde espantosa y helada mientras yo trataba de estudiar una materia tediosa, adiviné por su tono de voz

que se trataba de algo urgente relacionado con su trabajo; era lo único que lo hacía sonar alegre.

Una mujer lo había llamado dos días antes, dijo. No le había querido explicar nada por teléfono, pero eso no le pareció raro: así eran siempre los pedidos de videos eróticos. Llegó a la casa sin mayores expectativas. Pero enseguida se dio cuenta de que su intuición había fallado. Había algo en la mujer, su postura encorvada, su maquillaje prolijo pero exagerado que no ocultaba la falta de sueño ni las ojeras, y sobre todo el hecho de que le ofreciera té. Los sexópatas nunca hacían té, me explicó. Siempre era café, y de noche una copa de vino tinto.

La mujer empezó a explicarle lo que quería con calma casi didáctica: Nico adivinó que era maestra no solo por su exposición de los hechos, sino porque a pesar de que se retorció las manos y trataba de no llorar, había mirado con desaprobación su pelo teñido, y se había detenido un segundo, confundida, ante el esmalte negro con el que Nico se pintaba las uñas.

Su hija había empezado a tener alucinaciones, explicó. No hacía mucho. La chica le había contado que veía cosas desde siempre, pero ella no le había creído. Siempre había sido una chica normal. Tímida, pero normal. No tenía muchas amigas, pero la familia se había mudado muchas veces en los últimos años y Marcela, la hija, no había tenido tiempo de hacer amistades.

Habían intentado tratamientos psiquiátricos sin resultado. Estaba desesperada. La chica se negaba a aceptar que lo que veía en sus alucinaciones no era real. Nadie había podido convencerla de lo contrario. Así que su marido había tenido la idea (Nico sabía que lo del marido era mentira: ningún hombre invitaría a un extraño a presenciar el horror en que se había convertido su hija; por algo no estaba presente en la charla, además) de filmarla mientras alucinaba, y así demostrarle, al ver la cinta, que estaba sola, gritándole a las paredes. Tenía que ser en VHS, porque Marcela era desconfiada y no les iba a creer si usaban formatos más modernos y sofisticados, les iba a decir que habían manipulado la imagen para engañarla. No había problema, Nico tenía los equipos. Cuando Nico le dijo que sí, que lo haría, la mujer lo miró con firmeza y trató de

ocultar su emoción. Con cierta ceremonia lo invitó a subir la escalera hasta la pieza de la hija.

Nico me confesó que esperaba otra cosa. Una chica atada a la cama, o drogada, hasta una habitación acolchada. Pero Marcela llevaba, dijo, un pulóver enorme, como de hombre, rosa viejo, y un *jean* tres números más grande. No podía saberse si era gorda o delgada. Tenía la cabeza rapada, la decisión más sabia después del prolongado y sistemático arranque de pelo que había comenzado junto con las alucinaciones, según le había explicado la madre antes. En la mejilla tenía una cicatriz delicada, apenas una línea plateada. En la habitación había un corpiño abandonado sobre la cama, varias muñecas sentadas una junto a otra sobre una repisa de madera, un televisor apagado, varias fotos de Marcela en portarretratos y otras pegadas con chinchas a la pared: en la nieve con un gorro de lana azul, recibiendo un diploma, frente al altar, con expresión asustada en su primera comunión. No estaba alucinando en ese momento. Cuando la madre pidió permiso y los dejó solos, Marcela se le acercó. Nico me dijo que usaba un perfume berreta y anticuado, que le hizo acordar al olor de tías y madres. Le dijo bajito: «Ya sé para qué te traje. Vas a ver que es de verdad. Yo nunca miento». Después le sonrió y Nico le creyó todo. Cuando un poco más tarde ella se le acercó para darle fuego, Nico recibió como un golpe el olor que el perfume de solterona trataba de ocultar. Estaba en las manos, que apestaban a flujos vaginales, a sangre, a sexo, a pescados muertos pudriéndose al sol.

No alucinó ese día, y la madre le preguntó a Nico si él tenía celular. Obviamente, Nico tenía. A número de celular había llamado la mujer, y era el que aparecía en el aviso. Estaba un poco desbordada, la pobre. En cualquier caso, el objetivo de la pregunta era saber si podía contar con él *full time* en los siguientes días. Él prometió no tomar ningún trabajo, pero le pidió más plata. Pasamos el día siguiente esperando el llamado juntos, en su monoambiente, con el celular sobre la cama, mirándolo fijo como si esperáramos el contacto de un secuestrador que tuviera en su poder a la persona que más amábamos. Tratamos de reconstruir la historia de Marcela con los indicios que teníamos. Escuela católica. Alucinaciones

desde la infancia. Algo entre religión/tabú/sexo, por eso las masturbaciones compulsivas. La flagelación: le dije que creía que Marcela usaba siempre camisas o pulóveres o remeras de manga larga porque así como se había lastimado la cara debía lastimarse el cuerpo. Marcela nos parecía alguien tan intenso; creo que la envidiábamos. Era tan distinta a los demás, a todos los que despreciábamos o de los que huíamos, esa gente sin misterio con sus aburridos problemas y su cobardía. Volvíamos al relato de la madre. Supimos sin poder confirmarlo que era hija única. Apostábamos guita a que era virgen.

La madre llamó a Nico a las siete de la tarde. Yo sabía que no podía acompañarlo y apenas pude soportar el nerviosismo de esas larguísimas tres horas en las que la filmó desde todos los ángulos posibles. Más tarde la vimos juntos, la cabeza rapada golpeándose contra las paredes mientras se arrancaba el pulóver enorme (y había cicatrices en los brazos, que parecían un mapa o una telaraña) hasta el momento en que, boca abajo, se metía dedos por la vagina y el culo, gritando que basta, que no. Nos quedamos en silencio cuando la cinta llegó a su fin y volvieron a aparecer las rayas grises, blancas, negras. Nico me confesó que, por un momento, había esperado y deseado que eso que Marcela veía apareciera en la cinta. Había creído que tal cosa era posible. A él también le hubiera gustado que fuera real, o al menos posible.

Marcela se negó a creer que apareciera sola en el video. Después de que lo vio, dijo la madre, había sido muy difícil calmarla. Esta vez no le ofreció té a Nico. Solamente le dijo que Marcela quería que la filmara otra vez y que ella no había podido negarse, pero que ya no podía pagarle. Nico dijo que lo hacía gratis. La madre no parecía lo suficientemente agradecida.

Cuando Nico filmó a Marcela la primera vez, la madre se había ido corriendo justo en el momento en que su hija se bajó los pantalones. Después de la masturbación, Marcela había trepado a la cama para dormir, completamente desnuda. Tenía un cuerpo hermoso a pesar de las cicatrices. Nico la había filmado dormida, y después había cortado esa parte antes de entregar la cinta. El estómago hundido, casi sin cicatrices, los pechos erguidos y sin

pezones (mutilados), vibrando apenas empujados por los latidos del corazón, los muslos suaves cubiertos de vello dorado, interrumpidos en su tersura solo por brutales cicatrices que parecían costuras, y la alucinante trama de los brazos, que habían sido sometidos a una carnicería.

La recorrida filmada por el cuerpo desnudo de Marcela duraba más de media hora. Nico me dijo que le habría gustado acostarse junto a ella, pero se contuvo. En cambio, había salido aturdido de la habitación a buscar a la madre. Golpeó con timidez la puerta de la pieza: a través de la rendija la había visto tirada sobre su cama matrimonial, boca abajo. La madre se levantó y se recompuso para abrirle la puerta de calle, pero no le dirigió la palabra, ni siquiera lo miró a los ojos. Nico le avisó que traería el video lo más pronto posible, pero ni siquiera entonces recibió respuesta.

En la siguiente visita lo recibió el padre. Yo imaginaba a un hombre tímido, a un pusilánime. Pero Nico me dijo que, por algún motivo, le había parecido un policía o un militar. Los dos estábamos equivocados. Era un vulgar kinesiólogo. Se mostraba más abierto a hablar que la esposa. Sirvió café y, pasándose la mano por el pelo canoso, aportó más datos valiosos, aunque seguramente erróneos. Marcela siempre había tenido mucha imaginación y él se sentía culpable por habérsela estimulado. Siempre había jugado con amigos invisibles. Pero nunca había sido un problema hasta que en la secundaria empezó a retraerse más y más, y no quiso ir a las fiestas, ni quedarse a dormir en la casa de sus compañeras, ni ir a bailar y mucho menos conocer chicos. Le dijo que él era un padre moderno, supuso que sería una etapa, y lo dejó pasar. Después de todo, a Marcela siempre le había ido bien en la escuela. Los problemas más grandes habían empezado recién un año atrás, y a él no se le ocurría ningún disparador, ningún hecho traumático que lo explicara. Para él, la crisis de su hija era un misterio.

Ninguno de los dos, me hizo notar Nico, mencionó jamás las mutilaciones ni la masturbación. Era como si hablaran de un problema menor, como si hubieran encontrado un cigarrillo de marihuana en la mesa de luz de su hija. El nuevo video también terminaba con un largo descubrimiento del cuerpo de Marcela, esbelto y destrozado. Igual que en el anterior, la cámara no

registraba la existencia de ese ser que ella decía ver cuando alucinaba.

No hubo un nuevo video, pero sí hubo un nuevo llamado. A esa altura, Nico me había mostrado desde el auto la casa de Marcela, una fachada sencilla, garaje, puerta al costado y amplia ventana, con ladrillo a la vista y detalles de madera. El padre fue el que llamó: la madre, creía Nico, estaba teniendo su crisis propia. Le dijo que su hija no quería otra filmación, pero quería charlar con él.

No le dijo mucho. Lo hizo sentar. Era un día raro de fines de otoño, húmedo, casi caluroso. Por primera vez Marcela no llevaba mangas largas y las cicatrices estaban a la vista. No eran feas: eran sorprendentemente simétricas, como si hubiera usado la piel a modo de lienzo, o como una madera trabajada con punzón. Le estaba creciendo el pelo, una pelusa rubia que brillaba bajo la luz artificial de la lámpara, porque nunca levantaba las persianas. La televisión seguía apagada, y las fotos de infancia que Nico había visto ya no estaban más.

Marcela habló despacio y sin mirarlo, con timidez pero resuelta, como si tuviera que resolver un trámite urgente y poco placentero. Le dijo que él era la única persona que le había creído, y que era una lástima que no hubiera podido verlo. Ella había pensado que Nico era el indicado, el elegido, pero se había equivocado. Le dijo que ella no quería hacerse esas cosas, pero que últimamente no podía evitarlo. Y quería ver los videos de su cuerpo desnudo. Nico se sobresaltó cuando escuchó eso, y pensó pedirle que no se lo contara a sus padres. Pero ella lo tranquilizó: no le había molestado que la filmara. Solo quería verse.

—Nunca vi mi cuerpo —explicó—. Me baño con los ojos cerrados. Me cambio la ropa con los ojos cerrados.

—¿Pero cuando te lastimás...?

—Yo no me lastimo. Él me lastima. Cuando duermo.

Después le pidió que se fuera porque tenía que hacer algo. Nico decidió entonces que nunca iba a darle ese video para que lo viera, y que nunca iba a volver a esa casa.

Apenas volvimos a hablar de Marcela. Yo creía que Nico se había enamorado de ella, y que era un cobarde por no tratar de

volver a verla, pero probablemente yo habría hecho lo mismo. Dejamos de encontrarnos tan seguido: estar juntos era estar con Marcela, y ninguno de los dos tenía ganas de tenerla siempre en el medio, desnuda y destrozada. Me volví a hacer amiga de mis examigos pero nunca les conté nada: es necesario mantener algunas lealtades. Una vez que encontré a Nico en uno de nuestros ya no tan habituales chats, le pregunté si todavía tenía los videos. Me dijo que sí. Me preguntó si los quería. Le dije que no. Me aseguró que esa misma noche iba a tirarlos. No sé si lo hizo.

Nunca se lo pregunté.

10. Chicos que faltan

Cuando empezó a trabajar en el Centro de Gestión y Participación que quedaba debajo de la autopista en Parque Chacabuco, Mechi pensó que nunca iba a poder acostumbrarse al constante trepidar sobre su cabeza, un ruido sordo que combinaba el pase de los coches, la vibración de las juntas del asfalto, el esfuerzo de los pilares. Parecía palpitar, y ella justo estaba debajo, en una oficina perfectamente cuadrada que compartía con otras dos mujeres, Graciela y María Laura, las dos empleadas de mucha más experiencia, las dos curtidas y encargadas de atención al público, algo que Mechi no sabía hacer, ni quería hacer.

El trabajo de Mechi, silencioso, la aislaba: era mantener y actualizar el archivo de chicos perdidos y desaparecidos, ubicado en el fichero más grande de la oficina, que era parte del Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes. Ni siquiera ella tenía claras todavía las redes burocráticas de consejos y centros y dependencias a las que pertenecía, y a veces resultaba borroso determinar para quién estaba trabajando; pero en sus diez años como empleada del Gobierno de la Ciudad era la primera vez que su trabajo le gustaba. Desde que ella estaba a cargo —hacía casi dos años— recibía elogios exaltados sobre su archivo. Y eso a pesar de que tenía un valor solo documental: los expedientes importantes, los que hacían movilizar a policías e investigadores tras las pistas de los chicos, estaban en comisarías y fiscalías. El suyo era más inútil, como una memoria. Pero estaba al alcance de todos: a veces los familiares venían a repasarlos para ver si algún cabo suelto les permitía armar el rompecabezas del paradero. O volvían a agregar nuevas sospechas, nuevos datos. Entre los más desesperados estaban los que en la jerga de la oficina se llamaban «víctimas de secuestro parental». Padres o madres cuya pareja se había fugado con el bebé en común. Por lo general, se trataba de madres. Y los hombres venían muy seguidos, angustiados: para ellos

el tiempo resultaba crucial porque los bebés cambian muy pronto. Ni bien aparecían los primeros rasgos de personalidad, la crecida del pelo, la definición del color de ojos, ese bebé de la foto congelada que se usaba en el afiche de «Se busca» desaparecía una vez más. Desde que Mechi estaba a cargo del archivo, ningún niño secuestrado por padre o madre había aparecido.

Por suerte, ella no tenía que verles las caras a los familiares de los faltantes. Cuando aparecían por la oficina, si querían ver la carpeta, Graciela o María Laura se la pedían a Mechi, y ellas se la entregaban a los parientes. Era el mismo mecanismo si venían a agregar información: se la dejaban a cualquiera de las dos mujeres, que después se la pasaban a Mechi, y ella volvía a confeccionar su carpeta, o mejor sus carpetas, una digital y la otra en papel. A veces, especialmente cuando Graciela y María Laura se enfrascaban en sus largas conversaciones personales, o salían a comer y se atrasaban, Mechi abría las carpetas y fantaseaba sobre los chicos. Incluso conservaba, en un fichero aparte, los casos resueltos, los de chicos que habían aparecido. Casi siempre eran adolescentes: las chicas avisaban que salían a bailar y no volvían. Jessica, por ejemplo. Vivía en Piedrabuena y Chilavert, Villa Lugano. La casa, según las fotos, era baja y de fachada blanco sucio. No anunciaba lo que pasaba adentro. Seis chicos, una madre sola y la habitación de Jessica, con los ladrillos al aire, un colchón de gomaespuma sobre una tabla (técnicamente, no tenía cama) y su lado de la pared —porque compartía la habitación con dos hermanos— decorado con fotos del Guille, su héroe; fotos del Guille arrancadas de revistas, o pósteres más o menos completos, cubiertos de besos rosados, y «teamos» escritos con fibrón rojo. Jessica siempre se juntaba con otras pibas en la plaza Sudamérica, reacondicionada hacía poco, con nuevos bancos de hierro (para que no resultara cómodo sentarse mucho tiempo o, peor, quedarse a dormir) y guardia policial. Decían que era una piba tranquila, nunca la habían agarrado ni fumando un tabaco. Pero un día se escapó, y su familia salió a recorrer el barrio desesperada, volanteando; dejaban la hoja de papel A4 fotocopiada con la foto de Jessica sobre todo en las remiserías, porque los remiseros conocían a todo el mundo. Jessica apareció dos meses después: se había quedado en

lo de otra piba después de una discusión con su mamá, que le había gritado si seguís así te mando a Comodoro Rivadavia. El papá vivía ahí. Cuando Jessica apareció, Mechi se quedó mirando su foto —el flequillo teñido de bordó, los ojos delineados de negro, los labios con brillito y aros con forma de clave de sol— y pensó que debería decirle a la nena —catorce años tenía Jessica— que seguramente Comodoro Rivadavia estaba mucho más bueno que Villa Lugano, que a lo mejor su papá le conseguía una cama que no pareciera una esponja. Pero Jessica se quería quedar en la capital porque así podía ir siempre que pudiera a los recitales del Guille, y el Guille nunca iba para la Patagonia.

Como Jessica había muchas, porque la mayoría de los chicos que faltaban eran chicas adolescentes. Que se iban con un tipo mayor, que se asustaban por un embarazo. Que huían de un padre borracho, de un padrastro que las violaba de madrugada, de un hermano que se les masturbaba en la espalda, de noche. Que salían a bailar y se emborrachaban y se perdían un par de días, y después tenían miedo de volver. También estaban las chicas locas, que escuchaban un clic en la cabeza la tarde que decidían dejar de tomar la medicación. Y las que se llevaban, las secuestradas que se perdían en redes de prostitución para no aparecer jamás, o aparecer muertas, o aparecer como asesinas de sus captores, o suicidas en la frontera de Paraguay, o descuartizadas en un hotel de Mar del Plata.

Mechi tenía un amigo periodista, Pedro, que se especializaba en los secuestros de niñas para prostitución, y hacía investigaciones que después publicaba como crónicas especiales, muy largas y detalladas. Visitaba seguido su oficina y su fichero, que según él era una joya.

—Boluda, esto es oro en polvo. Le hablo de vos siempre a la fiscal, la tenés que conocer, es una torta que fuma cigarros negros, tremenda voz de chongazo, toda mal teñida, ¡no sabés! Un día de estos almorzamos juntos, ¿dale?

La propuesta nunca se cumplía porque Pedro nunca estaba despierto a esa hora, y además viajaba por lo menos cada quince días, estaba en la ruta de los secuestradores de chicas para la prostitución. Con su ayuda ya habían atrapado a uno de los zares,

un misionero afincado en Posadas, con varias salidas liberadas a Brasil y Paraguay, que alcanzaba con sus tentáculos hasta el sur del Gran Buenos Aires. Cuando lo llevaron a juicio y se supieron detalles espantosos, y se entrevistó a las chicas —algunas vivían en pleno Palermo, hacinadas en un departamento de un ambiente, no se les permitía ni salir a la calle, para eso tenían una celadora que les traía comida y cosas de primera necesidad—, Pedro se convirtió en una estrella de la televisión, y participó de paneles, noticieros, hasta de programas con *living*. Se compró una docena de sacos para su pico de fama, y Mechi pensó qué fácil resultaba la fama y la televisión para un hombre, nada más aparecer con sacos diferentes les garantizaba elegancia; si hubiera sido ella, tendría que haberse comprado doce vestidos diferentes, por ejemplo. Pedro fue sincero y generoso en las entrevistas, y nombró varias veces a Mechi, porque había descifrado gran parte del armado de la red de prostitución cruzando datos; y los de los archivos del Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes habían sido claves. Pero a Mechi no la habían llamado para hablar de sus chicos por tele, solo la entrevistaron de unos pocos diarios. A algunos periodistas los recibió en la oficina de Parque Chacabuco, y todos comentaron sobre el ruido de la autopista que llenaba monótonamente la oficina. Mechi les dijo que después de un tiempo una se acostumbraba, pero no era cierto, y ellos no se lo creyeron, se les notaba en las sonrisas falsas. «Por lo menos tenés el parque cerca», le decían, y Mechi tenía que reconocer que era una recompensa por el traqueteo de la autopista sobre la cabeza. A veces ella aprovechaba la hora del almuerzo para recorrerlo: se comía un sándwich rápido sentada en un banco, o en un bar si no se había traído vianda, y después se ponía a recorrer el parque. Le gustaba sentarse cerca de la estación de subte, en los bancos de un pequeño rosedal romántico, con sus glorietas y paseos, que pretendía una elegante decadencia arruinada por el constante paso de autos en la autopista, y los horrendos pilares con forma de gomera. A veces se llevaba algunas carpetas para repasar los nombres y circunstancias de los chicos, llenando mentalmente los puntos suspensivos para inventarles una historia. Le extrañaba que casi siempre la foto elegida por la familia, la misma que solía ser usada en los carteles y los volantes de

búsqueda, era pésima. Los chicos se veían feos; el lente les tomaba los rasgos de tan cerca que los deformaba, o de tan lejos que los desdibujaba. Aparecían con gestos raros, bajo luces precarias; casi nunca eran fotos donde los ausentes estuvieran lindos.

Salvo por Vanadis. Ella, con su nombre tan extraño. Mechi lo había buscado en un diccionario enciclopédico: era una variante del nombre de la diosa nórdica Freya, deidad de la juventud, el amor, la belleza, y señora de los muertos. Vanadis, desaparecida a los quince años, era la única verdadera hermosura de todo su archivo. Había más de veinte fotos de ella, muchísimas para el promedio, y en todas era un misterio de pelo oscuro y ojos achinados, los pómulos altos y los labios fruncidos en un gesto de seductora inmadura. Mechi nunca se había obsesionado con uno de los chicos, pero con Vanadis estaba cerca. Algo en su historia no encajaba, además: la habían encontrado prostituyéndose en Retiro—eso era raro: no se trataba de una zona de oferta de sexo callejero—, nadie de su familia quiso hacerse cargo de ella cuando intervinieron los asistentes sociales, y la encerraron en un instituto de menores, del que se escapó. Nunca más se supo de ella. La familia no parecía interesada en encontrarla. Los que a veces aparecían con datos eran sus amigos de la calle. Otros chicos que la idolatraban, puesteros, taxistas que empezaban su recorrido de madrugada, jóvenes que atendían las pancherías y hamburgueserías abiertas las veinticuatro horas, quiosqueros, otras prostitutas, algunos travestis. El archivo de Vanadis era grueso y resultaba difícil cerrar la carpeta. Tanto que una tarde, en el horario del almuerzo, a Mechi se le cayó una de las fotos cerca de la estación Emilio Mitre. Cuando corrió a buscarla, porque había viento y temía que se volara, vio por un instante esa cara sobre la vereda, y pensó que nada malo debía haberle pasado a Vanadis, la chica que se parecía a Bianca Jagger pero había nacido en Dock Sud, porque nada malo le pasaba nunca a las diosas, ni aunque fueran tan tristes y callejeras.

Del caso del misionero que regenteaba el tráfico y la explotación de menores para prostitución había pasado un año, y salvo los éxitos individuales, las apariciones de algunas chicas (la mayoría eran

chicas, a Mechi la asombraba, tantas chicas), la oficina seguía con su ritmo habitual, angustiado pero rutinario. Pedro había vuelto a sus mapas marcados con los recorridos de las chicas secuestradas; solía seguir sus rastros gracias a inscripciones que ellas mismas dejaban en baños de estaciones de servicio y hoteles: «Soy Daiana, mamá, estoy viva, secuestrada, te quiero ayudar». Cada quince o veinte días visitaba a Mechi y su fichero. Se hacían amigos, de a poco. Pedro gritaba todo el tiempo, y más después de unas cervezas. A Mechi le daba vergüenza, y sentía un poco de repugnancia cuando veía las gotitas de saliva que salían disparadas de la boca de Pedro con cada carcajada. Pero a veces también la hacía reír. Y le gustaba tomarse una cerveza con él sobre el pasto del parque, como si fueran dos adolescentes, mientras discutían sobre el porqué de esas fotos tan feas, o de la cantidad de remiseros que se escapaban con menores, o de si los chicos secuestrados salían del país por Paraguay, como sostenía la Defensoría, o por Brasil, como sospechaban los investigadores de organizaciones no gubernamentales y los periodistas.

Las cosas siguieron bastante igual hasta que un día Pedro apareció con un dato, según él, fabuloso. Una de sus «fuentes» — nunca le explicaba a fondo a Mechi quiénes eran sus informantes— vendía el video de una chica menor que estaba denunciada como desaparecida. La habían filmado con celular: la chica estaba envuelta en una frazada, o metida adentro de una bolsa de dormir, o algo parecido, y se suponía que nadie debía verla. La chica estaba muerta, y lo que pasaba en ese video de celular era que, por un mal movimiento, mientras la sacaban por una puerta para subirla a una camioneta, la envoltura se caía y se veía perfectamente la cara de la chica que quedaba al descubierto. Pedro iba a pagar por ese video, y lo que le pedía a Mechi era poder ver después su archivo, para ubicar a la chica de la película, si es que estaba ahí. Mechi escuchó en la voz de Pedro la misma excitación que lo había euforizado cuando investigó el caso del misionero. Le dijo que sí, que después de ver el video —ella no quería verlo en absoluto, aunque Pedro le ofreció una copia— se viniera para la oficina a revisar el archivo. Pedro llamó a última hora de un lunes, y llegó agitado, con olor a

subte y gotas de sudor en la frente, como si fuera pleno verano y no agosto en Buenos Aires.

—Qué hacés, Mechita de mi vida. Es fuertísimo el video. Se ve como el culo, todo pixelado, y no me sirve para un carajo, porque de la camioneta adonde suben a la piba no se alcanza a ver la patente, todos los quías tienen la cara tapada en plan pasamontañas, la casa podría ser cualquiera y la calle delata un Gran Buenos Aires todo mal, puede ser cualquier parte. Pero a la piba se la ve perfecto. La revolean como si quisieran mostrarla; no sé si el tipo del celular lo filma a propósito, porque no tiene audio, pero la mueven con un toque de acá para allá, se cae el envoltorio y se le ve toda la cara. Entonces hay como un primer plano, qué enfermos hijos de puta, y se le cae un brazo, bien flojo, así, cruzándole el pecho.

—¿Está muerta?

—Se la ve mal, pero dura no está, ni se le ve la cara golpeada. Podría estar drogada, borracha, dormida. Me parece que compré gato por liebre. Pero sí, también podría estar muerta. El video dura treinta segundos, se le ve la cara unos diez, no se puede saber. Una pendeja divina, eso sí. Divina.

Mechi sintió que ahora ella también transpiraba, y que el estómago se le endurecía y las mejillas le ardían como cuando se daba cuenta de que estaba cruzando una avenida con luz roja por boluda, porque llevaba los auriculares puestos y no prestaba atención. Buscó el archivo de Vanadis, lo abrió y le preguntó a Pedro si era ella. Es ella, le contestó Pedro sin dudarlo, y se sumergió en la carpeta, una de las más frondosas. No sabía si llevarle el video a la fiscal enseguida o seguir investigando, explicó. Había tanto material. Así, solo, el video demostraba casi nada, pero con más datos —que pensaba sacarle a su informante— podía armar una mejor nota, y ofrecerle algo más sólido a la fiscal. Los datos de la carpeta, además, eran una mina de oro. Mechí lo escuchó justificarse sin decir nada. Le parecía mal que Pedro no entregara el video inmediatamente a la justicia, era lo que correspondía. Pero no podía hacer la pose de alma bella: tenía muchas ganas, se moría por ver ese video de celular, y esa curiosidad mórbida no era exactamente una cúspide ética. No le pidió a Pedro una copia. Pudo aguantar.

De cualquier forma, no hubo tiempo para tomar resoluciones: Vanadis apareció a la mañana siguiente, sentada en los escalones de la fuente principal de Parque Chacabuco, que esa tarde no estaba encendida, y otro complejo de piletas de natación, parecido al del natatorio municipal que quedaba a unos doscientos metros. Mechi la vio en su habitual paseo de la hora de comer. Primero miró bien a la chica de botas de media caña negras, la pollera de *jean*, el pelo oscuro y pesado; pensó que era pura sugestión. Le dio dos vueltas alrededor, en círculos amplios, hasta que fue estrechando el asedio y se le puso enfrente.

—¿Vanadis?

—Sí, hola, qué tal —le respondió la chica, que claramente no estaba muerta, y sonreía bajo el sol, una sonrisa que mostraba dientes torcidos y amarillos, la única perturbación de su hermosura. Mechi le pidió que la acompañara, y la chica accedió. En ese primer encuentro, no pudo interrogarla, nada más se aseguró de que la siguiera hasta la oficina, donde las recibieron los aullidos de alborozo y extrañeza de Graciela y María Laura, que le dieron capuchino de máquina a Vanadis, y ellas sí la enloquecieron a preguntas, que la chica contestaba con inclinaciones de cabeza sobre todo, y muchos no me acuerdo. «Está shockeada», dijo Graciela mientras marcaba el número de la Fiscalía y después el de la madre de Vanadis. En veinte minutos la oficina estaba superpoblada, y encima con la parentela de Vanadis a puro desmayo, llanto y grito, en un reencuentro de jolgorio demencial. Una cosa rara, pensó Mechi, porque durante el año entero que Vanadis pasó desaparecida ni siquiera llamaron. Se lo sugirió a Graciela, que la miró con expresión de «qué bruta y desalmada sos». Dijo, didáctica: «La gente reacciona al trauma y la pérdida de diferentes maneras. Hay familias que se obsesionan y buscan sin parar; otros hacen como que no pasó nada. Eso no quiere decir que no quieran a sus hijos». Graciela, con su estilo de psicóloga social en indignación permanente, y sus explicaciones sencillas pero arrogantes. Mechi se alegró, una vez más, de trabajar apartada de ellas, y mucho más de no ser uno de los pobres familiares que debían sentarse ante su escritorio y escucharla.

Con el tumulto, se olvidó de llamar a Pedro. Lo hizo ni bien Vanadis y la familia partieron en auto hacia Tribunales para aportar lo que hubiera que aportarle a la causa.

—No sabés lo que pasó.

—¡Ja! Vos no sabés lo que pasó acá.

—¿Acá, dónde?

—Estoy en el Parque Rivadavia, en Caballito. Una mujer reconoció a un pibe desaparecido, estaba mirando películas en uno de los puestos. Un tal Juan Miguel González, de trece años...

—Pedro, pará que...

—No, ¡dejame terminar que es una locura! No puedo creer que no te enteraste.

—Es que acá también estamos con...

—¡Pará! La mujer se le acerca al pibe, lo conocía de antes, le dice Juan Miguel, ¿sos vos?, y el pibito dice que sí. Entonces la mujer llama por celular a la familia, desde ahí mismo, desde el parque, ¡y la madre del pibe empieza a los gritos, diciendo que su hijo ya apareció, *pero apareció muerto*, hace tres meses! ¿Vos te acordás de este caso?

—Algo, un chico que se tiró abajo del tren...

—¡Ese mismo! Pero, mamita, escuchame una cosa: la madre no quiso venir a ver al pibe este que apareció en el parque, porque le agarró el ataque. El padre, más duro, sí que vino. A todo esto al pibe lo tenían en una comisaría, de ahí me llamó un cana que es fuente mía. El padre llega, ¡y dice que es su hijo! Yo tengo la cabeza a mil y no te voy a mentir, estoy *cagado en las patas mal*, mal en serio, ese pibito estaba muerto, el tren le cortó las patas, pero la cara estaba lo más bien, es *el mismo pibito*.

—Pedro...

—¡Encima con el video que encontré ayer, es una cosa de locos!

—Pedro, Vanadis apareció acá, en el Parque Chacabuco.

—¿Qué cosa?

—Vanadis, la del video...

—¡Ya sé cuál Vanadis, boluda, encima con ese nombre más raro que la mierda! ¿Cómo que apareció?

—La encontré yo, en unas escaleras del parque, esas que están cerca de la fuente.

—Me estás jodiendo.

—Cómo te voy a estar jodiendo, qué pelotudo.

—¿Y ahora dónde está?

—Fueron a Tribunales, está con la familia.

—¿Y es ella?

—Es. Está rara, pero es.

—No puede ser, boluda, no puede ser. Esperá que me entra otro llamado, te hablo en un rato, ¿vas a estar ahí?

Las semanas siguientes se llegó a la histeria, y se fue un poco más allá. Los chicos que faltaban de sus casas empezaron a aparecer, pero no en cualquier parte: aparecían en los cuatro parques de la ciudad, el Chacabuco, el Avellaneda, el Sarmiento y el Rivadavia. Se quedaban ahí, dormían uno al lado del otro por la noche, y no parecían tener intenciones de irse a ninguna parte. Los familiares enloquecidos los venían a buscar sin pensar demasiado en lo raro del caso, en lo inquietante de que todos los chicos volvieran al mismo tiempo. Ninguno decía mucho, ni parecía querer contar dónde había estado. Tampoco parecían reconocer a las familias aunque se iban con los que los venían a buscar con una mansedumbre que resultaba todavía más inquietante.

Nadie sabía qué decir, tampoco. Como los chicos no hablaban, no se podía afirmar que una organización criminal los había soltado a todos juntos, por ejemplo. No había evidencias de semejante cosa. Muchas más hipótesis circulaban, pero pocos de los investigadores, funcionarios y periodistas tenían la honestidad de Mechi o Pedro; ellos sinceramente no tenían idea de lo que pasaba, no podían explicarlo; solamente sabían que les daba mucho miedo.

Después del desconcierto eufórico de la primera semana, el escalofrío fue decantando. El caso de Victoria Caride, por ejemplo. Una chica estudiante de Ciencias Económicas, una de las pocas desaparecidas de clase media alta, de quien se decía que había sido secuestrada por traficantes de personas, que se había brotado cuando dejó de tomar las pastillas, que había huido con un hombre casado. El caso de Victoria era un misterio, una chica que había

salido a comprar galletitas y nunca había vuelto; una chica prolija, con amigos, dinero y dilemas normales. Había desaparecido hacía ya cinco años, y casi se habían perdido las esperanzas.

Pero había aparecido en Parque Avellaneda, cerca de la estación del trencito antiguo que le daba vueltas al predio, sentada en un banco mirando hacia la mansión que había sido casco de estancia. Su familia se alborozó y ni bien la vieron por televisión — había un móvil en cada parque, día y noche— vinieron a buscarla y se la llevaron estrujándola en un abrazo de lágrimas y mocos.

Ni ellos ni nadie, en ese momento, se atrevieron a decir que Victoria, físicamente, no había cambiado en nada en esos cinco años de ausencia y que tenía la misma ropa del día de la desaparición, incluso la misma hebilla en el pelo para su cola de caballo de pesado pelo castaño. El segundo caso resultó aún más peliagudo de explicar: Lorena López, una chica de Villa Soldati que había escapado de su casa con un remisero, y lo había hecho embarazada de cinco meses, apareció en el Rosedal de Parque Chacabuco, embarazada de cinco meses. Había estado desaparecida un año y medio. Los médicos ginecólogos confirmaron que ese era su primer embarazo. ¿Y entonces? No habrá estado embarazada cuando se fue, se habrá tratado de un error, a lo mejor la chica mintió —el remisero no apareció para confirmar o negar nada, y hacía bien, porque iría directo a la cárcel por acostarse con una menor—, o los médicos se equivocaban, cómo podían estar tan seguros. Lorena volvió a Soldati, pero en quince días sus padres la «devolvieron» al Juzgado de Menores que le correspondía. Pedro había visto la entrega. La madre —le contó a Mechi— le había dicho a la jueza: «Yo no sé quién es esta, pero no es mi hija. Me equivoqué. Se parece mucho, pero no es mi hija. Yo parí a Lorena. La reconocería en la oscuridad, solo por el olor. Y esta no es mi hija». La jueza ordenó un ADN, y se estaban esperando los resultados cuando apareció abajo del monumento a Bolívar en Parque Rivadavia, charlando con otros chicos, uno de los escapados más famosos, el Guachín o Súper Guachín, nombre verdadero Jonathan Ledesma. Guachín era un escapista crónico y un ladroncito en ciernes: a los doce años, se había ido dos veces de su casa —en Pompeya— y había logrado violar la seguridad de dos

institutos de menores. La gente lo veía por todas partes, porque Guachín andaba por la calle y arrebatava en los semáforos de 9 de Julio, pero nadie había conseguido localizarlo el tiempo suficiente para que fuera restituido. Además, pasaban largas temporadas sin que se supiera de su paradero en absoluto.

Sin embargo, el caso de Guachín estaba cerrado. Hacía un año se lo había llevado por delante un tren en Constitución. Se había caído a las vías mareado de bolsear. El vagón le cortó las dos piernas, y no pudieron salvarlo. La cara había quedado intacta. Y era la misma de las fotos y era la misma de este Guachín que estaba en el Parque Rivadavia, solo que no era posible que Guachín estuviera ahí con los otros aparecidos, porque Guachín estaba muerto.

Hasta Guachín, Mechi se había aguantado seguir trabajando en la oficina debajo de la autopista, se aguantó ser parte del Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes. Pero cuando Guachín apareció con piernas y después otro chico que desapareció a los ocho años apareció de ocho años cuando debería tener doce al menos, Mechi se dio cuenta de que no podía soportar más, ni a los padres que primero se alegraban y después se aterraban, ni las noticias sobre internaciones psiquiátricas ni las miradas de los chicos desde el Parque, sentados en los terraplenes, en las escaleras, en los juegos para los chicos, jugando con los gatos y hasta tratando de meterse en la pileta. Ella acomodaba archivos, ella no podía explicar este regreso sobrenatural, ella quería volver el tiempo atrás.

Se juntó con Pedro en su casa, y él le contó más locuras, más espantos, mientras se emborrachaba con firmeza, con la esperanza de la anestesia y el olvido.

—Mechi, mamita, ¿qué carajo es esto? Te juro que yo tenía las pistas de los traficantes, de los fiolos, y de repente las guachas aparecen acá, como si nada, y se cae todo a pedazos. Me arruinaron el laburo de todos estos años. Como si no hubiera sido real. Pero te juro que mi investigación es real, ¡puta madre, no es mía nomás!

—¡Fijate hasta dónde había llegado la fiscal!

—¿Ella renunció?

—En eso está.

—¿Y el video de Vanadis?

—Esa pendeja satánica. Lo voy a vender a un programa de tele. Me dan la plata y te juro que me voy a vivir a Montevideo, a Brasil, ya fue, ya fue. Vení conmigo, Mechi, esto es cosa de mandinga, como decía mi abuela.

—El otro día leí algo que me pareció... no sé, es una pavada.

—Contame.

—No me acuerdo muy bien, pero es algo así. Los japoneses creen que, después de morir, las almas van a un lugar que tiene, digamos, un cupo limitado. Y que cuando se llegue a ese límite, cuando no quede más lugar para las almas, van a empezar a volver a este mundo. Esa vuelta es el anuncio del fin del mundo, en realidad.

Pedro se quedó callado. Pensó en la foto de Guachín sin piernas, sobre los rieles, que había visto en el juzgado.

—Qué concepto más inmobiliario del más allá tienen estos japoneses.

—Mucha gente en un país chico.

—Pero sí, Mechi, puede ser. Puede ser que estén volviendo. Puede ser cualquier cosa, yo no sé más qué creer.

Esa misma noche Mechi decidió renunciar a su trabajo y volver a la casa de sus padres por un tiempo, hasta que algo —¿quién sabía qué?— cambiara. Pedro le pidió a su jefe del diario que lo mandara a Turismo, así podía viajar e irse a la mierda de la ciudad visitada por aparecidos. El jefe le dijo que sí enseguida. Pedro le contó a Mechi que tuvo la sensación de que el jefe no lo quería cerca, que le tenía miedo.

Los chicos empezaron a desocupar los parques. Se iban en procesiones, en medio de la noche, entre la niebla: el éxodo se hacía en invierno. Tan silenciosamente como habían llegado, se retiraban. Caminaban por el medio de las calles, como si no le tuvieran miedo al tránsito. Y se metían en casas deshabitadas.

El problema era que, por simple cálculo, las casas que ocupaban eran demasiado chicas. Incluso cuando eran grandes. Trescientos chicos en la casa de la palmera de la calle Rosario,

frente al Rivadavia. Otros trescientos en la esquina del pasaje Igualdad en el barrio Cafferata de Parque Chacabuco, una casa pintada de rosa que perdía su color con el abandono. Tenía una ventana solitaria muy cerca del techo a dos aguas, que cuando los chicos entraron dejaron abierta. El barrio, pequeño y nuevo rico, estaba aterrorizado, pero a los policías, en sus garitas de seguridad instaladas en las esquinas, no se les ocurrió qué hacer, y una vez que los chicos estuvieron adentro, no se atrevieron a intentar sacarlos.

No lo hicieron siquiera con orden del juez.

Es que la puerta y las ventanas de la casa rosada —excepto la del medio— estaban tapiadas con ladrillos y los chicos igual habían entrado. Nadie podía explicar cómo. Los habían visto entrar, pero aseguraban que no habían atravesado los ladrillos, no era eso exactamente. Simplemente habían pasado, como en un ábrete sésamo.

La líder del grupo de Cafferata era Vanadis, que había sido repudiada por su familia en dos semanas con el mismo argumento que solían dar todas las familias cuando devolvían a los chicos a la calle o a donde fuera: esta no es la chica que nosotros conocíamos, esta no es nuestra nena. No sabemos quién es. Tiene el mismo aspecto, la misma voz, responde al mismo nombre, es igual hasta el último detalle, pero no es nuestra hija. Hagan con ella lo que quieran. No queremos verla más.

Dos padres se habían suicidado en El Palomar después de echar a su hija a la calle. Los vecinos decían que, mientras la chica había estado ahí, escuchaban los gemidos de la mujer, toda la noche, sin parar.

Mechi leyó en el diario sobre Vanadis y la casa rosada, y sintió un vértigo que le hizo sudar las manos. Quería verla, quería preguntarle cosas, qué estúpida no haberlo hecho cuando la encontró en las escaleras de la fuente. Le tenía mucho miedo: estaba segura de que la verdadera Vanadis era la del video, una adolescente asesinada por hombres panzones en un hotel mugroso del conurbano, usada y exterminada, una adolescente que se creía muy callejera y se arriesgaba demasiado confiando en la inmunidad

que podía ofrecerle su belleza. La de la casa rosa no era Vanadis, estaba segura, pero quería verla.

El perímetro del Cafferata estaba custodiado. Mechi se podía imaginar a esas familias de buen pasar que había conocido en sus años de trabajo ahí, debían haber enloquecido directamente, porque no eran capaces de comprender ninguna interrupción a sus cómodas vidas. Sin embargo, la dejaron pasar. Los policías estaban pálidos y temblorosos. Saldrían corriendo a la menor señal rara de los chicos de la casa, Mechi estaba segura. ¿Enviarían al ejército?

¿Los matarían a todos, como había visto pedir a una madre por televisión, una madre que decía que eran como cáscaras, que estos chicos no tenían nada adentro?

A lo mejor. Pero todavía no.

Mechi se paró en la vereda frente a la casa rosada, del lado de la pequeña ventana abierta. Había sol, era un día helado de invierno, pero despejado. Formó una bocina con las manos y gritó el nombre de Vanadis. Escuchó vagamente inquietas persianas y puertas en las otras casas, incluso escuchó acercarse al policía, pero no prestó atención, clavó la vista en la ventana blanca, esperando.

Vanadis asomó la cabeza, esa cabeza de diosa del Caribe, Bianca Jagger adolescente, y la saludó con un gesto casi imperceptible. Había reconocimiento en sus ojos oscuros.

—Hola, Vanadis, ¿qué hacen ahí, por qué se metieron ahí?

Vanadis no le respondió. Mechi le preguntó cuántos eran, Vanadis dijo que muchos, que no podía saber bien, que estaba oscuro. Le preguntó de dónde venían, Vanadis dijo que de muchos lugares distintos. Le preguntó si quería volver con sus padres, y Vanadis le dijo que no, y agregó que ninguno quería. Y después dijo, más alto y claro, como si al fin contestara la primera pregunta:

—Acá arriba vivimos todos.

Y empezaron a aparecer a su alrededor otros chicos, sus caras formando un círculo alrededor de la de Vanadis. Mechi reconoció a la mayoría, adolescentes y niños, escapados y raptados, vivos y muertos.

—¿Se van a quedar mucho ahí arriba?

Todos juntos, los chicos le contestaron:

—En verano bajamos.

Mechi sintió entonces que no eran chicos, que formaban un organismo, un ser completo que se movía en manada. Las manos del policía de la esquina la tomaron de los hombros y Mechi gritó.

—Señorita, por favor, retírese.

—Ya me voy, suélteme, ¡suélteme, mierda! —gritó Mechi, y corrió hacia Asamblea pensando que se iba a ir lejos en el verano, a lo mejor con Pedro, a un lugar donde los chicos no volvieran de donde fuera que se habían ido.

11. Los peligros de fumar en la cama

¿Era una mariposa nocturna o una polilla? Nunca había podido distinguirlas. Pero algo era seguro: las mariposas de la noche se hacían polvo entre los dedos, como si no tuvieran órganos ni sangre, casi como la ceniza quieta del cigarrillo en el cenicero cuando se la tocaba apenas. No daba asco matarlas y se las podía dejar en el piso, porque a los pocos días se desintegraban. Otra cosa: no era cierto que se quemaran automáticamente cuando se acercaban al calor. Alguien le había dicho que era así, se incendiaban ni bien rozaban la luz caliente, pero ella las veía golpearse una y otra vez contra la lamparita, como si disfrutaran de los impactos, y salir ilesas. A veces se aburrían y salían volando por la ventana. Otras, era cierto, se morían adentro de la lámpara de pie: se cansaban o a lo mejor se daban por vencidas o les llegaba la hora; como afuera, se quemaban de a poco, aleteaban golpeando la pantalla hasta que se quedaban quietas. A veces se levantaba en medio de la noche a vaciar la pantalla de mariposas-polillas muertas, cuando el olor a quemado le hacía arder la nariz y no la dejaba dormir. Rara vez se acordaba de apagar la luz antes de irse a la cama.

Pero una noche de principios de la primavera la había despertado otro tipo de olor a quemado. Envuelta en la manta gris de viaje que usaba cuando hacía un poco de frío, revisó la cocina por si había dejado algo sobre una hornalla prendida. No venía de ahí. Tampoco de las polillas, esa noche había apagado la lámpara. El olor tampoco llegaba desde el pasillo del edificio. Levantó la persiana. Afuera había humo y llovía. Algo se incendiaba bajo la lluvia y se escuchaba la sirena de los bomberos y el rumor de algunos vecinos en la calle, despiertos en la madrugada, seguramente con impermeables sobre el pijama. A uno, un hombre con voz cascada, se le escuchaba decir «pobre mujer». El fuego estaba lejos, y Paula volvió a la cama. Después supo por el siempre

informado portero que se había tratado de un incendio en el quinto piso de un edificio que quedaba a la vuelta. Había una muerta, una mujer parálitica, postrada, que se había dormido en la cama con el cigarrillo encendido entre los dedos. La hija, que la cuidaba —y que era bastante mayor también, de unos sesenta años—, se había dado cuenta tarde, cuando la despertó el humo, la tos, el ahogo, y no pudo salvarla. «Pobre mujer, es un vicio maldito», dijo el portero, y agregó que la mujer fumaba mucho y no salía nunca. Paula quiso decirle «y usted cómo sabe que la señora fumaba tanto, si me acaba de decir que no salía nunca, ¿cuándo la veía fumar entonces, eh?», pero se calló la boca porque era imposible discutir con el portero y porque estaba empezando a imaginarse que la señora del quinto piso debía haber visto las llamas subir desde los pies, y como no sentía nada en las piernas, debió haber dejado que la manta se incendiara. Y seguramente habría pensado por qué no dejar que el fuego continuara e hiciera su trabajo, debía ser doloroso, pero ¿cuánto podía tardar antes de que una mujer como ella, vieja y con los pulmones agotados, se desmayara? Qué alivio para la hija, además.

El portero la devolvió al palier y la arrancó de ese mundo vagamente tranquilizador de ancianas quemadas para avisarle que durante la semana un muchacho iba a pasar a fumigar los departamentos. Paula le dijo que bueno, y después pensó que si escuchaba el timbre le iba a abrir la puerta al fumigador. Aunque en su departamento no había tantos bichos, salvo las mariposas-polillas, y estaba segura de que el veneno no las iba a matar, porque no vivían ahí, venían de la calle. En su casa no vivía nada, ni las plantas, que se habían muerto prolijamente en los últimos meses una detrás de otra, sin superponerse. En el departamento solamente vivía ella.

Despidió al portero y se fue directo a la cama. Las sábanas estaban impregnadas de olor a milanesas de pollo. Había hecho dos al horno la noche anterior. Y había sido muy difícil sacarlas del *freezer*, la bolsa de nylon se había pegado al hielo. Tuvo que usar agua muy caliente, casi hirviendo, y se quemó las piernas desnudas con algunas gotas. Resultó un método inútil, y trató de despegarlas con un cuchillo Tramontina y se rio de ella entre las lágrimas de

autocompasión, pensando que debía parecer una asesina serial acuchillando la heladera, el brazo en alto y el cuchillo bajando como un picahielo. Finalmente arrancó las milanesas con las manos ya adormecidas de frío, y las metió en el horno. Se quemaron un poco, pero además estaban poco comestibles porque tenían otros sabores inmundos agregados: el horno perdía gas y ella jamás lo había limpiado en los tres años que ya llevaba de alquiler. Así que no había podido comerlas, y ahora tenía hambre y el departamento apestaba y el olor no la dejaba dormir y lo odiaba, tanto que tuvo que llorar, y lloró por el olor, porque los sahumeros que encendió para hacerlo desaparecer eran todavía más apestosos, porque nunca se acordaba de comprar desodorante de ambientes —que también olía asqueroso—, porque el olor a cigarrillo también debía apestar todo pero ella no lo notaba de tanto que fumaba, y porque nunca había podido tener una de esas casas limpias y luminosas que olían a sol, limones y madera.

Hizo una carpa en la cama, levantando la manta con las rodillas, y se tapó hasta la cabeza. Ahí abajo la única luz era la brasa del cigarrillo que temblaba y parecía reavivarse cuando la rozaba el humo. Las sábanas estaban muy manchadas de cenizas. Paula abrió las piernas y con el dedo índice de la mano libre empezó a acariciarse el clítoris primero en círculos, después con un frote vertical, después con delicados tirones y al fin de un lado al otro. Ya no servía de nada, antes enseguida sentía ese comienzo de escalofrío y el calor de la sangre que se convocaba y después el dedo sentía la piel de la vulva algo más áspera, granulada, y con el gran temblor final llegaba la humedad, ella realmente sentía que se meaba, todo eso antes. Ahora hacía tanto que no pasaba nada y se frotó hasta la irritación y el dolor, pero paró antes de la sangre, porque sabía que esa, la sangre, era la única humedad que últimamente podía arrancarse.

Metió la lámpara de la mesa de luz debajo de las sábanas. Tenía la parte interna de los muslos salpicada de pequeñas manchas rojas superficiales, que parecían una erupción por el calor o una alergia, pero se llamaba queratosis, y la tenía también en los brazos, en las caderas, y un poco en las costillas. La dermatóloga le había dicho que con mucho tratamiento se podía poner mejor, que

no tenía nada que ver con enfermedades terribles como la psoriasis o el eczema, pero a ella le parecía lo suficientemente terrible, tanto como sus dientes amarillos y la sangre que le salía cada mañana de las encías cuando usaba el dentífrico, no un sangrado momentáneo, verdaderos chorros que caían en la pileta blanca, se llamaba piorrea aunque los dentistas ahora usaban un nombre más elegante que no podía recordar, prefería la verdad, prefería la piorrea. El cuerpo le estaba fallando de muchas maneras más en las que no quería ni pensar. ¿Quién la iba a querer así, con caspa, depresión, granos en la espalda, celulitis, hemorroides y seca seca?

Encendió otro cigarrillo bajo la sábana y persiguió con el humo a una mariposa que había entrado a la carpa refugio, hasta que la mató. ¿Entonces se las podía ahogar con humo? Qué animal más débil y estúpido. La dejó convulsionar entre sus piernas y vio las patitas de la mariposa-polilla que parecían gusanos-lombrices muy pequeños; por primera vez sintió asco y la pateó hacia el piso, fuera de su cama. Hizo anillos con el humo dentro de la carpa y se aburría. Entonces decidió apoyar la brasa sobre la sábana para ver cómo se agrandaba el círculo de bordes anaranjados hasta que parecía peligroso, hasta que el fuego crepitaba y se aceleraba. Entonces apagaba el fuego en la sábana a los golpes, y los restos de tela quemada flotaban en la carpa. La hacían reír los pequeños incendios circulares. Si sacaba la cabeza de la carpa y se asomaba a la semioscuridad de su habitación, los agujeros quemados en la sábana dejaban pasar la luz de la lámpara y los rayos se reflejaban en el techo, que parecía cubierto de estrellas.

Tenía que hacer más agujeros porque, lo supo ni bien lo vio, lo único que quería era un cielo estrellado sobre su cabeza. Eso era lo único que quería.

12. Cuando hablábamos con los muertos

A esa edad suena música en la cabeza, todo el tiempo, como si transmitiera una radio en la nuca, bajo el cráneo. Esa música un día empieza a bajar de volumen o sencillamente se detiene. Cuando eso pasa, uno deja de ser adolescente. Pero no era el caso, ni de cerca, de la época en que hablábamos con los muertos. Entonces la música estaba a todo volumen y sonaba como Slayer, *Reign in Blood*.

Empezamos con la copa en casa de la Polaca, encerradas en su pieza. Teníamos que hacerlo en secreto porque Mara, la hermana de la Polaca, le tenía miedo a los fantasmas y a los espíritus, le tenía miedo a todo, bah, era una pendeja estúpida. Y teníamos que hacerlo de día, por la hermana en cuestión y porque la Polaca tenía mucha familia, todos se acostaban temprano, y lo de la copa no le gustaba a ninguno porque eran recontracatólicos, de ir a misa y rezar el rosario. La única con onda de esa familia era la Polaca, y ella había conseguido una tabla ouija tremenda, que venía como oferta especial con unos suplementos sobre magia, brujería y hechos inexplicables que se llamaban *El mundo de lo oculto*, que se vendían en kioscos de revistas y se podían encuadernar. La ouija ya la habían regalado varias veces con los fascículos, pero siempre se agotaba antes de que cualquiera de nosotras pudiera juntar el dinero para comprarla. Hasta que la Polaca se tomó las cosas en serio, ahorró, y ahí estábamos con nuestra preciosa tabla, que tenía los números y las letras en gris, fondo rojo y unos dibujos muy satánicos y místicos todo alrededor del círculo central. Siempre nos juntábamos cinco: yo, Julita, la Pinocha (le decíamos así porque era de madera, la más bestia en la escuela, no porque tuviera nariz grande), la Polaca y Nadia. Las cinco fumábamos, así que a veces la copa parecía flotar en humo cuando jugábamos, y le dejábamos la habitación apestando a la Polaca y su hermana. Para colmo

cuando empezamos con la copa era invierno, así que no podíamos abrir las ventanas porque nos cagábamos de frío.

Así, encerradas entre humo y con la copa totalmente enloquecida nos encontró Dalila, la madre de la Polaca, y nos sacó a patadas. Yo pude recuperar la tabla —y me la quedé desde entonces— y Julita evitó que se partiera la copa, lo cual hubiera sido un desastre para la pobre Polaca y su familia, porque el muerto con el que estábamos hablando justo en ese momento parecía malísimo, hasta había dicho que no era un muerto-espíritu, nos había dicho que era un ángel caído. Igual, a esa altura, ya sabíamos que los espíritus eran muy mentirosos y mañosos, y no nos asustaban más con trucos berretas, como que adivinaran cumpleaños o segundos nombres de abuelos. Las cinco nos juramos con sangre —pinchándonos el dedo con una aguja— que ninguna movía la copa, y yo confiaba en que era así. Yo no la movía, nunca la moví, y creo de verdad que mis amigas tampoco. Al principio, a la copa siempre le costaba arrancar, pero cuando tomaba envión parecía que había un imán que la unía a nuestros dedos, ni la teníamos que tocar, jamás la empujábamos, ni siquiera apoyábamos un poco el dedo; se deslizaba sobre los dibujos místicos y las letras tan rápido que a veces ni hacíamos tiempo de anotar las respuestas a las preguntas (una de nosotras, siempre, era la que tomaba nota) en el cuaderno especial que teníamos para eso.

Cuando nos descubrió la loca de la madre de la Polaca (que nos acusó de satánicas y putas, y habló con nuestros padres: fue un garronazo) tuvimos que parar un poco con el juego, porque se hacía difícil encontrar otro lugar donde seguir. En mi casa, imposible: mi mamá estaba enferma en esa época, y no quería a nadie en casa, apenas nos aguantaba a la abuela y a mí; directamente me mataba si traía compañeras de la escuela. En lo de Julita no daba porque el departamento donde vivía con sus abuelos y su hermanito tenía un solo ambiente, lo dividían con un ropero para que hubiera dos piezas, digamos, pero era ese espacio solo, sin intimidad para nada, después quedaban solamente la cocina y el baño, y un balconcito lleno de plantas de aloe vera y coronas de Cristo, imposible por donde se lo mirara. Lo de Nadia era imposible también porque

quedaba en la villa: las otras cuatro no vivíamos en barrios muy copados, pero nuestros padres no nos iban a dejar ni en pedo pasar la noche en la villa, para ellos era demasiado. Nos podríamos haber escapado sin decirles, pero la verdad es que también nos daba un poco de miedo ir. Nadia, además, no nos mentía: nos contaba que era muy brava la villa, y que ella se quería rajarse lo antes que pudiera, porque estaba harta de escuchar los tiros a la noche y los gritos de los guachos repasados, y de que la gente tuviera miedo de visitarla.

Quedaba nomás lo de la Pinocha. El único problema con su casa era que quedaba muy lejos, había que tomar dos colectivos, y convencer a nuestros viejos de que nos dejaran ir hasta allá, a la loma del orto. Pero lo logramos. Los padres de la Pinocha no daban bola, así que en su casa no corríamos el riesgo de que nos sacaran a patadas hablando de Dios. Y la Pinocha tenía su propia habitación, porque sus hermanos ya se habían ido de la casa.

Por fin una noche de verano las cuatro conseguimos el permiso y nos fuimos hasta lo de la Pinocha. Era lejos de verdad, la calle donde quedaba su casa no estaba asfaltada y había zanja al lado de la vereda. Tardamos como dos horas en llegar. Pero cuando llegamos, enseguida nos dimos cuenta de que era la mejor idea del mundo haberse mandado hasta allá. La pieza de la Pinocha era muy grande, había una cama matrimonial y cuquetas: nos podíamos acomodar las cinco para dormir sin problema. Era una casa fea porque todavía estaba en construcción, con el revoque sin pintar, las bombitas colgando de los feos cables negros, sin lámparas, el piso de cemento nomás, sin azulejos ni madera ni nada. Pero era muy grande, tenía terraza y fondo con parrilla, y era mucho mejor que cualquiera de nuestras casas. Vivir tan lejos no estaba bueno, pero si era para tener una casa así, aunque estuviera incompleta, valía la pena. Allá afuera, lejos de la ciudad, el cielo de la noche se veía azul marino, había luciérnagas y el olor era diferente, una mezcla de pasto quemado y río. La casa de la Pinocha tenía todo rejas alrededor, eso sí, y también la cuidaba un perro negro grandote, creo que un rottweiler, con el que no se podía jugar porque era bravo. Vivir lejos parecía un poco peligroso, pero la Pinocha nunca se quejaba.

A lo mejor porque el lugar era tan diferente, porque esa noche nos sentíamos distintas en la casa de la Pinocha, con los padres que escuchaban a Los Redondos y tomaban cerveza, mientras el perro le ladraba a las sombras, a lo mejor por eso Julita blanqueó y se animó a decirnos con qué muertos quería hablar ella.

Julita quería hablar con su mamá y su papá.

Estuvo buenísimo que Julita finalmente abriera la boca sobre sus viejos, porque nosotras no nos animábamos a preguntarle. En la escuela se hablaba mucho del tema, pero nadie se lo había dicho nunca en la cara, y nosotras saltábamos para defenderla si alguien decía una pelotudez. La cuestión era que todos sabían que los viejos de Julita no se habían muerto en un accidente: los viejos de Julita habían desaparecido. Estaban desaparecidos. Eran desaparecidos. Nosotras no sabíamos bien cómo se decía. Julita decía que se los habían llevado, porque así hablaban sus abuelos. Se los habían llevado y por suerte habían dejado a los chicos en la pieza (no se habían fijado en la pieza, capaz: igual, Julita y su hermano no se acordaban de nada, ni de esa noche ni de sus padres tampoco).

Julita los quería encontrar con la tabla, o preguntarle a algún otro espíritu si los había visto. Además de tener ganas de hablar con ellos, quería saber dónde estaban los cuerpos. Porque eso tenía locos a sus abuelos, su abuela lloraba todos los días por no tener dónde llevar una flor. Pero además Julita era muy tremenda: decía que si encontrábamos los cuerpos, si nos daban la data y era posta, teníamos que ir a la tele o a los diarios, y nos hacíamos más que famosas, nos iba a querer todo el mundo.

A mí por lo menos me pareció refuerte esa parte de sangre fría de Julita, pero pensé que estaba bien, cosa de ella. Lo que sí, nos dijo, teníamos que empezar a pensar en otros desaparecidos conocidos, para que nos ayudaran. En un libro sobre el método de la tabla habíamos leído que ayudaba concentrarse en un muerto conocido, recordar su olor, su ropa, sus gestos, el color de su pelo, hacer una imagen mental, entonces era más fácil que el muerto de verdad viniera. Porque a veces venían muchos espíritus falsos que mentían y te quemaban la cabeza. Era difícil distinguir.

La Polaca dijo que el novio de su tía estaba desaparecido, se lo habían llevado durante el Mundial. Todas nos sorprendimos porque la familia de la Polaca era recareta. Ella nos aclaró que casi nunca hablaban del tema, pero a ella se lo había contado la tía, medio borracha, después de un asado en su casa, cuando los hombres hablaban con nostalgia de Kempes y el Campeonato del Mundo, y ella se sulfuró, se tomó un trago de vino tinto y le contó a la Polaca sobre su novio y lo asustada que había estado ella. Nadia aportó a un amigo de su papá, que cuando ella era chica venía a comer seguido los domingos y un día no había venido más. Ella no había registrado mucho la falta de ese amigo, sobre todo porque él solía ir mucho a la cancha con su viejo, y a ella no la llevaban a los partidos. Sus hermanos registraron más que ya no venía, le preguntaron al viejo, y al viejo no le dio para mentirles, para decirles que se habían peleado o algo así. Les dijo a los chicos que se lo habían llevado, lo mismo que decían los abuelos de Julita. Después, los hermanos le contaron a Nadia. En ese momento, ni los chicos ni Nadia tenían idea de adónde se lo habían llevado, o de si llevarse a alguien era común, si era bueno o era malo. Pero ahora ya todas sabíamos de esas cosas, después de la película *La noche de los lápices* (que nos hacía llorar a los gritos, la alquilábamos como una vez por mes) y el *Nunca más* —que la Pinocha había traído a la escuela, porque en su casa se lo dejaban leer— y lo que contaban las revistas y la televisión. Yo aporté a mi vecino del fondo, un vecino que había estado ahí poco tiempo, menos de un año, que salía poco a la calle pero nosotros lo podíamos ver paseando por el fondo (la casa tenía un parquecito atrás). No me lo acordaba mucho, era como un sueño, tampoco se la pasaba en el patio: pero una noche lo vinieron a buscar y mi vieja se lo contaba a todo el mundo, decía que por poco, por culpa de ese hijo de puta, casi nos llevan también a nosotras. A lo mejor porque ella lo repetía tanto a mí se me quedó grabado el vecino, y no me quedé tranquila hasta que otra familia se mudó a esa casa, y me di cuenta de que él no iba a volver más.

La Pinocha no tenía a ninguno que aportar, pero llegamos a la conclusión de que con todos los muertos desaparecidos que ya teníamos era suficiente. Esa noche jugamos hasta las cuatro de la

mañana, a esa hora ya empezamos a bostezar y a tener la garganta rasposa de tanto fumar, y lo más fantástico fue que los padres de la Pinocha ni vinieron a tocar la puerta para mandarnos a la cama. Me parece, no estoy segura porque la ouija consumía mi atención, que estuvieron mirando tele o escuchando música hasta la madrugada también.

Después de esa primera noche, conseguimos permiso para ir a lo de la Pinocha dos veces más, en el mismo mes. Era increíble, pero los padres o responsables de todas habían hablado por teléfono con los viejos de la Pinocha, y por algún motivo la charla los dejó recontra tranquilos. El problema era otro: nos costaba hablar con los muertos que queríamos. Daban muchas vueltas, les costaba decidirse por el sí o por el no, y siempre llegaban al mismo lugar: nos contaban dónde habían estado secuestrados y ahí se quedaban, no nos podían decir si los habían matado ahí o si los llevaron a algún otro lugar, nada. Daban vueltas después y se iban. Era frustrante. Creo que hablamos con mi vecino, pero después de escribir POZO DE ARANA se fue. Era él, seguro: nos dijo su nombre, lo buscamos en el *Nunca más* y ahí estaba, en la lista. Nos cagamos en las patas: era el primer muerto posta posta con el que hablábamos. Pero de los padres de Julita, nada.

Fue la cuarta noche en lo de la Pinocha cuando pasó lo que pasó. Habíamos logrado comunicarnos con uno que conocía al novio de la tía de la Polaca, habían estudiado juntos, decía. El muerto con el que hablamos se llamaba Andrés, y nos dijo que no se lo habían llevado ni había desaparecido: él mismo se había escapado a México, y ahí se murió después, en un accidente de coche, nada que ver. Bueno, este Andrés tenía rebuena onda, y le preguntamos por qué todos los muertos se iban cuando les preguntamos adónde estaban sus cuerpos. Nos dijo que algunos se iban porque no sabían dónde estaban, entonces se ponían nerviosos, incómodos. Pero otros no contestaban porque alguien les molestaba. Una de nosotras. Quisimos saber por qué, y nos dijo que no sabía el motivo, pero que era así, una de nosotras estaba de más.

Después, el espíritu se fue.

Nos quedamos pensando un toque en eso, pero decidimos no darle importancia. Al principio, en nuestros primeros juegos con la tabla, siempre le preguntábamos al espíritu que venía si alguien molestaba. Pero después dejamos de hacerlo porque a los espíritus les encantaba molestar con eso, y jugaban con nosotras, primero decían Nadia, después decían no, con Nadia está todo bien, la que molesta es Julita, y así nos podían tener toda la noche poniendo y sacando el dedo de la copa, y hasta yéndonos de la habitación, porque los guachos no tenían límites en sus pedidos.

Lo de Andrés nos impresionó tanto, igual, que decidimos repasar la conversación anotada en el cuaderno, mientras destapábamos una cerveza.

Entonces tocaron a la puerta de la pieza. Nos sobresaltamos un poco, porque los padres de la Pinocha nunca molestaban.

—¿Quién es? —dijo la Pinocha, y la voz le salió un poco tembleque. Todas teníamos un poco de cagazo, la verdad.

—Leo, ¿puedo pasar?

—¡Dale, boludo! —La Pinocha se levantó de un salto y abrió la puerta. Leo era su hermano mayor, que vivía en el centro y visitaba a los viejos nomás los fines de semana, porque trabajaba todos los días. Y tampoco venía todos los fines de semana, porque a veces estaba demasiado cansado. Nosotras lo conocíamos porque antes, cuando éramos más chicas, en primero y segundo año, a veces él iba a buscar a la Pinocha a la escuela, cuando los viejos no podían. Después empezamos a usar el colectivo, ya estábamos grandes. Una lástima, porque dejamos de ver a Leo, que estaba fuertísimo, un morocho de ojos verdes con cara de asesino, para morirse. Esa noche, en la casa de la Pinocha, estaba tan lindo como siempre. Todas suspiramos un poco y tratamos de esconder la tabla, nomás para que él no pensara que éramos raras. Pero no le importó.

—¿Jugando a la copa? Es jodido eso, a mí me da miedo, revalientes las pendejas —dijo. Y después la miró a su hermana—: Pendeja, ¿me ayudás a bajar de la camioneta unas cosas que les traje a los viejos? Mamá ya se fue a acostar y el viejo está con dolor de espalda...

—Qué ganas de joder que tenés, ¡es retarde!

—Y bueno, me pude venir recién a esta hora, qué querés, se me hizo tarde. Copate, que si dejo las cosas en la camioneta me las pueden afanar.

La Pinocha dijo bueno con mala onda, y nos pidió que esperemos. Nos quedamos sentadas en el suelo alrededor de la tabla, hablando en voz baja de lo lindo que era Leo, que ya debía tener como veintitrés años, era mucho más grande que nosotras. La Pinocha tardaba, nos extrañó. A la media hora, Julita propuso ir a ver qué pasaba.

Y entonces todo pasó muy rápido, casi al mismo tiempo. La copa se movió sola. Nunca habíamos visto una cosa así. Sola solita, ninguna de nosotras tenía el dedo encima, ni cerca. Se movió y escribió muy rápido, «ya está». ¿Ya está? ¿Qué cosa ya está? Enseguida, un grito desde la calle, desde la puerta: la voz de la Pinocha. Salimos corriendo a ver qué pasaba, y la vimos abrazada a la madre, llorando, las dos sentadas en el sillón al lado de la mesita del teléfono. En ese momento no entendimos nada, pero después, cuando se tranquilizó un poco la cosa —un poco—, reconstruimos más o menos.

La Pinocha había seguido a su hermano hasta la vuelta de la casa. Ella no entendía por qué había dejado la camioneta ahí, si había lugar por todos lados, pero él no le contestó. Se había puesto distinto cuando salieron de la casa, se había puesto mala onda, no le hablaba. Cuando llegaron a la esquina, él le dijo que esperara y, según la Pinocha, desapareció. Estaba oscuro, así que podía ser que hubiera caminado unos pasos y ya se perdiera de vista, pero según ella había desaparecido. Esperó un rato a ver si volvía, pero como tampoco estaba la camioneta, le dio miedo. Volvió a la casa y encontró a los viejos despiertos, en la cama. Les contó que había venido Leo, que estaba superraro, que le había pedido bajar algunas cosas de la camioneta. Los viejos la miraron como si estuviera loca. «Leo no vino, nena, ¿de qué estás hablando? Mañana trabaja temprano». La Pinocha empezó a temblar de miedo y decir «era Leo, era Leo», y entonces su papá se calentó, le gritó si estaba drogada o qué. La mamá, más tranquila, le dijo: «Hagamos una cosa: lo llamamos a Leo a la casa. Debe estar durmiendo ahí». Ella también dudaba un poco ahora, porque veía que la Pinocha

estaba muy segura y muy alterada. Llamó, y después de un rato largo Leo la atendió, puteando, porque estaba en el quinto sueño. La madre le dijo «después te explico» o algo así, y se puso a tranquilizar a la Pinocha, que tuvo tremendo ataque de nervios.

Hasta la ambulancia vino, porque la Pinocha no paraba de gritar que «esa cosa» la había tocado (el brazo sobre los hombros, como en un abrazo que a ella le dio más frío que calor), y que había venido porque ella era «la que molestaba».

Julita me dijo, al oído, «es que a ella no le desapareció nadie». Le dije que se callara la boca, pobre Pinocha. Yo también tenía mucho miedo. Si no era Leo, ¿quién era? Porque esa persona que había venido a buscar a la Pinocha era tal cual su hermano, como un gemelo idéntico, ella no había dudado ni un segundo. ¿Quién era? Yo no quería acordarme de sus ojos. No quería volver a jugar a la copa ni volver a lo de la Pinocha.

Nunca volvimos a juntarnos. La Pinocha quedó mal y los padres nos acusaban —pobres, tenían que acusar a alguien— y decían que le habíamos hecho una broma pesada, que la había dejado medio loca. Pero todas sabíamos que no era así, que la habían venido a buscar porque, como nos dijo el muerto Andrés, ella molestaba. Y así se terminó la época en que hablábamos con los muertos.

Table of Contents

Los peligros de fumar en la cama

1. El desentierro de la angelita

2. La Virgen de la tosquera

3. El carrito

4. El aljibe

5. Rambla Triste

6. El mirador

7. Dónde estás corazón

8. Carne

9. Ni cumpleaños ni bautismos

10. Chicos que faltan

11. Los peligros de fumar en la cama

12. Cuando hablábamos con los muertos